

# **LA SEMANA DE COLORES**

**Elena Garro**

**1964**

## Índice

La culpa es de los tlaxcaltecas

El zapaterito de Guanajuato

¿Qué hora es...?

La semana de colores

El día que fuimos perros

Antes de la Guerra de Troya

El robo de Tiztla

El duende

El anillo

Perfecto Luna

El árbol

Era Mercurio

Nuestras vidas son los ríos

## La culpa es de los tlaxcaltecas

Nacha oyó que llamaban en la puerta de la cocina y se quedó quieta. Cuando volvieron a insistir abrió con sigilo y miró la noche. La señora Laura apareció con un dedo en los labios en señal de silencio. Todavía llevaba el traje blanco quemado y sucio de tierra y sangre.

—¡Señora!... —suspiró Nacha.

La señora Laura entró de puntillas y miró con ojos interrogantes a la cocinera. Luego, confiada, se sentó junto a la estufa y miró su cocina como si no la hubiera visto nunca.

—Nachita, dame un cafecito... Tengo frío.

—Señora, el señor... el señor la va a matar. Nosotros ya la dábamos por muerta.

—¿Por muerta?

Laura miró con asombro los mosaicos blancos de la cocina, subió las piernas sobre la silla, se abrazó las rodillas y se quedó pensativa. Nacha puso a hervir el agua para hacer el café y miró de reojo a su patrona; no se le ocurrió ni una palabra más. La señora recargó la cabeza sobre las rodillas, parecía muy triste.

—¿Sabes, Nacha? La culpa es de los tlaxcaltecas.

Nacha no contestó, prefirió mirar el agua que no hervía.

Afuera la noche desdibujaba a las rosas del jardín y ensombrecía a las higueras. Muy atrás de las ramas brillaban las ventanas iluminadas de las casas vecinas. La cocina estaba separada del mundo por un muro invisible de tristeza, por un compás de espera.

—¿No estás de acuerdo, Nacha?

—Sí, señora...

—Yo soy como ellos: traidora... —dijo Laura con melancolía.

La cocinera se cruzó de brazos en espera de que el agua soltara sus hervores.

—¿Y tú, Nachita, eres traidora?

La miró con esperanzas. Si Nacha compartía su calidad traidora, la entendería, y Laura necesitaba que alguien la entendiera esa noche.

Nacha reflexionó unos instantes, se volvió a mirar el agua que empezaba a hervir con estrépito, la sirvió sobre el café y el aroma caliente la hizo sentirse a gusto a cerca de su patrona.

—Sí, yo también soy traicionera, señora Laurita.

Contenta, sirvió el café en una tacita blanca, le puso dos cuadritos de azúcar y lo colocó en la mesa, frente a la señora. Ésta, ensimismada, dio unos sorbitos.

—¿Sabes, Nachita? Ahora sé por qué tuvimos tantos accidentes en el famoso viaje a Guanajuato. En Mil Cumbres se nos acabó la gasolina. Margarita se asustó porque ya estaba anocheciendo. Un camionero nos regaló una poquita para llegar a Morelia. En Cuitzeo, al cruzar el puente blanco, el coche se paró de repente. Margarita se disgustó conmigo, ya sabes que le dan miedo los caminos vacíos y los ojos de los indios. Cuando pasó un coche lleno de turistas, ella se fue al pueblo a buscar un mecánico y yo me quedé en la mitad del puente blanco, que atraviesa el lago seco con fondo de lajas blancas. La luz era muy blanca y el puente, las lajas y el automóvil empezaron a flotar en ella. Luego la luz se partió en varios pedazos para convertirse en miles de puntitos y empezó a girar hasta que

se quedó fija como un retrato. El tiempo había dado la vuelta completa, como cuando ves una tarjeta postal y luego la vuelves para ver lo que hay escrito atrás. Así llegué en el lago de Cuitzeo, hasta la otra niña que fui. La luz produce esas catástrofes, cuando el sol se vuelve blanco y uno está en el mismo centro de sus rayos. Los pensamientos también se vuelven mil puntitos, y uno sufre vértigo. Yo, en ese momento, miré el tejido de mi vestido blanco y en ese instante oí sus pasos. No me asombré. Levanté los ojos y lo vi venir. En ese instante, también recordé la magnitud de mi traición, tuve miedo y quise huir. Pero el tiempo se cerró alrededor de mí, se volvió único y precederó y no pude moverme del asiento del automóvil. “Alguna vez te encontrarás frente a tus acciones convertidas en piedras irrevocables como ésta”, me dijeron de niña al enseñarme la imagen de un dios, que ahora no recuerdo cuál era. Todo se olvida, ¿verdad Nachita?, pero se olvida sólo por un tiempo. En aquel entonces también las palabras me parecieron de piedra, sólo que de una piedra fluida y cristalina. La piedra se solidificaba al terminar cada palabra, para quedar escrita para siempre en el tiempo. ¿No eran así las palabras de tus mayores?

Nacha reflexionó unos instantes, luego asintió convencida.

—Así eran, señora Laurita.

—Lo terrible es, lo descubrí en ese instante, que todo lo increíble es verdadero. Allí venía él, avanzando por la orilla del puente, con la piel ardida por el sol y el peso de la derrota sobre los hombros desnudos. Sus pasos sonaban como hojas secas. Traía los ojos brillantes. Desde lejos me llegaron sus chispas negras y vi ondear sus cabellos negros en medio de la luz blanquísima del encuentro. Antes de que pudiera evitarlo lo tuve frente a mis ojos. Se detuvo, se cogió de la portezuela del coche y me miró. Tenía una cortada en la mano izquierda, los cabellos llenos de polvo, y por la herida del hombro le escurría una sangre tan roja, que parecía negra. No me dijo nada. Pero yo supe que iba huyendo, vencido. Quiso decirme que yo merecía la muerte, y al mismo tiempo me dijo que mi muerte ocasionaría la suya. Andaba malherido, en busca mía.

—La culpa es de los tlaxcaltecas —le dije.

Él se volvió a mirar al cielo. Después recogió otra vez sus ojos sobre los míos.

—¿Qué te haces? —me preguntó con su voz profunda. No pude decirle que me había casado, porque estoy casada con él. Hay cosas que no se pueden decir, tú lo sabes, Nachita.

—¿Y los otros? —le pregunté.

—Los que salieron vivos andan en las mismas trazas que yo —vi que cada palabra le lastimaba la lengua y me callé, pensando en la vergüenza de mi traición.

—Ya sabes que tengo miedo y que por eso traiciono...

—Ya lo sé —me contestó y agachó la cabeza. Me conoce desde chica, Nacha. Su padre y el mío eran hermanos y nosotros primos. Siempre me quiso, al menos eso dijo y así lo creímos todos. En el puente yo tenía vergüenza. La sangre le seguía corriendo por el pecho. Saqué un pañuelito de mi bolso y sin una palabra, empecé a limpiársela. También yo siempre lo quise, Nachita, porque él es lo contrario de mí: no tiene miedo y no es traidor. Me cogió la mano y me la miró.

—Está muy desteñida, parece una mano de ellos —me dijo.

—Hace tiempo que no me pega el sol —bajó los ojos y me dejó caer la mano.

Estuvimos así, en silencio, oyendo correr la sangre sobre su pecho. No me reprochaba nada, bien sabe de lo que soy capaz. Pero los hilos de su sangre escribían sobre su pecho que su corazón seguía guardando mis palabras y mi cuerpo. Allí supe, Nachita, que el tiempo y el amor son uno solo.

—¿Y mi casa? —le pregunté.

—Vamos a verla —me agarró con su mano caliente, como agarraba a su escudo y me di cuenta de que no lo llevaba. ‘Lo perdió en la huida’, me dije, y me dejé llevar. Sus pasos sonaban en la luz de Cuitzeo iguales que en la otra luz: sordos y apacibles.

Caminamos por la ciudad que ardía en las orillas del agua. Cerré los ojos. Ya te dije, Nacha, que soy cobarde. O tal vez el humo y el polvo me sacaron lágrimas. Me senté en una piedra y me tapé la cara con las manos.

—Yo no camino... —le dije.

—Ya llegamos —me contestó. Se puso en cuclillas junto a mí y con la punta de los dedos acarició mi vestido blanco.

—Si no quieres ver cómo quedó, no lo veas —me dijo quedito.

Su pelo negro me hacía sombra. No estaba enojado, nada más estaba triste. Antes nunca me hubiera atrevido a besarlo, pero ahora he aprendido a no tenerle respeto al hombre, y me abracé a su cuello y lo besé en la boca.

—Siempre has estado en la alcoba más preciosa de mi pecho —me dijo. Agachó la cabeza y miró la tierra llena de piedras secas. Con una de ellas dibujó dos rayitas paralelas, que prolongó hasta que se juntaron y se hicieron una sola.

—Somos tú y yo —me dijo sin levantar la vista. Yo, Nachita, me quedé sin palabras.

—Ya falta poco para que se acabe el tiempo y seamos uno solo... por eso te andaba buscando—. Se me había olvidado, Nacha, que cuando se gaste el tiempo, los dos hemos de quedarnos el uno en el otro, para entrar en el tiempo verdadero convertidos en uno solo.

Cuando me dijo eso lo miré a los ojos. Antes sólo me atrevía a mirárselos cuando me tomaba, pero ahora, como ya te dije, he aprendido a no respetar los ojos del hombre.

También es cierto que no quería ver lo que sucedía a mi alrededor... soy muy cobarde.

Recordé los alaridos y volví a oírlos: estridentes, llameantes en mitad de la mañana.

También oí los golpes de las piedras y las vi pasar zumbando sobre mi cabeza. El se puso de rodillas frente a mí y cruzó los brazos sobre mi cabeza para hacerme un tejadito.

—Este es el final del hombre —dije.

—Así es —contestó con su voz encima de la mía. Y me vi en sus ojos y en su cuerpo. ¿Sería un venado el que me llevaba hasta su ladera? ¿O una estrella que me lanzaba a escribir señales en el cielo? Su voz escribió signos de sangre en mi pecho y mi vestido blanco quedó rayado con un tigre rojo y blanco.

—A la noche vuelvo, espérame... —suspiró. Agarró su escudo y me miró desde muy arriba.

—Nos falta poco para ser uno —agregó con su misma cortesía.

Cuando se fue, volví a oír los gritos del combate y salí corriendo en medio de la lluvia de piedras y me perdí hasta el coche parado en el puente del Lago de Cuitzeo.

—¿Qué pasa? ¿Estás herida? —me gritó Margarita cuando llegó. Asustada, tocaba la sangre de mi vestido blanco y señalaba la sangre que tenía en los labios y la tierra que se había metido en mis cabellos. Desde otro coche, el mecánico de Cuitzeo me miraba con sus ojos muertos.

—¡Esos indios salvajes!... ¡No se puede dejar sola a una señora! —dijo al saltar de su automóvil, dizque para venir a auxiliarme.

Al anoecer llegamos a la ciudad de México. ¡Cómo había cambiado, Nachita, casi no pude creerlo! A las doce del día todavía estaban los guerreros y ahora ya ni huella de su paso. Tampoco quedaban escombros. Pasamos por el Zócalo silencioso y triste; de la otra

plaza, no quedaba ¡nada! Margarita me miraba de reojo. Al llegar a la casa nos abriste tú. ¿Te acuerdas?

Nacha asintió con la cabeza. Era muy cierto que hacía apenas dos meses escasos que la señora Laurita y su suegra habían ido a pasear a Guanajuato. La noche en que volvieron, Josefina la recamarera y ella, Nacha, notaron la sangre en el vestido y los ojos ausentes de la señora, pero Margarita, la señora grande, les hizo señas de que se callaran. Parecía muy preocupada. Más tarde Josefina le contó que en la mesa el señor se le quedó mirando malhumorado a su mujer y le dijo:

—¿Por qué no te cambiaste? ¿Te gustas recordar lo malo?

La señora Margarita, su mamá, ya le había contado lo sucedido y le hizo una seña como diciéndole: “¡Cállate, tenle lástima!” La señora Laurita no contestó; se acarició los labios y sonrió ladina. Entonces el señor, volvió a hablar del presidente López Mateos.

—Ya sabes que ese nombre no se le cae de la boca —había comentado Josefina, desdeñosamente.

En sus adentros ellas pensaban que la señora Laurita se aburría oyendo hablar siempre del señor presidente y de las visitas oficiales.

—¡Lo que son las cosas, Nachita, yo nunca había notado lo que me aburría con Pablo hasta esa noche! —comentó la señora abrazándose con cariño las rodillas y dándoles súbitamente la razón a Josefina y a Nachita.

La cocinera se cruzó de brazos y asintió con la cabeza.

—Desde que entré en la casa, los muebles, los jarrones y los espejos se me vinieron encima y me dejaron más triste de lo que venía. ¿Cuántos días, cuántos años tendré que esperar todavía para que mi primo venga a buscarme? Así me dije y me arrepentí de mi traición. Cuando estábamos cenando me fijé en que Pablo no hablaba con palabras sino con letras. Y me puse a contarlas mientras le miraba la boca gruesa y el ojo muerto. De pronto se calló. Ya sabes que se le olvida todo. Se quedó con los brazos caídos. “Este marido nuevo no tiene memoria y no sabe más que las cosas de cada día.”

—Tienes un marido turbio y confuso —me dijo él volviendo a mirar las manchas de mi vestido. La pobre de mi suegra se turbó y como estábamos tomando el café se levantó a poner un *twist*.

—Para que se animen —nos dijo, dizque sonriendo, porque veía venir el pleito.

Nosotros nos quedamos callados. La casa se llenó de ruidos. Yo miré a Pablo. “Se parece a...” y no me atreví a decir su nombre, por miedo a que me oyeran el pensamiento. Es verdad que se le parece, Nacha. A los dos les gusta el agua y las casas frescas. Los dos miran al cielo por las tardes y tienen el pelo negro y los dientes blancos. Pero Pablo habla a saltitos, se enfurece por nada y pregunta a cada instante: “¿En qué piensas?” Mi primo marido no hace ni dice nada de eso.

—¡Muy cierto! ¡Muy cierto que el señor es fregón! —dijo Nacha con disgusto.

Laura suspiró y miró a su cocinera con alivio. Menos mal que la tenía de confidente.

—Por la noche, mientras Pablo me besaba, yo me repetía: “¿A qué horas vendrá a buscarme?” Y casi lloraba al recordar la sangre de la herida que tenía en el hombro. Tampoco podía olvidar los brazos cruzados sobre mi cabeza para hacerme un tejadito. Al mismo tiempo tenía miedo de que Pablo notara que mi primo me había besado en la mañana. Pero no notó nada y si no hubiera sido por Josefina que me asustó en la mañana, Pablo nunca lo hubiera sabido.

Nachita estuvo de acuerdo. Esa Josefina con su gusto por el escándalo tenía la culpa de todo. Ella, Nacha, bien se lo dio: “¡Cállate! ¡Cállate por el amor de Dios, si no oyeron

nuestros gritos por algo sería!” Pero, qué esperanzas, Josefina apenas entró a la pieza de los patrones con la bandeja del desayuno, soltó lo que debería haber callado.

—¡Señora, anoche un hombre estuvo espiando por la ventana de su cuarto! ¡Nacha y yo gritamos y gritamos!

—No oímos nada... —dijo el señor asombrado.

—¡Es él...! —gritó la tonta de la señora.

—¿Quién es él? —preguntó el señor mirando a la señora como si la fuera a matar.

Al menos eso dijo Josefina después.

La señora asustadísima se tapó la boca con la mano y cuando el señor le volvió a hacer la misma pregunta, cada vez con más enojo, ella contestó:

—El indio... el indio que me siguió desde Cuitzeo hasta la ciudad de México.

Así supo Josefina del indio y así se lo contó a Nachita.

—¡Hay que avisarle inmediatamente a la policía! —gritó el señor.

Josefina le enseñó la ventana por la que el desconocido había estado fisgando y Pablo la examinó con atención: en el alféizar había huellas de sangre casi frescas.

—Está herido... —dijo el señor Pablo preocupado. Dio unos pasos por la recámara y se detuvo frente a su mujer.

—Era un indio, señor —dijo Josefina corroborando las palabras de Laura.

Pablo vio el traje blanco tirado sobre una silla y lo cogió con violencia.

—¿Puedes explicarme el origen de estas manchas?

La señora se quedó sin habla, mirando las manchas de sangre sobre el pecho de su traje y el señor golpeó la cómoda con el puño cerrado. Luego se acercó a la señora y le dio una santa bofetada. Eso lo vio y lo oyó Josefina.

—Sus gestos son feroces y su conducta es tan incoherente como sus palabras. Yo no tengo la culpa de que aceptara la derrota —dijo Laura con desdén.

—Muy cierto —afirmó Nachita.

Se produjo un largo silencio en la cocina. Laura metió la punta del dedo hasta el fondo de la taza, para sacar el pozo negro del café que se había quedado asentado, y Nacha al ver esto volvió a servirle un café calentito.

—Bébase su café, señora —dijo compadecida de la tristeza de su patrona. ¿Después de todo de qué se quejaba el señor? A leguas se veía que la señora Laurita no era para él.

—Yo me enamoré de Pablo en una carretera, durante un minuto en el cual me recordó a alguien conocido, a quien yo no recordaba. Después, a veces, recuperaba aquel instante en el que parecía que iba a convertirse en ese otro al cual se parecía. Pero no era verdad. Inmediatamente volvía a ser absurdo, sin memoria, y sólo repetía los gestos de todos los hombres de la ciudad de México. ¿Cómo querías que no me diera cuenta del engaño? Cuando se enoja me prohíbe salir. ¡A ti te consta! ¿Cuántas veces arma pelitos en los cines y en los restaurantes? Tú lo sabes, Nachita. En cambio mi primo marido, nunca, pero nunca, se enoja con la mujer.

Nacha sabía que era cierto lo que ahora le decía la señora, por eso aquella mañana en que Josefina entró en la cocina espantada y gritando: “¡Despierta a la señora Margarita, que el señor está golpeando a la señora!”, ella, Nacha, corrió al cuarto de la señora grande.

La presencia de su madre calmó al señor Pablo. Margarita se quedó muy asombrada al oír lo de indio, porque ella no lo había visto en el Lago de Cuitzeo, sólo había visto la sangre como la que podías ver todos.

—Tal vez en el lago tuviste una insolación, Laura, y te salió sangre por las narices. Fíjate, hijo, que llevábamos el coche descubierto —dijo casi sin saber qué decir.

La señora Laura se tendió boca abajo en la cama y se encerró en sus pensamientos, mientras su marido y su suegra discutían.

—¿Sabes, Nachita, lo que yo estaba pensando esa mañana? ¿Y si me vio anoche cuando Pablo me besaba? Y tenía ganas de llorar. En ese momento me acordé de que cuando un hombre y una mujer se aman y no tienen hijos están condenados a convertirse en uno solo. Así me lo decía mi otro padre, cuando yo le llevaba el agua y él miraba la puerta detrás de la que dormíamos mi primo marido y yo. Todo lo que mi otro padre me había dicho ahora se estaba haciendo verdad. Desde la almohada oí las palabras de Pablo y de Margarita y no eran sino tonterías. “Lo voy a ir a buscar”, me dije. “Pero ¿a dónde?” Más tarde cuando tú volviste a mi cuarto a preguntarme qué hacíamos de comida, me vino un pensamiento a la cabeza: “¡Al café de Tacuba!” Y ni siquiera conocía ese café, Nachita, sólo lo había oído mentar.

Nacha recordó a la señora como si la viera ahora, poniéndose su vestido blanco manchado de sangre, el mismo que traía en ese momento en la cocina.

—¡Por Dios, Laura, no te pongas ese vestido! —le dijo su suegra. Pero ella no hizo caso. Para esconder las manchas, se puso un suéter blanco encima, se lo abotonó hasta el cuello y se fue a la calle sin decir adiós. Después vino lo peor. No, lo peor no. Lo peor iba a venir ahora en la cocina, si la señora Margarita se llegaba a despertar.

—En el Café de Tacuba no había nadie. Es muy triste ese lugar, Nachita. Se me acercó el camarero. “¿Qué le sirvo?” Yo no quería nada, pero tuve que pedir algo. “Una cocada.” Mi primo y yo comíamos cocos de chiquitos... En el café un reloj marcaba el tiempo. “En todas las ciudades hay relojes que marcan el tiempo, se debe estar gastando a pasitos. Cuando ya no quede sino una capa transparente, llegará él y las dos rayas dibujadas se volverán una sola y yo habitaré la alcoba más preciosa de su pecho.” Así me decía mientras comía la cocada.

—¿Qué horas son? —le pregunté al camarero.

—Las doce, señorita.

“A la una llega Pablo”, me dije; “si le digo a un taxi que me lleve por el periférico, puedo esperar todavía un rato.” Pero no esperé y me salí a la calle. El sol estaba plateado, el pensamiento se me hizo un polvo brillante y no hubo presente, pasado ni futuro. En la acera estaba mi primo, se me puso delante, tenía los ojos tristes, me miró largo rato.

—¿Qué haces? —me preguntó con voz profunda.

—Te estaba esperando.

Se quedó quieto como las panteras. Le vi el pelo negro y la herida roja en el hombro.

—¿No tenías miedo de estar aquí solita?

Las piedras y los gritos volvieron a zumbear alrededor nuestro y yo sentí que algo ardía a mis espaldas.

—No mires —me dijo.

Puso una rodilla en tierra y con los dedos apagó mi vestido que empezaba a arder. Le vi los ojos muy afligidos.

—¡Sácame de aquí! —le grité con todas mis fuerzas, porque me acordé de que estaba frente a la casa de mi papá, que la casa estaba ardiendo y que atrás de mí estaban mis padres y mis hermanitos muertos. Todo lo veía retratado en sus ojos, mientras él estaba con la rodilla hincada en tierra apagando mi vestido. Me dejé caer sobre él, que me recibió en sus brazos. Con su manos caliente me tapó los ojos.

—Este es el final del hombre —le dije con los ojos en su manos.

—¡No lo veas!

Me guardó contra su corazón. Yo lo oí sonar como rueda el trueno sobre las montañas. ¿Cuánto faltaría para que el tiempo se acabara y yo pudiera oírlo siempre? Mis lágrimas refrescaron su mano que ardía en el incendio de la ciudad. Los alaridos y las piedras nos cercaban, pero yo estaba a salvo bajo su pecho.

—Duerme conmigo... —me dijo en voz muy baja.

—¿Me viste anoche? —le pregunté.

—Te vi...

Nos dormimos en la luz de la mañana, en el calor del incendio. Cuando recordamos, se levantó y agarró su escudo.

—Escóndete hasta el amanecer. Yo vendré por ti.

Se fue corriendo ligero sobre sus piernas desnudas... Y yo me escapé otra vez, Nachita, porque sola tuve miedo.

—Señorita, ¿se siente mal?

Una voz igual a la de Pablo se me acercó a media calle.

—¡Insolente! ¡Déjeme tranquila!

Tomé un taxi que me trajo a la casa por el periférico y llegué...

Nacha recordó su llegada: ella misma le había abierto la puerta. Y ella fue la que le dio la noticia. Josefina bajó después, desbarrancándose por las escaleras.

—¡Señora, el señor y la señora Margarita están en la policía!

Laura se quedó mirando asombrada, muda.

—¿Dónde anduvo, señora?

—Fui al café de Tacuba.

—Pero eso fue hace dos días.

Josefina traía el *Ultimas Noticias*. Leyó en voz alta: “La señora Aldama continúa desaparecida. Se cree que el siniestro individuo de aspecto indígena que la siguió desde Cuitzeo, sea un sádico. La policía investiga en los estado de Michoacán y Guanajuato”.

La señora Laurita arrebató el periódico de las manos de Josefina y lo desgarró con ira. Luego se fue a su cuarto. Nacha y Josefina la siguieron, era mejor no dejarla sola. La vieron echarse en su cama y soñar con los ojos muy abiertos. Las dos tuvieron el mismo pensamiento y así se lo dijeron después en la cocina: “Para mí, la señora Laurita anda enamorada”. Cuando el señor llegó ellas estaban todavía en el cuarto de su patrona.

—¡Laura! —gritó. Se precipitó a la cama y tomó a su mujer en sus brazos.

—¡Alma de mi alma! —sollozó el señor.

La señora Laurita pareció enternecida unos segundos.

—¡Señor! —gritó Josefina—. El vestido de la señora está bien chamuscado.

Nacha lo miró desaprobándola. El señor revisó el vestido y las piernas de la señora.

—Es verdad... también las suelas de sus zapatos están ardidadas. Mi amor, ¿qué pasó?, ¿dónde estuviste?

—En el café Tacuba —contestó la señora muy tranquila.

La señora Margarita se torció las manos y se acercó a su nuera.

—Ya sabemos que anteayer estuviste allí y comiste una cocada. ¿Y luego?

—Luego tomé un taxi y me vine para acá por el periférico.

Nacha bajó los ojos, Josefina abrió la boca como para decir algo y la señora Margarita se mordió los labios. Pablo, en cambio, agarró a su mujer por los hombros y la sacudió con fuerza.

—¡Déjate de hacer la idiota! ¿En dónde estuviste dos días?... ¿Por qué traes el

vestido quemado?

—¿Quemado? Si él lo apagó... —dejó escapar la señora Laura.

—¿Él?... ¿El indio asqueroso? —Pablo la volvió a zarandear con ira.

—Me lo encontré a la salida del café Tacuba... —sollozó la señora muerta de miedo.

—¡Nunca pensé que fueras tan baja! —dijo el señor y la aventó sobre la cama.

—Dinos quién es —preguntó la suegra suavizando la voz.

—¿Verdad, Nachita, que no podía decirles que era mi marido? —preguntó Laura pidiendo la aprobación de la cocinera.

Nacha aplaudió la discreción de su patrona y recordó que aquel mediodía, ella, apenada por la situación de su ama, había opinado:

—Tal vez el indio de Cuitzeo es un brujo.

Pero la señora Margarita se había vuelto a ella con ojos fulgurantes para contestarle casi a gritos:

—¿Un brujo? ¡Dirás un asesino!

Después, en muchos días no dejaron salir a la señora Laurita. El señor ordenó que se vigilaran las puertas y ventanas de la casa. Ellas, las sirvientas, entraban continuamente la cuarto de la señora para echarle un vistazo. Nacha se negó siempre a exteriorizar su opinión sobre el caso o a decir las anomalías que sorprendía. Pero, ¿quién podía callar a Josefina?

—Señor, al amanecer, el indio estaba otra vez junto a la ventana —anunció al llevar la bandeja con el desayuno.

El señor se precipitó a la ventana y encontró otra vez la huella de sangre fresca. La señora se puso a llorar.

—¡Pobrecito!... ¡pobrecito!... —dijo entre sollozos.

Fue esa tarde cuando el señor llegó con un médico. Después el doctor volvió todos los atardeceres.

—Me preguntaba por mi infancia, por mi padre y por madre. Pero, yo, Nachita, no sabía de cuál infancia, ni de cuál padre, ni de cuál madre quería saber. Por eso le platicaba de la *Conquista de México*. ¿Tú me entiendes verdad? —preguntó Laura con los ojos puestos sobre las cacerolas amarillas.

—Sí, señora... —y Nachita, nerviosa, escrutó el jardín a través de los vidrios de la ventana. La noche apenas si dejaba ver entre sus sombras. Recordó la cara desganada del señor frente a su cena y la mirada acongojada de su madre.

—Mamá, Laura le pidió al doctor la *Historia* de Bernal Díaz del Castillo. Dice que es lo único que le interesa.

La señora Margarita había dejado caer el tenedor.

—¡Pobre hijo mío, tu mujer está loca!

—No habla sino de la caída de la Gran Tenochtitlán —agregó el señor Pablo con aire sombrío.

Dos días después, el médico, la señora Margarita y el señor Pablo decidieron que la depresión de Laura aumentaba con el encierro. Debía tomar contacto con el mundo y enfrentarse con sus responsabilidades. Desde ese día, el señor mandaba el automóvil para que su mujer saliera a dar paseítos por el Bosque de Chapultepec. La señora salía acompañada de su suegra y el chofer tenía órdenes de vigilarlas estrechamente. Sólo que el aire de los eucaliptos no la mejoraba, pues apenas volvía a su casa, la señora Laurita se encerraba en su cuarto para leer la *Conquista de México* de Bernal Díaz.

Una mañana la señora Margarita regresó del Bosque de Chapultepec sola y

desamparada.

—¡Se escapó la loca! —gritó con voz estentórea al entrar en la casa.

—Fíjate, Nacha, me senté en la misma banquita de siempre y me dije: “No me lo perdona. Un hombre puede perdonar una, dos, tres, cuatro traiciones, pero la traición permanente, no”. Este pensamiento me dejó muy triste. Hacia calor y Margarita se compró un helado de vainilla; yo no quise, entonces ella se metió al automóvil a comerlo. Me fijé que estaba tan aburrida de mí, como yo de ella. A mí no me gusta que me vigilen y traté de ver otras cosas para no verla comiendo su barquillo mirándome. Vi el heno gris que colgaba de los ahuehuetes y no sé por qué, la mañana se volvió tan triste como esos árboles. “Ellos y yo hemos visto las mismas catástrofes”, me dije. Por la calzada vacía, se paseaban las horas solas. Como las horas estaba yo: sola en una calzada vacía. Mi marido había contemplado por la ventana mi traición permanente y me había abandonado en esa calzada hecha de cosas que no existían. Recordé el olor de las hojas de maíz y el rumor sosegado de sus pasos. “Así caminaba, con el ritmo de las hojas secas cuando el viento de febrero las lleva sobre las piedras. Antes no necesitaba volver la cabeza para saber que él estaba ahí mirándome las espaldas”... Andaba en esos tristes pensamientos, cuando oí correr al sol y las hojas secas empezaron a cambiar de sitio. Su respiración se acercó a mis espaldas, luego se puso frente a mí, vi sus pies desnudos delante de los míos. Tenía un arañazo en la rodilla. Levanté los ojos y me hallé bajo los suyos. Nos quedamos mucho rato sin hablar. Por respeto yo esperaba sus palabras.

—¿Qué te haces? —me dijo.

Vi que no se movía y que parecía más triste que antes.

—Te estaba esperando —contesté.

—Ya va a llegar el último día...

Me pareció que su voz salía del fondo de los tiempos. Del hombro le seguía brotando sangre. Me llené de vergüenza, bajé los ojos, abrí mi bolso y saqué un pañuelito para limpiarle el pecho. Luego lo volví a guardar. El siguió quieto, observándome.

—Vamos a la salida de Tacuba... Hay muchas traiciones.

Me agarró de la mano y nos fuimos caminando entre la gente, que gritaba y se quejaba. Había muchos muertos que flotaban en el agua de los canales. Había mujeres sentadas en la hierba mirándolos flotar. De todas partes surgía la pestilencia y los niños lloraban corriendo de un lado para otro, perdidos de sus padres. Yo miraba todo sin querer verlo. Las canoas despedazadas no llevaban a nadie, sólo daban tristeza. El marido me sentó debajo de un árbol roto. Puso una rodilla en tierra y miró alerta lo que sucedía a nuestro alrededor. El no tenía miedo. Después me miró a mí.

—Ya sé que eres traidora y que me tienes buena voluntad. Lo bueno crece junto a lo malo.

Los gritos de los niños apenas me dejaban oírlo. Venían de lejos, pero eran tan fuertes que rompían la luz del día. Parecía que era la última vez que iban a llorar.

—Son las criaturas... —me dijo.

—Este es el final del hombre —repetí, porque no se me ocurría otro pensamiento.

Él me puso las manos sobre los oídos y luego me guardó contra su pecho.

—Traidora te conocí y así te quise.

—Naciste sin suerte —le dije. Me abracé a él. Mi primo marido cerró los ojos para no dejar correr las lágrimas. Nos acostamos sobre las ramas rotas del pirú. Hasta allí nos llegaron los gritos de los guerreros, las piedras y los llantos de los niños.

—El tiempo se está acabando... —suspiró mi marido.

Por una grieta se escapaban las mujeres que no querían morir junto con la fecha. Las filas de hombres caían una después de la otra, en cadena como si estuvieran cogidos de la mano y el mismo golpe los derribara a todos. Algunos daban un alarido tan fuerte, que quedaba resonando mucho rato después de su muerte.

Faltaba poco para que nos fuéramos para siempre en uno solo cuando mi primo se levantó, me juntó ramas y me hizo una cuevita.

—Aquí me esperas.

Me miró y se fue a combatir con la esperanza de evitar la derrota. Yo me quedé acurrucada. No quise ver a las gentes que huían, para no tener la tentación, ni tampoco quise ver a los muertos que flotaban en el agua para no llorar. Me puse a contar los frutitos que colgaban de las ramas cortadas: estaban secos y cuando los tocaba con los dedos, la cáscara roja se les caía. No sé porque me parecieron de mal agüero y preferí mirar el cielo, que empezó a oscurecerse. Primero se puso parado, luego empezó a coger el color de los ahogados de los canales. Me quedé recordando los colores de otras tardes. Pero la tarde siguió amaratándose, hinchándose, como si de pronto fuera a reventar y supe que se había acabado el tiempo. Si mi primo no volvía, ¿qué sería de mí? Tal vez que ya estaba muerto en el combate. No me importó su suerte y me salí de allí a toda carrera perseguida por el miedo. “Cuando llegue y me busque...” No tuve tiempo de acabar mi pensamiento porque me hallé en el anochecer de México. Margarita ya se debe haber acabado su helado de vainilla y Pablo debe de estar muy enojado... Un taxi me trajo por el periférico. ¿Y sabes, Nachita?, los periféricos eran los canales infestados de cadáveres... por eso llegué tan triste... Ahora, Nachita, no le cuentes al señor que me pasé la tarde con mi marido.

Nachita se acomodó los brazos sobre la falda lila.

—El señor Pablo hace ya diez días que se fue a Acapulco. Se quedó muy flaco con las semanas que duró la investigación —explicó Nachita satisfecha.

Laura la miró sin sorpresa y suspiró con alivio.

—La que está arriba es la señora Margarita —agregó Nacha volviendo los ojos hacia el techo de la cocina.

Laura se abrazó la rodillas y miró por los cristales de la ventana a las rosas borradas por las sombras nocturnas y a las ventanas vecinas que empezaban a apagarse.

Nachita se sirvió sal sobre el dorso de la mano y la comió golosa.

—¡Cuánto coyote! ¡Anda muy alborotada la coyotada! —dijo con la voz llena de sal.

Laura se quedó escuchando unos instantes.

—Malditos animales, los hubieras visto hoy en la tarde —dijo.

—Con tal de que no estorben el paso del señor, o que le equivoquen el camino —comentó Nachita con miedo.

—Si nunca los temió, ¿por qué había de temerlos esta noche? —preguntó Laura molesta.

Nacha se aproximó a su patrona para estrechar la intimidad súbita que se había establecido entre ellas.

—Son más canijos que los tlaxcaltecas —le dio en voz muy baja.

Las dos mujeres se quedaron quietas. Nacha devorando poco a poco otro puñito de sal. Laura escuchando preocupada los aullidos de los coyotes que llenaban la noche. Fue Nacha la que lo vio llegar y le abrió la puerta.

—¡Señora!... Ya llegó por usted... —le susurró en una voz tan baja que sólo Laura pudo oírla.

Después, cuando Laura se había ido para siempre con él, Nachita limpió la sangre de la ventana y espantó a los coyotes, que entraron en su siglo que acababa de gastarse en ese instante. Nacha miró con sus ojos viejísimos, para ver si todo estaba en orden: lavó la taza de café, tiró al bote de la basura las colillas manchadas de rojo de labios, guardó la cafetera en la alacena y apagó la luz.

—Yo digo que la señora Laurita no era de este tiempo, ni era para el señor —dijo en la mañana cuando le llevó el desayuno a la señora Margarita.

—Ya no me halló en casa de los Aldama. Voy a buscarme otro destino —le confió a Josefina. Y en un descuido de la recamarera, Nacha se fue hasta sin cobrar su sueldo.

## El zapaterito de Guanajuato

Iba yo bajando la avenida, llevaba a Faustino de la mano, mi nietecito no decía nada, aunque yo bien veía que los tres días de girar por la ciudad, sin alimento y sin cobijo lo habían amedrentado. “Sin dinero, sin familia y sin amigos, ¿qué será de nosotros?”, me iba yo diciendo, mientras veía las casas y las ventanas que me miraban pasar. Nunca fui pedigüeño y la vergüenza del hambre me hacía caminar sin ver por dónde pisaba. La ciudad es hosca por desconocida y todas sus calles, que son muchas, son ajenas a la tristeza de un fuereño. “¿Qué será de nosotros sin un alma que nos mire?” Iba oyendo los pasitos encarrerados de Faustino, sin verlo, para no mirarle el hambre... “De seguro lleva la boca bien seca. Sufriendo se enseña el hombre...” así iba yo diciéndome, cuando la vi por primera vez. Estaba dentro de un coche nuevo, encaramada en el asiento, bien abrazada al hombre que la tenía tomada por la cintura. De él sólo vi el pelo negro asomando sobre un hombro de ella, y los brazos que la sostenían. Me dije: “¡Caray, aquí se besan en mitad de la calle y en plena luz del sol!” Me llamó la atención su cintura delgadita adentro de su vestido blanco. La puerta del coche estaba abierta, y le vi las piernas tan desnudas como los brazos. Faustino también los vio. Y los dos vimos, cuando ella levantó una mano y le dio una bofetada en mitad de los besos que se daban. Él, ofendido, echó la cabeza para atrás y ya no vi nada. No podía yo quedarme a mirar, ¡Viejo curioso!”, me hubieran dicho y con sobrada razón. Faustino y yo seguimos bajando la avenida. “¡Qué genio tan vivo!” me dije y ahora me digo: “¡Ojalá que Dios le detenga la mano, para que no acabe mal!” De repente el coche nuevo pasó zumbando junto a nosotros. Vimos cómo adentro iban forcejeando: él para detenerla, ella con la portezuela abierta. El coche iba zigzagueando, como si fuera borracho. “¡Sea por Dios, con tal de que no les salga al paso un poste!”... Faustino y yo seguimos bajando la avenida a la que no le veíamos fin. La mentada avenida era como todas las calles de la ciudad de México: cerrada por paredes y por casas, sin desembocadura al campo. La luz por allá es muy blanca y sin verdura, y a esas horas del mediodía, con los ojos sin sueño, los pies andados y el estómago limpio, cansa. En mis ochenta y dos años ya he visto mucho, pero nada tan desamparado como los mediodías de la nombrada ciudad de México. Faustino iba espantado. Así me lo dijo ella, cuando nos habló. Porque de repente la vimos venir andando de cara a nosotros. Su traje blanco relumbraba al sol. Parecía muy acalorada. Abrió tamaños ojos y se nos quedó mirando.

—No son de aquí, ¿verdad?

Nos vio fuereños por los pantalones de manta, los huaraches y los sombreros ardidados de sol.

—No, niña.

Se quedó piensa y piensa; ella todo lo piensa mucho aunque parezca que no.

—¿En dónde paran?

—En ninguna parte, niña.

Era feo mendigarle y los dos preferimos bajar los ojos. Nos dio vergüenza la desdicha.

—¿Ya comieron?

Preguntó de frente y sin rodeos. ¿Para qué mentirle, si se nos veía el hambre? Se me nublaron los ojos, la vejez no sirve para atajar a las lágrimas cuando quieren correr.

—No, niña. Ni mi nietecito ni yo hemos probado alimento en los tres días que llevamos girando por estas dichosas calles.

Le dije todo por el niño. El orgullo hay que hacerlo a un lado cuando hay criaturas.

—¿Tres días?

Nos miró como si dijéramos mentiras y luego se puso a mirar los coches que en esa avenida nunca dejan de pasar.

—¡Hay mucha hambre, niña! Mucha hambre. No sólo nosotros la padecemos, en mi pueblo todos andamos en la misma desgracia. Por eso venimos del campo a buscar consuelo en la ciudad.

—¡Estos bandidos del gobierno!

Se enojó como las yeguas y dio patadas en el suelo.

—Vengan.

No me avergonzó su caridad. La hacía con enojo, como si ella tuviera la culpa de mi triste situación. La frescura de su casa nos consoló de la sequía de la calle. Sus sirvientas se pusieron a reír cuando nos vieron. Luego detuvieron la risa y se quedaron serias. Una de ellas se acercó a la señora Blanquita.

—Señora, ya van tres veces que llama, una después de la otra. Seguidito, seguidito.

La señora Blanquita se puso roja de mohína y apoyó la cara sobre la mano para no pensar. Todos nos callamos.

—Si llama otra vez díganle que no he llegado... o que me morí...

Sus sirvientas y ella se quedaron muy tristes. Faustino y yo hicimos como si no hubiéramos oído nada y como si no estuviéramos allí. Las sirvientas nos llevaron a un cuarto para reposarnos, mientras nos preparaban la comida.

—¡Cuánta molestia! —decía yo.

—No se mortifique, señor, estamos impuestas, así es la señora Blanquita.

Y así es. Por la tarde me quedé en la cocina platicando con ellas. Les conté de Guanajuato y de las tristezas que pasábamos: quería pagarles la cortesía del hospedaje y de la risa. Al oscurecer entró a la cocina la señora Blanquita. Estaba triste. Ocupó una sillita y se fumó dos cigarros, sin decir una palabra.

—Vete a ver al Chino, para ver si nos fía algo para la cena —dijo de repente.

Nunca pensé que una casa tan bien puesta y una señora tan bien vestida, no tuviera ni un centavo para cenar. ¡Parecía tan rica!

—El dinero se va como agua. Es maldito, ¿verdad?

Muy verdad que era maldito. Y así se lo contesté a la señora Blanquita.

—¿Hay mucha hambre en su tierra?

—Sí, niña, mucha.

Preguntando, preguntando, me hizo contarle mi vida, mis pesares, y la razón de mi viaje a la mentada ciudad de México. Soy de oficio zapatero, le dije, pero a causa de la pobreza, ya nadie compra zapatos en Guanajuato. Por eso junté unos centavos, que le pedí al agiotista, y me puse a hacer algunos pares, para venir a venderlos a la ciudad de México, en donde todavía la gente rica lleva zapatos. Salieron muy bonitos, con hebillas de plata y tacones altos, Por allá somos mineros, y nos gusta tanto el oro como la plata. En otros tiempos todo fue de oro: los palacios, los peines, los altares y en algunas casas hasta los barrotes de las ventanas fueron de oro. Pero, ya digo, eso fue en otros tiempos. Ahora somos pobres, por eso vine hasta aquí a traer mis zapatos. Rosa, mi hija mayor, los envolvió en papel de seda, y me prestó a su hijo Faustino, para que me acompañara en el viaje. Mi hija Gertrudis nos preparó la comida y nos hizo el itacate. Y la mañana de un

jueves nos pusimos en camino. A las tres de la mañana agarramos la carretera y caminamos hasta el mediodía. A esa hora hallamos albergue en la casa de un carbonero, que nos ofreció su compasión, su agua fresca y también su fuego para calentar las tortillas. Con él también hicimos noche. Nos fuimos de madrugada. Al despedirnos nos deseó la buena compañía de Dios y nos dijo que en el viaje de regreso nos recogería otra vez. En nueve días que duró el viaje, lo hicimos a buen paso, hallamos consuelo en la gente de bien que nos compadecía. A mí, a causa de mis ochenta y dos años. Y a Faustino, mi nietecito, por sus ocho añitos tan tiernos. Cuando entramos en la ciudad de México fuimos derechos a la Villa de Guadalupe, para dar gracias. Hicimos noche en los portales de la Villa, junto con otros peregrinos, que también venían en busca de consuelo pan su hambre y sus pesares. Allí platicando, platicando, un señor me informó que en cualquier mercado me comprarían los zapatos.

—¡Qué bonitos! —me dijo, cuando se los enseñé. Yo no me di bien cuenta de que los miró con codicia, sino hasta el otro día, cuando amanecí sin ellos. Faustino me dijo:

—Vamos a buscarlo, abuelo, al fin que no andará lejos.

Y así fue: nos pusimos busca y busca y busca sin hallarlo. El señor no era muy alto, llevaba una chamarra de cuero, tenía el pelo muy negro y se reía bonito. Pero no dimos con él. Andábamos en su busca, sin un centavo, y sin poder volver a Guanajuato, cuando la hallamos a usted, señora Blanquita.

La señora Blanquita nos miró compadecida.

—¿Y cuánto valían sus zapatos?

—Algo así como unos cien o quinientos pesos. Nunca lo supe de cierto, porque como le dije, no llegué a venderlos,

—¡Uy, qué bicoca!

Y la señora Blanquita se echó a reír. Hay que decir que ella no es de medias tintas, o se ríe mucho, o está bien enojada.

—Quinientos pesos... yo se los doy y le pago su boleto de autobús para que regrese a Guanajuato.

Mucho se lo agradecí. Le di mi nombre junto con las gracias: Loreto Rosales, para servirla. Y mi nieto, Faustino Duque su servidor. Regresó la sirvienta que se llama Josefina, y que es frondosa y de buen parecer.

—El Chino dijo que ya es mucho lo que nos fía, y no quiso darme ni un pedacito de queso.

—¡Se asará en los infiernos!

Y la señora Blanquita salió de la cocina, diciendo palabras gruesas, ella que es tan delgadita. Esa noche cenamos café negro y tortillas duras con sal. Pero nos afligimos, porque como nos dio la propia señora Blanquita, todos estábamos al amparo de la Divina Providencia. Apenas acabamos de cenar, apagaron las luces de la sala y cerraron las cortinas de las ventanas que daban a la calle. También apagaron la luz de la cocina. La señora Blanquita y sus sirvientas se tiraron en el suelo, junto a las ventanas, para espiar la calle, por la rendija de una cortina apenas entreabierta.

—Allí está, señora Blanquita —dijo Josefina muy quedito.

—Mire, señora, está mirando para acá, patrullando la casa...

—Desgraciado, voy a llamar a la policía —dijo la señora.

—Sí, señora, pégueme un susto antes de que nos mate.

Estuvimos espiondo el peligro hasta quién sabe qué horas, porque Faustino y yo nos retiramos a dormir. Casi no dormí pensando en el enemigo que acechaba a la señora Blanquita. Oí las horas, las doce, la una de la madrugada y ellas allí seguían, espiondo los

pasos del malhechor, para estar prevenidas. Menos mal que la señora Blanquita parecía muy arredrada. Lo mismo que Josefina, y que Panchita. Con ese pensamiento me dormí.

—¿Ya desayunó, don Loretito? —me preguntó la señora en la mañana.

—Ya, niña.

—Hoy le doy su dinero, para que vuelva a Guanajuato...

Y los días empezaron a correr y yo cada vez estaba más avergonzado. La señora Blanquita no tenía ni un centavo, y yo no podía hacer nada por ella, ni siquierairme, porque la hubiera ofendido.

—¡Déjeme ir, señora Blanquita!

—¡Está loco, don Loretito!

Se reía, ponía música y bailaba. No se acongojaba por nada. Nunca salía, estaba muy amenazada. Por las noches espiaba la calle con sus criadas.

—¡Estamos enchiqueradas!

—Sólo Dios nos puede ayudar.

En el día Josefina iba a pedir fiado. Antes de salir se asomaba a los balcones.

—Voy en una carrera antes de que llegue y me agarre.

Y volvía enseguida con las compras fiadas. Mientras preparaba la sopa de fideos y las quesadillas de flor de calabaza, cantaba. Tenía bonita voz la tal Josefina. Panchita también cantaba mientras tendía las camas y limpiaba los espejos. La señora Blanquita, tantito bailaba y tantito bordaba. Yo me hallé bien y ya no pedíairme. ¿Qué más quería? Tenía buen trato y buena compañía. A mi nieto lo dejaban jugar con el radio. De la ciudad ya ni me acordaba. Algún día la Divina Providencia nos recordaría y nos mandaría el dinero que necesitábamos. Entonces, con todo el dolor de mi corazón, yo me regresaría a Guanajuato. Y digo con todo el dolor porque me había engreído con esas tres mujeres: es difícil hallarlas tan reidoras. Así pensaba yo, y así pasaban los días. Fue una tarde, cuando ya empezaba a pardear, cuando llamaron a la puerta. Desde mi cuarto alcancé a oír la voz de Josefina.

—Perdone, señor, pero no puedo agarrar el paquetito...

—¿Por qué no? —era tamaño vozarrón de hombre.

Oí que Josefina cerró la puerta de golpe.

—¡Señora Blanquita, dejaron esto! —gritó Josefina apesadumbrada.

—¡Estúpida! ¿Por qué lo agarraste?

Oí que deshacían el paquetito.

—¿Ves?, ¿ves? ¡Mira!, ¡mira!

No me atreví a asomar la cabeza para ver qué habían traído. Josefina entró muy disgustada.

—La van a matar... la van a matar...

Al rato vi que Faustino estaba jugando con dos muñequitas rotas. Las dos estaban vestidas de novia y los vestidos blancos estaban hechos jirones, las mechitas güeras casi arrancadas.

—¿Dónde las encontraste, muchacho?

—Ahí estaban, en el suelo.

Pedimos unas agujas y un poco de hilo y nos pusimos a componerlas. En eso estábamos cuando volvieron a llamar a la puerta. Me puse en guardia, para algo había yo de servir a pesar de mis ochenta y dos años.

—¿La quiere matar? —gritó Josefina.

—¡Para que floree su tumba! —oí el mismo vozarrón de hombre.

—¡Señora!... Señora Blanquita.

También yo salí a ver: allí estaban regadas en el suelo, quién sabe cuántas rosas rojas.

—¡Las aventó, señora, cuando yo no las quise agarrar!

—Flores en el suelo de mi casa, ¡qué mal agüero!, ¡qué mal agüero! —gritó la señora Blanquita.

Bien roja de mohína las empezó a levantar, abrió la ventana y las tiró a la calle. Josefina la ayudó. En cambio Panchita agarró una docena y la escondió en uno de los baños.

—Venga a ver, don Loretito.

La señora me llevó al balcón. Ya había oscurecido y las flores con la luz de los faroles, brillaban como confeti. Lástima que los coches les pasaran por encima. Nos metimos cuando vimos que todas estaban machucadas. Al rato volvieron a llamar a la puerta, pero esta vez eran golpes muy recios, como si quisieran echarla abajo. Me pareció que le daban de patadas o de cachazos de pistola.

—¡Yo abro, Josefina!

Vimos pasar a la señora Blanquita, como una centella. Iba embravecida.

Luego ya no oímos nada. Con precaución salimos del cuarto, en el suelo del salón había otro tanto de rosas rojas, y la puerta de la calle estaba completamente abierta.

—¡Se la llevó! —gritó Josefina.

—Sí, se la llevo —repitió Faustino.

Los cuatro nos vimos muy espantados. Sólo Dios sabía a dónde y si algún día la devolvería. Apenas íbamos a decir algo, cuando la señora Blanquita se nos apareció de nuevo. Venía bien revolcada, con el pelo lacio sobre la cara y su vestido blanco, roto.

—¡Me echó el coche encima!... dame un tequila...

La señora se dejó caer en una silla de seda. Tenía las rodillas raspadas. Josefina le limpió la sangre de las piernas, le arregló el pelo y le pasó un pañuelo por la cara. Panchita nos dio a todos un buen fajo de tequila.

—Ande don Loretito, para el susto.

Con la señora Blanquita, va uno de sobresalto en sobresalto. Se bebió su tequila de un trago, se repuso, se levantó y se fue al teléfono.

—Haga el favor de venir a la esquina de mi casa. A ver si tiene valor de decírmelo en mi cara... Lo espero en diez minutos.

Al rato entró a la cocina bien girita, llevaba otro vestido. Nos sonrió, pero yo vi que estaba bien enojada. Buscó y buscó entre los cuchillos y luego escogió un martillo. Se lo puso bajo el brazo, con la cabeza para arriba, el palo pegado al cuerpo y lo sostuvo con el brazo. Parecía que iba desarmada. ¡Es ladina, y sabe muy bien lo que hace!

—Ahorita vengo.

Nos tiró un beso con la mano libre y se fue. Las muchachas se me quedaron mirando: “Viejo tarugo, ¿para qué sirve?” Les leí el pensamiento.

—Voy a seguir sus pasos... nunca se sabe... Salí a la calle, que no había pisado en muchos días. De noche había tantos automóviles, como al mediodía, y sus faroles la llenaban de reflejos. A causa de ellos, no atinaba yo a ver por dónde andaba la señora Blanquita. De repente la vi en la acera de enfrente. Junto a ella estaba un hombrón muy alto. Parecía que no se hablaban, nada más se miraban: midiéndose. Me metí entre los coches, y con mucha cautela, me acerqué.

—¡Sígame!

—Aquí no —gritó la señora.

El hombrón se volvió para todas partes, buscando.

—Debe tener usted a sus indios guardándola —dijo temeroso.

—Sígame.

La señora se echó a andar y el hombre la fue siguiendo, mirando, mirando para todas partes, desconfiado. A mí no me vio. ¿Quién se fija en mí? ¡Nadie! Nadie sabe ver a un pobre. Además yo sé caminar sin que me miren. Me lo enseñaron de chiquito. Nos fuimos metiendo por unas calles con jardines y sin gentes. ¡Muy oscuras! Yo me escurría entre los árboles y los pocos postes de luz. También me arrimaba a las puertas y a las rejas. La señora Blanquita iba muy adelante, caminando sin volver la cabeza, con los brazos pegados al cuerpo, escondiendo el arma, bien derechita. Dio vuelta a la izquierda y él la siguió. Yo me arrimé a la esquina y miré. Él me daba la espalda. Ella se le fue acercando.

—A solas, repítame lo que dijo.

—¿Lo qué dije?... ¿qué dije? —preguntó el hombre asustado.

—¡Repítame lo que me dijo!

—Eres mala. Muy mala...

Y el hombre dio la vuelta después de dar su queja. Apenas le dio la espalda, la señora Blanquita sacó el martillo, lo levantó, agarrándolo con las dos manos y le dio un golpe seco sobre la nuca. La cabeza del martillo brincó sobre la acera y se fue rebotando hasta media calle. ¡Así de recio fue el golpe! El hombre dio unos pasos bamboleándose. A la luz de los faroles le vi los ojos en blanco. Luego, como borracho se fue a media calle y a tientas buscó la cabeza del martillo, la agarró y alcanzó a tirarla adentro de un jardín. Después se dejó caer al suelo y se cogió la cabeza entre las manos. La señora Blanquita se acercó a rematarlo con el palo del martillo. Pero el hombre se lo arrebató de un manotazo y lo tiró adentro del jardín.

—¡Traidora!... Das por la espalda...

Estaba enojada de haber dejado vivo a su enemigo. Era valiente, porque el enemigo era bien fornido, le sacaba una cabeza y pesaba el doble que ella. Allí sentado, le vi tanañas manos y tanañas espaldas. La señora lo miró un rato y luego agarró el camino de su casa. El hombre se levantó para seguirla. Pasaron muy cerquita de mí, sin verme. Yo los seguí. “Mientras ella lleve la ventaja, yo no meto las manos. Es bien bragada y defensa no necesita”, me iba yo diciendo, cuando llegamos a la última callecita, la que desemboca en su avenida. Allí ella se detuvo, pensando, ¡adivinar en qué! Cerca de la esquina había un estanquillo abierto.

—¡Cómprame unos cigarros! —ordenó.

Me acordé que desde la mañana no fumaba, porque el Chino no había querido fiarle sus Monte Carlo.

—Sí, mi amor...

Oí que contestaba su enemigo. Y con cautela, se paró en la puerta del estanquillo, para cuidar la bocacalle y que ella no ganara la avenida. Le estaba cerrando el paso. Ella lo miró y reculó muy despacito, muy despacito. Cuando el enemigo entró a pagar los cigarros, la señora Blanquita miró para todas partes, buscando salida en la callecita oscura, pero no tenía más remedio que pasar frente a la puerta del estanquillo. Miró para el cielo y se halló con las ramas del fresno. Sin pensarlo, se trepó al árbol como un gato y desapareció en lo oscuro del follaje. El hombre salió con los cigarros en la mano y no la vio. Pero no se desanimó: alerta, fue calle arriba, mirando para todas partes, escudriñando los jardines, las rejas, las salientes de las casas. Luego, calle abajo. Luego otra vez calle arriba, buscando;

luego otra vez calle abajo. Yo me senté en el borde de la acera, me bajé el sombrero y me hice el que dormía, mientras lo miraba: calle arriba, calle abajo. Él árbol de la señora Blanquita estaba muy quietecito. Y el hombre seguía calle arriba, calle abajo, mirando para todos lados. “¡Condenado, sabe que no ha salido de estos andurriales y le anda cerrando el paso!” Pasó más de una hora. Cerraron el estanquillo y el hombre seguía calle arriba, calle abajo. De seguro la señora Blanquita lo miraba y por eso no se movía.

—¡Écheme un cigarro! —gritó de pronto desde las ramas del fresno—. Siempre he dicho que tanto el hombre como la mujer siempre se venden por sus vicios.

—¿Dónde, Blanca, dónde? —preguntó el hombre dando vueltas como trompo.

—Acá arriba.

—¿Dónde?

—¡En el fresno!

El enemigo se agarró al tronco del árbol y le dio tanta risa, que a mí también me la contagió. Se reía tanto, que trabajo le costó tirarle los cigarros, porque ella no quiso bajarse.

—¡Lárguese, para que pueda volver a mi casa!

—¡Quiero verle la carita!

—No se puede. Sólo mis amigos pueden verla.

—¿Cuánto vale su carita? ¡La compro!

—¡Quinientos pesos!

—¿Los mismos que me pediste?

—¡Los mismos! Se los debo al zapaterito de Guanajuato.

Se me quitó la risa. El zapaterito de Guanajuato era yo, Loreto Rosales. Me agaché bien. No quería que nadie me viera la cara. Me dio vergüenza que yo, Loreto Rosales, pusiera a una señora en el trance de matar a martillazos al mal hombre que le negaba ¡quinientos pesos!

—¿En dónde está su zapaterito, para dárselos?

—En un lugar secreto y usted no lo verá.

En verdad no debía verme. Me fui hasta la esquina bien agachado. Pasé frente al estanquillo, que tenía las puertas cerradas. Di la vuelta, llegué a la avenida y gané la casa. Entré y agarré a Faustino y luego tomé el camino de regreso a Guanajuato. Hice once días, porque no hallaba la salida de la mentada ciudad de México. Me fui hasta sin despedirme, porque hay veces en que no despedirse es de más cortesía. En los once días de andada, me reconfortaba pensar que yéndome, libraba a la señora Blanquita de la cárcel. Hace ya siete días que llegué a mi casa. Pero no estoy tranquilo. Anoche soñé con la señora Blanquita, parada en el Hemiciclo a Juárez, buscándome. Tal vez me necesite. Por eso de buena hora agarré el camino de regreso a México. A buen paso, Faustino y yo llegaremos en nueve días, y allí veremos qué es menester que hagamos por ella. Al fin que mientras ella lleve la ventaja, yo no meteré las manos... Aunque con la señora Blanquita, nunca se sabe, nunca se sabe...

## ¿Qué hora es...?

—¿Qué hora es, señor Brunier?

Los ojos castaños de Lucía recobraron en ese instante el asombro perdido de la infancia.

El señor Brunier esperaba la pregunta. Miró su reloj pulsera y dijo marcando las sílabas para que Lucía entendiera bien la respuesta:

—Las nueve y cuarenta y cuatro.

—Faltaban todavía tres minutos... ¡qué día tan largo! Ha durado toda la vida. ¿Dios me regalará estos tres minutos?

Brunier la miró unos segundos: recostada, con los ojos muy abiertos y mirando hacia ese largo día que había sido su vida.

—Dios te regalará muchos años —dijo el señor Brunier, inclinándose sobre ella y mirándole los ojos castaños: hojas marchitas que un viento frío barría en aquel momento lejos, muy lejos de ese cuarto estrecho.

—Alguien está entrando en este cuarto... el amor es para este mundo y para el otro. ¿Qué hora es, señor Brunier?

Brunier volvió a inclinarse para ver aquellos ojos color té, que empezaban a irse, girando por los aires como hojas.

—Las nueve cuarenta y siete, señora Lucía —dijo con tono respetuoso mirando a los ojos, que ahora parecían estar tirados en cualquier acera.

—Las nueve y cuarenta y siete —repitió supersticioso y deseando que ella lo oyera. Pero ella estaba quieta, liberada de la hora, tendida en la cama de un cuarto barato de un hotel de lujo.

Brunier le tomó una mano, tratando de hallarle un pulso que él sabía inexistente. Con mano firme le bajó los párpados. El cuarto se llenó de un silencio grave, que iba del techo al suelo y de muro a muro. Sobre una maleta marchita estaba la chalina de gasa color durazno. La cogió y la extendió sobre el cadáver. Apenas hacía bulto en la cama. El pelo sepia formaba una mancha desordenada debajo de la gasa.

Brunier se dejó caer en un sillón y se quedó mirando los cristales brillantes de las ventanas. Afuera los automóviles de colores claros se llenaban y se vaciaban de jóvenes ruidosos. ¿Cuántos años hacía que, metido en aquel uniforme verde y dorado, cuidaba la puerta del hotel? Veintitrés años. Así se le había ido toda la vida. Le pareció que sólo había abierto la puerta a malhechores. La banda era interminable y los “Buenos días”, “Buenas tardes” y “Buenas noches”, también interminables. Sólo la señora Mitre le había dicho al entrar “¿Qué horas son?” La recordó perfectamente: venía seguida de dos mozos que le llevaban las maletas. No era demasiado joven, tal vez ya llegaba a los treinta años. Sin embargo, al pasar junto a él le sonrió con una sonrisa descarada. “Las señoras no sonreían así, sólo los muchachos”, se dijo Brunier. Y para colmo, aquella señora le guiñó el ojo. Se sintió desconcertado. La viajera llevaba al cuello una amplia chalina de gasa color durazno cuyas puntas flotaban a sus espaldas como alas. Uno de los extremos de la chalina se quedó prisionera en una de las puertas y la sonriente extranjera dio un paso hacia atrás al sentirse estrangulada por la gasa. Brunier se precipitó a liberar la prenda y luego se inclinó respetuosamente ante la viajera.

—¡Gracias, gracias! —repitió la señora con un fuerte acento extranjero.  
Brunier hizo una nueva reverencia dispuesto a retirarse. La extranjera lo detuvo sonriente.

—¿Cómo se llama?

—Brunier —contestó avergonzado por la falta de discreción de la señora.

—¿Qué hora es, señor Brunier?

Brunier vio su reloj pulsera.

—Las seis y diez, señora.

—El avión de Londres llega a las nueve y cuarenta y siete, ¿verdad?

—Creo que sí... —contestó el portero.

—Faltan tres horas y treinta y siete minutos —dijo la desconocida con voz trágica.

La extranjera cruzó el vestíbulo del hotel a grandes pasos. Su abrigo corto dejaba ver dos piernas delgadas y largas, que caminaban, no como si estuvieran acostumbradas a cruzar salones, sino a correr de prisa por las llanuras. Se inscribió en el hotel como Lucía Mitre, recibió su llave y anunció con desenvoltura:

—Reserven el cuarto 410 para el señor Gabriel Cortina que llega hoy en el avión de Londres a las nueve y cuarenta y siete minutos.

El cuarto 410 estaba al lado del cuarto 412, el número que le había tocado a ella.

Durante varios días la señora Mitre comió y cenó en su habitación. Nadie la vio salir. El cuarto 410 permaneció vacío. En la vida del hotel llena de grupos de gentes que entran y salen, estos hechos insignificantes pasaron inadvertidos. Sólo Brunier espiaba con atención las entradas y salidas de los clientes, esperando ver reaparecer a la señora de la chalina color durazno, que le había guiñado el ojo y preguntado la hora. Con discreción indagó entre las doncellas y los camareros.

—¿Qué? ¿La sudamericana? Está tocada. Se arregla, se sienta en un sillón y pregunta: “¿Qué hora es?”

Marie Claire, después de imitar la voz y los ademanes de la extranjera, se echó a reír.

—¡Qué manía! A mí también no hace sino preguntarme la hora —dijo Albert, el camarero que le llevaba los desayunos.

—Algo le pasa —comentó Brunier pensativo.

—Está esperando a su amante... —exclamó Marie Claire soltando una carcajada rencorosa.

Brunier escuchó las confidencias y siguió cuidando la gran puerta de la entrada. Pasaron dos meses. De la gerencia del hotel le preguntaron a la señora Mitre si pensaba seguir guardando la habitación 410.

—¡Claro! El señor Gabriel Cortina llega hoy en el avión de las nueve y cuarenta y siete —contestó ella con aplomo.

—¡Es una extravagante! —dijeron en la administración.

—Los ricos pueden serlo. ¿Qué le importan esos francos si en su país tiene cien mil caballos y trescientas mil vacas? —replicó *mademoiselle* Ivonne con voz amarga y dejando por unos momentos las cuentas para entrar en la conversación.

—Todos los sudamericanos tienen muy buenas vacas y muy malas maneras. Como carecen de ideas están llenos de manías —dijo el señor Gilbert, asomándose por encima de su cuello duro.

La señora Mitre no tenía tantas vacas y al terminar el tercer mes no tuvo con qué pagar la última cuenta del hotel. El señor Gilbert subió a su habitación. La señora Mitre le

abrió la puerta sonriente, lo hizo pasar y le ofreció asiento.

—Señora, lo siento, estoy totalmente desconcertado, pero... debe usted mudarse de hotel.

—¿Mudarme? —preguntó la señora asombrada.

El señor Gilbert estaba apenadísimo. La cuenta del hotel no había sido cubierta.

—Según tengo entendido, la señora no tiene dinero para cubrir la cuenta.

—¿Dinero? No, no tengo nada —dijo la señora echando la cabeza para atrás y riendo de buena gana.

—¿Nada? —preguntó el señor Gilbert aterrado.

—¡Nada! Lo que se dice nada —aseguró ella sin dejar de reír.

El señor Gilbert la miró sin entender lo que ella le decía. Realmente era aterradora la confesión de la señora que tenía delante.

—¿Por qué duda usted de su palabra si me dijo que llegaba hoy en el avión de las nueve y cuarenta y siete...?

—No, no lo dudo... —dijo Gilbert desconcertado.

La señora Mitre lo miró un rato con sus ojos color té. Luego pareció nerviosa, se torció las manos y acercó mucho su rostro al del señor Gilbert.

—¿Qué hora es...? —preguntó inquieta.

—Las cuatro y cinco —contestó el hombre casi a pesar suyo.

Las tardes eran ahora muy cortas y por las ventanas entraba el oscurecer gris y frío. El señor Gilbert encendió una lámpara que estaba sobre una consola y su luz rosada iluminó la cara pálida de la señora Mitre. Era duro decirle a aquella mujer sonriente y delicada que debía desalojar el cuarto ahora mismo. La miró con valor.

—¡Señora...!

Ella se volvió hacia él, sonriendo con aquella sonrisa de muchacho de campo y le guiñó el ojo.

—Sí, señor...

—Si pudiera usted, al menos, dejar algo...

—¿Algo? —preguntó ella asombrada y descruzando las piernas.

—Sí, algo de valor —dijo el señor Gilbert impaciente. ¿Por qué le tocaría a él precisamente venir a decirle a la señora Mitre esta estupidez?

Lucía Mitre apoyó los codos sobre las rodillas, sostuvo la cara entre sus manos y lo miró con fijeza como si no entendiera lo que le pedía. Gilbert guardó silencio. No se le ocurría agregar ninguna palabra.

—¡Ah! ¿De valor? —repitió Lucía, como para sí misma. Entrecerró los ojos y volvió a cruzar las piernas. De pronto se llevó las manos a la nuca y con decisión se quitó el collar de perlas de varios hilos que llevaba puesto.

—¿Esto? —dijo extendiendo las manos que sostenían las perlas. El señor Gilbert apreció desde lejos sus reflejos tornasoles y pareció tranquilizarse.

—Son muy caras... Cuánto rogué para que me las regalaran ¿Ya ve? Nadie sabe para quién ruega. Si Ignacio supiera... —agregó para sí misma.

El señor Gilbert no supo qué contestar. Lucía le tendió el collar con un gesto amplio.

—Ignacio es mi marido —dijo a modo explicativo.

—¿Su marido? —preguntó Gilbert al mismo tiempo que recogía la alhaja.

—Sí, mi marido...

Madame Mitre se quedó mirando al vacío, como si la palabra *marido* la hubiera

transportado a un mundo hueco.

—Es una historia muy complicada. ¿Verdad, que las complicaciones son odiosas, señor...?

—Gilbert —contestó su interlocutor casi mecánicamente.

—Gilbert —completó ella su frase trunca.

Las palabras de Lucía sonaban irreales en la habitación de luz rosada. Su voz salía con lentitud y parecía que no iba dirigida a nadie. Las frases apenas dichas rodaban frágiles por el aire y caían sin ruido sobre la alfombra. Lucía miró a Gilbert, para que esto no olvidara lo que iba a decirle.

—Ahora comprende usted por qué Gabriel Cortina llega esta noche en el avión de las nueve y cuarenta y siete, ¿verdad?

Gilbert guardó silencio y guardó el collar para examinarlo más tarde con calma.

La voz corrió entre los empleados del hotel: “La señora Mitre entregó un fabuloso collar de perlas, para seguir esperando la llegada de su amante.” El rumor llegó a los oídos de Brunier. Habían pasado ya cinco meses desde la tarde en que la señora Lucía le había guiñado el ojo, y Brunier, a pesar de no haberla visto más, no la había olvidado. Esperaba siempre que apareciera la larga chalina flotante y la sonrisa hospitalaria. El cuarto 410 había sido ocupado por un sinnúmero de viajeros, que se dirigían a las montañas de Austria o a los soles de España y Portugal y la señora Mitre permanecía invisible en el cuarto 412 del hotel. Brunier estaba intranquilo. Sabía que más tarde o más temprano, la señora se acabaría las perlas, una por una, y entonces tendría que irse a la calle. Esta idea lo mortificaba.

—Señorita Ivonne, ¿cuántas perlas le quedan todavía a la señora Mitre? —preguntó Brunier, temeroso de la respuesta.

—Veintidós —contestó Ivonne.

—¿Y después?

—Después, ¡up! —contestó Ivonne haciendo sonar los dedos.

—Hay que hablar con ella —dijo Brunier pensativo.

—No lo va a escuchar. Está esperando a su amante, que no va a llegar —dijo Ivonne convencida.

—Lo que hace es una niñería —insistió el señor Brunier.

El domingo por la tarde, el señor Brunier subió al cuarto 412. Se alisó los cabellos antes de llamar. Sentía que iba a cumplir con una misión importante y que no debía fallar en sus gestiones. Lucía Mitre le abrió la puerta. Lo miró sonriente, lo invitó a pasar y le ofreció asiento con su mismo gesto amplio y alegre.

—Realmente, tiene buenas maneras. Sólo que no me escuchó. Lo único que logré fue convencerla de que se mudara al cuarto 101, pues así tendrá dos días por cada perla. Mañana temprano le bajo las maletas —comentó Brunier más tarde.

—Esta historia empieza a ponerme nervioso —dijo Albert.

—¿Y el tal Gabriel, en dónde está? —preguntó exasperada Marie Claire.

—A lo mejor no existe. A lo mejor ella lo inventó —dijo Mauricio, uno de los elevadoristas.

—Es muy posible. Si no, ya hubiera dado señales de vida —asintió Marie Claire.

Más tarde Ivonne atrapó al señor Brunier en los vestidores. Hasta ella había llegado la hipótesis de Mauricio y quería consultarlo con el viejo portero, que parecía tener tanto interés en la extranjera.

—¿Sabes Brunier que nunca ha recibido carta de ningún lado del mundo?

—¿Y ella no pregunta si ha tenido correspondencia? —preguntó Brunier pensativo.  
—No, no dice nada. Sólo pregunta la hora. Dice que su reloj va muy despacio  
—explicó Ivonne con avidez.

—Pero tiene que haber vivido antes en algún lugar. No me diga que apareció ¡así!,  
de pronto, en la mitad de París.

Durante muchos días Lucía Mitre vivió en el cuarto 101. Sólo los criados la veían.  
Comía y cenaba en su habitación y no hablaba con nadie. De pronto el señor Gilbert volvió  
a visitarla. Otra vez debía pedirle que abandonara el hotel. Pero Lucía buscó sonriente en su  
alhajero unos aretes de diamantes y se los entregó al visitante.

Brunier subió al cuarto 101. Quería convencer a la señora Mitre de algo muy  
penoso: que se mudara a un hotel más barato. De esa manera sus diamantes se convertirían  
en muchos días.

—¿Muchos días...? Pero si Gabriel llega hoy en el avión de las nueve y cuarenta y  
siete minutos. ¿Por qué tienen ustedes tanta prisa...? ¿Nunca han visto a nadie que espera a  
su amante todo el día?

—Sí... un día —dijo Brunier.

—¿Entonces...? ¿Qué hora es? —dijo ella.

—Las doce y media de la mañana —contestó Brunier mirándola con desesperación.

—Bueno, pues dentro de nueve horas y diecisiete minutos llega Gabriel...

Lucía agachó la cabeza, parecía cansada. Se miró las puntas de los pies y se arregló  
los pliegues de su falda de seda color durazno. Después sonrió levemente al portero; éste,  
se sintió avergonzado. Nada de lo que él pudiera decirle resultaba válido, porque Lucía  
Mitre giraba como una mariposa alrededor de un fuego que él no percibía, pero que estaba  
allí, en la misma habitación, cegándola.

—Claro, señor Brunier, que el tiempo se ha vuelto de piedra... cada minuto que  
pasa es tan enorme como una enorme roca. Se construyeron ciudades nuevas que florecen,  
decaen y desaparecen, y van pasando las ciudades y los minutos; y el minuto de las nueve y  
cuarenta y siete llegará cuando hayan pasado estos minutos de piedra con sus enormes  
ciudades, que están antes del minuto que yo espero. Cuando suene ese instante la ciudad de  
los pájaros surgirá de este amontonamiento de minutos y rocas...

—Sí, señora —dijo Brunier con respeto.

—Estoy muy cansada... muy cansada... son las piedras —agregó Lucía mirando  
con sus ojos fatigados al portero. Después, como si hiciera un esfuerzo, le hizo un guiño y  
sonrió con su sonrisa abierta de muchacho. Brunier quiso devolverle la sonrisa, pero lo  
invadió una tristeza inexplicable, que lo dejó paralizado.

—De niña, señor Brunier, el tiempo corría como la música en las flautas. Entonces  
no hacía sino jugar, no esperaba. Si los grandes jugáramos, acabaríamos con las piedras  
adentro del reloj. En ese tiempo el amor estaba fuera de las tapias de mi casa, esperándome  
como una gran hoguera, todo de oro, y cuando mi padre abrió el portón y me dijo: “¡Sal,  
Lucía!”, corrí hacia las llamas: mi vocación era ser salamandra.

Brunier supo que la señora Lucía estaba hechizada. ¿Pero, por quién o por qué?

—¿Y usted, señor Brunier, cuántas salamandras tuvo? —preguntó Lucía con  
interés, como si de pronto recordara que debía hablar más de su interlocutor y menos de  
ella misma.

—Dos, pero ellas son verdaderas salamandras, no se quemaron en el fuego  
—contestó Brunier.

Después de la visita del portero, la señora se quedó aún más quieta. Nunca tocaba el

timbre ni pedía nada. Acabaron por mandarle las bandejas casi vacías. El señor Gilbert la visitaba de cuando en cuando y se llevaba una por una sus alhajas. Le preocupaba aquella presencia constante en el cuarto más barato del hotel. La primavera pasó con sus racimos de nieve y cubriendo a los castaños; se deshojó el verano en un otoño amarillo, volvió el invierno con sus teteras humeantes, y Lucía Mitre siguió preguntando la hora, encerrada en su cuarto. El señor Gilbert la tenía muy presente.

—Señora, ¿no sería conveniente que le escribiera usted a su marido?

—¿A mi marido?... ¿Para qué?

—Para que haga algo por la señora... para que la recoja. Un señor mexicano es, donde quiera, siempre un caballero.

—¡Ah! Sí, él es el mejor de los hombres. Siempre le viviré agradecida, señor Gilbert. Si usted supiera... vivimos casados ocho años... Nunca olvidaré las noches que pasé en la habitación inmensa de su casa. Mi suegra me oía llorar y venía envuelta en un kimono japonés...

La señora Mitre guardó silencio, como si oyera venir los pasos de aquella mujer a la que por primera vez nombraba. El señor Gilbert miró hacia la puerta, tuvo la impresión de que alguien envuelto en un traje oriental entraba sin ruido en la habitación. La señora Mitre se tapó la cara con las manos y empezó a sollozar. Gilbert se puso de pie.

—¡Señora! Por favor...

—El cuarto era enorme, estaba lleno de espejos y yo me sentía muy sola. Eso enojaba a mi suegra... ¿Le parece muy mal, señor Gilbert?

—No, no, me parece natural —contestó Gilbert ruborizándose.

—A Ignacio le veía en el comedor. El día que me escribió la carta me extrañó mucho, porque podía habérmelo dicho en la comida. Luego vi que esa era la mejor manera de decirme algo tan delicado. ¿Quiere usted leerla?

Gilbert no supo qué decir. La señora Mitre se levantó con presteza y buscó adentro de su maleta un pequeño cofre de madera muy olorosa. Al abrirla respiró con deleite el perfume y exclamó:

—¡Es de Olinalá!

Luego encontró una carta escrita tiempo antes y leída muchas veces, y la entregó a Gilbert con aquel gesto suyo, amplio y sonriente, que tomaba siempre que tenía que dar algo, ya fueran sus perlas, sus brillantes, o su carta.

—¡Léala, por favor!

El señor Gilbert recorrió la carta con los ojos sin entender nada. La carta estaba escrita en español, sólo alcanzó a descifrar la firma: “Ignacio.” Movié la cabeza, como si entendiera el contenido de aquella carta, la dobló con cuidado y quiso guardarla como las perlas, para que alguien se la tradujera más tarde. Pero Lucía Mitre tendió la mano y a él no le quedó más remedio que entregarla.

—¿Ve usted? —dijo ella con simplicidad. Luego se puso de pie, alcanzó una cerilla y le prendió fuego al papel. Gilbert no pudo impedir su gesto y la carta se retorció en las llamas, hasta convertirse en una telita negra que cayó hecha añicos.

—¿Ahora ya no sirve, verdad? —preguntó asombrada.

—No, ya no sirve —comentó Gilbert descorazonado. Estaba seguro de que esa carta contenía el secreto de Lucía Mitre.

—¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo falta para las nueve y cuarenta y siete?

—Cuatro horas y veintitrés minutos —dijo el señor Gilbert con voz melancólica.

—¡Cuatro horas...!

—Mientras dan las nueve, ¿por qué no sale usted a dar un paseo por París? Si viera qué hermosas están los muelles, llenos de libros, de paseantes...

—¿Una vuelta?... No, no puedo. Me voy a arreglar un poco... estoy tan nerviosa —dijo tocándose la cara con angustia.

El señor Gilbert vio sus mejillas hundidas y sus manos delgadas y temblorosas.

—Es usted muy bella, señora Mitre —dijo convencido de que la tragedia embellece a sus personajes. La luz que rodeaba a la mujer que tenía sentada frente a él, era una luz que se alimentaba de ella misma. Toda ella ardía adentro de unas llamas invisibles y luminosas. Tuvo la impresión de que pronto no la vería más. Admiró sus huesos calcinados de sus pómulos y de sus dedos traslúcidos. ¿Cuándo, y cómo, y por qué, habían entrado en aquella hermosa dimensión suicida? Se sintió grosero junto a la dama vestida de color durazno que se transmutaba cada día más en una materia incandescente que a él le estaba vedada.

—Después de esa carta ya no podía quedarme en la casa de Ignacio... Recuerdo que la noche de la cena, la seda de las paredes del comedor ardía en llamas pequeñísimas, y que las flores de la mesa olían con la frescura que sólo se encuentra en los jardines. Cuando vi las manos de Ignacio y de Emilia acariciándose sobre el mantel, me parecieron las manos desconocidas de personajes desconocidos. En ese momento me fui a vivir a otro palacio, aunque aparentemente seguí durmiendo en el cuarto de la casa de Ignacio. Por las noches después de la visita de mi suegra entraba Gabriel... ¿Usted conoce México? Pues Gabriel es como México, lleno de montañas y de valles inmensos... Siempre hay sol y los árboles no cambian de hojas sino de verdes...

La señora Mitre se quedó buscando aquellos soles brillando sobre las copas de los árboles de su país. Gilbert la dejó acompañada de sus fantasmas. “Su marido y su amante la engañaron”, se dijo, mientras llegaba a su despacho y se sintió responsable de la suerte de aquella mujer. Durante los dos meses que todavía vivió en el hotel, el señor Gilbert se negaba a comentarla.

—¡Por favor! No me hablen de la señora Mitre... Me da escalofríos.

Ahora Lucía Mitre estaba cubierta con su chalina de gasa color durazno. Una ira antigua y caballeresca se apoderó de Brunier; “pobre pequeña”, se dijo pensando en Gabriel. “¡Pobre pequeña!” se repitió recordando a Ignacio. Debía advertir a Gilbert de lo que acaba de ocurrir en el cuarto 101.

Los divanes y las sillas de época cubiertas de sedas de color pastel, los espejos, los ramos de flores silvestres y las alfombras color miel, le dieron la sensación de entrar al centro tibio del oro. Contempló a las parejas reflejadas en las luces de los espejos, deslizándose frágiles por caminos invisibles y perfumados, en busca de amores que quizás apenas durarían unas horas. Parecían hermosos tigres olfateando intrincados vericuetos y tuvo la impresión de que algunos de aquellos personajes fugaces se quedarían tal como Lucía, prendidos a un minuto irrecuperable.

Brunier se acercó a Gilbert, que de pie, muy sonrosado y vestido con su impecable jacquet, sonreía a una de aquellas parejas elegidas. Esperó unos minutos.

—La señora Lucía acaba de morir —anunció sin dejar traslucir su emoción.

—¿Qué dice? —preguntó Gilbert adoptando el rostro más inexpresivo que encontró.

—Que la señora Lucía Mitre acaba de morir —repitió Brunier sin cambiar de actitud.

—¡Qué desdicha! —exclamó el señor Gilbert en voz baja. Luego atendió sonriente al cliente que le preguntaba por el bar.

—Voy a llamar a la policía. Hay que evitar que los clientes se den cuenta de lo

sucedido.

—Murió exactamente a las nueve y cuarenta y siete minutos —explicó Brunier con una voz que quiso ser natural.

Gilbert iba a decir algo, pero la llegada de un cliente lo distrajo. El cliente era joven, llevaba una raqueta en la mano y su rostro era asoleado y sonriente. Con voz juguetona, explicó que desde hacía once meses, una amiga suya le había reservado el cuarto 410. No sabía si su reservación se había hecho a nombre de su amiga: Lucía Mitre, o al suyo: Gabriel Cortina.

—Pero es lo mismo —explicó sonriente.

Gilbert, asombrado, no supo qué decir, buscó en los ficheros y vio que el cuarto 410 estaba vacío. Cogió la llave y se la tendió al joven que distraído daba golpecitos en el escritorio, con el filo de la raqueta.

Gilbert y Brunier, mudos por la sorpresa, vieron cómo se alejaba Gabriel Cortina, rumbo a los elevadores. Iba jugando con la llave, ajeno a su desdicha. Sus pantalones de franela y su saco sport le daban una elegancia infantil y americana. Los dos hombres se miraron consternados. Deliberaron unos momentos y decidieron que cuando llegara la policía explicarían lo sucedido al recién llegado.

—¡Es una catástrofe!

—¡Una verdadera catástrofe!

A las diez y media de la noche tres hombres correctamente vestidos cruzaron el vestíbulo del hotel acompañados de Brunier y de Gilbert. Los cinco hombres subieron primero al cuarto 410, para decirle a Gabriel Cortina lo sucedido. Llamaron a la puerta con suavidad. Al ver que nadie contestaba a sus repetidas llamadas decidieron abrir con la llave maestra. Encontraron el cuarto vacío e intacto. Brunier y Gilbert se miraron atónitos, pero recordaron que el cliente no llevaba más equipaje que su raqueta. Buscaron la raqueta sin hallarla. Entonces llamaron a los criados, pero ninguno de ellos había visto al joven que buscaban. Los tres policías revisaron el baño y los armarios. Todo estaba en orden: nadie había entrado en aquella habitación. Perplejos, los cinco hombres bajaron a la administración; tampoco allí, ninguno de los empleados, ni siquiera Ivonne, recordaba la llegada de aquel huésped. La llave del cuarto 410 estaba colgada en el fichero, intocada. Gilbert y Brunier discutieron acalorados con el personal de la administración la presencia de Gabriel Cortina en el hotel. Los policías ordenaron pesquisas que resultaron inútiles, pues el joven risueño, propietario de la raqueta, no apareció en ninguna parte del hotel. Había desaparecido sin dejar huella. Después de muchas discusiones adoptaron la hipótesis de que habían sido víctimas de una alucinación.

—Fue el deseo de que llegara —aceptó vencido y melancólico el señor Gilbert.

—Sí, eso debe haber sucedido, los dos la amábamos —confesó Brunier.

Los tres policías se enternecieron con lo sucedido. Uno de ellos era de la Bretaña y contó que en su país sucedían cosas semejantes.

Sombríos, los cinco hombres se dirigieron al cuarto de Lucía Mitre para terminar con su triste diligencia. Al entrar en la habitación los policías se quitaron los sombreros y se inclinaron respetuosos ante el cuerpo de la señora.

Brunier, solemne, señaló a los pies de la cama.

—¡Ahí está! — dijo casi sin voz.

Sus cuatro acompañantes vieron la raqueta blanca deportiva con descuido a los pies de la cama de Lucía Mitre. Se lanzaron nuevamente a la búsqueda del joven propietario de la raqueta, pero su búsqueda fue infructuosa, pues el cliente risueño, tostado por el sol de

América, no volvió a aparecer nunca más en el Hotel del Príncipe.

Gilbert se inclinó por última vez sobre el rostro de Lucía Mitre, también ella se había ido para siempre del hotel, pues en su rostro no quedaba de ella, nada.

## La semana de colores

Don Flor le pegó al Domingo hasta sacarle sangre y el Viernes también salió morado en la golpiza.

Después de su confidencia, Candelaria se mordió los labios y siguió golpeando las sábanas sobre las piedras blancas del lavadero. Sus palabras sombrías se separaron del estrépito del agua y de la espuma y se fueron zumbando entre las ramas. La ropa era tan blanca como la mañana.

—¿Y luego? —preguntó Tefa.

Evita quiso oír el resto de la conversación, pero Rutilio llamó a Tefa y ésta se fue al lavadero.

—¿Qué dijiste, Candelaria? —aventuró la niña.

—Nada que deban oír tus orejas de mocosa.

Durante toda la mañana Candelaria siguió azotando la ropa blanca contra las piedras blancas. Evita no obtuvo ni una palabra más de la boca de la lavandera. En vano la niña esperó un gran rato. La criada no se dignó a mirarla, abstraída en su trabajo y en su canto.

—¿Qué día es hoy? —preguntó Eva a la hora de la comida.

—Viernes —contestó su padre.

—¡Hum! —comentó incrédula.

Las semanas no se sucedían en el orden que creía su padre. Podían suceder tres domingos juntos o cuatro lunes seguidos. Podía suceder también lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado y domingo; pero era una casualidad. ¡Una verdadera casualidad! Era mucho más probable que del lunes saltáramos bruscamente al viernes y del viernes regresáramos al martes.

—Yo quisiera que siempre fuera jueves —pidió Leli.

—Yo pediría martes —contestó su hermana.

El jueves y el martes eran los mejores días.

—Ya van cinco viernes seguidos —dijo Leli haciendo un gesto de desagrado.

Su padre la miró.

—Es una vergüenza que todavía no sepas los días de la semana.

—Sí los sabemos —protestó Evita.

Los viernes morados y silenciosos llenaban a la casa de grietas. Ellas veían sus muros rotos y se alejaban con miedo. De una carrera llegaban hasta la alberca, y para no ver el polvo, se tiraban de cabeza al agua.

—¡Sálganse, ya se les arrugó la piel por el remojo!

Las sacaban del agua y las sentaban a la mesa.

Los viernes eran días llenos de sed. Por las noches el ruido de los muros quebrados no las dejaba dormir.

—¿Crees que amanezca jueves?

Amanecía otra vez viernes. Los muros seguían de pie, sostenidos por el último pedacito de jueves.

—Rutilio, ¿qué día es hoy?

—Para qué quieren saberlo, si cualquier día es bueno para morir.

No era verdad. Había días mejores para morir. El martes era delgadito y

transparente. Si morían en martes, verían a través de sus paredes de papel de china los otros días, los de adelante y los de atrás. Si morían en jueves, se quedarían en un disco dorado dando vueltas como en los “caballitos” y verían desde lejos a todos los días.

—Papá, ¿qué día es hoy?

—Domingo.

—Eso dice el calendario de la guitarrita, pero no es cierto.

—Eso dice el calendario, porque eso debe decir. Hay un orden, y los días son una parte de ese orden.

—¡Hum...! No lo creo —insistió la niña.

Su padre se echó a reír. Siempre que se equivocaba se reía, les levantaba el flequillo, les miraba la frente, volvía a reír y luego bebía un sorbito de café.

—El señor no sabe nada —afirmaba Evita.

—Vamos ver a don Flor...

El rey Felipe II las oyó desde su retrato.

—¡Chist! Está oyendo...

Lo miraron, colgado en la pared, vestido de negro, oyendo lo que ellas murmuraban, junto a la mesita en donde merendaban las natillas, cerca de las cortinas del balcón.

A don Flor nadie lo veía. Las gentes que hablaban con él venían de muy lejos y sólo “cuando tenían penas”. Eva y Leli se escapaban de su casa para ir a la colina de girasoles gigantes. Desde su altura estratégica, sentadas en el suelo, dominaban el patio y el corral de la casa de don Flor. Había tanta luz, que la casa, el patio y el corral, les quedaban al alcance de la mano. Desde la colina, podían ver las ollas, las piedras, las sillas y los ixtles. La casa era redonda y pintada de blanco, parecía un palomar. Por dentro tenía todos los colores, pero eso lo supieron un tiempo después. Don Flor no se vestía de blanco, como los otros hombres, ni llevaba pantalones. Su traje era largo, color bugambilia y parecía una túnica. Llevaba el cabello cortado a la “Bob”, igual que las niñas y en las tardes se sentaba en el patio o en el corredor de su casa, a tejer canastas y a platicar con los Días. Desde la colina ellas lo veían tejer los mimbres y los ixtles blancos. Todos los días eran de distinto color. A veces la semana estaba incompleta y don Flor platicaba sólo con el Miércoles y el Domingo. A veces estaba cuatro veces seguidas con el Lunes.

—¿Qué tanto hablan? ¡Entren, se va a enfriar la cena!

El Viernes asomado a la ventana que daba al corral, llamó a don Flor y al Lunes. Eva y Leli se acordaron que debían volver a su casa. Estaba anocheciendo y de prisa bajaron la colina y entraron al pueblo.

—Ya vimos que hace tres días que es lunes —dijo Evita.

—¿Fueron a la casa de don Flor? ¡Les va a caer el mal! ¿No saben que no es católico? Se lo voy a decir a sus padres.

Candelaria se enojó mucho cuando supo que iban a ver a don Flor. En cambio él no lo sabía, y tranquilo, se seguía paseando en su corral y tejiendo canastas con sus manos oscuras. Los Días se sentaban en ruedo sobre unos petates. Se veía muy bonito el corro de los Días. La semana junta era como el arco iris y salía sin que lloviera. Una tarde don Flor se acercó al jueves, que tejía un ixtle blanco y le puso en la punta de la trenza negra, una flor naranja de nopal. La flor era del color de su vestido. Eva y Leli se quedaron sentadas en la colina toda la tarde, a pesar del calor que bajaba del cielo y subía de la tierra. No podían dejar de mirar la flor naranja sobre la trenza negra. Los girasoles peludos eran secos, y en lugar de dar sombra, aumentaban el calor como si fueran de lana.

—¡Lástima que no tengamos trenzas negras!

Por la noche su casa iluminada resplandecía como la flor naranja sobre la trenza negra del jueves.

—¡Hoy es jueves! —anunciaron radiantes.

Felipe II las miró con disgusto. Les pareció que quería darles una bofetada.

—Confunden los días. Están embrujadas... —suspiró Candelaria, acercándoles el cestito de los bizcochos.

La criada cruzó los brazos y las miró mucho rato. También ella brillaba negra en la luz naranja del jueves. Las niñas masticaron ruidosas los “violines” y las “flautas”.

—Nuestro Señor Jesucristo les va a secar los ojos, por mirar lo que no deben mirar.

—Nuestro Señor Jesucristo no nos da miedo.

—¿Qué dicen, perversas? ¿Tampoco les da miedo equivocarse a los días?

No contestaron, siguieron comiendo sus bizcochos. También Nuestro Señor podía equivocarse y haber dicho mal los días. Imposible que lo supiera todo. Después de esa tarde, siguieron muchos jueves redondos y naranjas. Poco a poco el último jueves se volvió rojo y entró otra vez el domingo, sin que Nuestro Señor les hubiera sacado los ojos. Candelaria tampoco las había acusado con sus padres y Felipe II las miraba con enojo y sin palabras.

—¿Vamos a ver qué día saca hoy?

Se escaparon rumbo a la colina de los girasoles. La colina estaba callada. No había chicharras. La tierra había cerrado sus agujeritos y no dejaba salir a las hormigas ni a los pinacates. Un viento rojo hacía bajar a las nubes rojizas hasta tocar las pumas de los girasoles. De las flores llovía un polvo amarillo y don Flor estaba solo, rumbado en el patio de su casa. No había ni un solo día. Se había acabado la semana. Evita y Leli quisieron volver a su casa. Pero la tarde roja giró alrededor de ellas y continuaron sentadas en la tierra ardiente, mirando el patio abandonado de los Días y a don Flor derribado en el suelo, mirando inmóvil el cielo. Pasó el tiempo y don Flor metido en su traje bugambilia siguió quieto, tirado en el centro del patio de su casa. A fuerza de mirarlo, su traje empezó a volverse enorme y el patio muy chiquito. Tal vez Nuestro Señor Jesucristo le estaba sacando los ojos, por eso sólo veían la mancha cada vez más grande del traje color bugambilia.

—Vamos a ver a don Flor, él nos lo dirá.

Bajaron la colina y dieron un rodeo hasta llegar frente a la casa que vibraba blanca bajo las nubes rojas. Golpearon a la puerta y esperaron. Al cabo de un rato la puerta se entreabrió y luego se abrió completamente.

—¿Qué pena las trae por aquí, niñas? —les dijo don Flor cuando apareció en la puerta de su casa. Ellas lo miraron, alto, metido en su túnica de pliegues opacos, con las orejas cubiertas por los cabellos negros.

—No vemos...

—Pasen, pasen.

Las hizo entrar a un zaguán minúsculo, pintado de color lila. De allí al patio redondo. Las puertas de los cuartos daban a ese patio y estaban todas cerradas. Cada puerta era de color distinto. Las ventanas daban al corral. La casa era igual a un palomar. En el centro del patio en donde debería estar una fuente, don Flor colocó tres sillas, las hizo tomar asiento y las miró pensativo.

—¿Conque ustedes son las güeritas?

Ellas se dejaron observar en silencio.

—Pelo hembra... —agregó don Flor tocándoles el cabello, con sus dedos cargados

de anillos.

Acercó su silla de un empujón y se inclinó sobre ellas para mirarles los ojos.

—Ojo macho —agregó.

Las niñas no supieron qué decir, bajaron los ojos y miraron con fijeza las piedras redondas y grises del suelo.

—Hay mucha agua, mucha agua en sus ojos.

Don Flor dijo estas palabras con gravedad. Luego guardó un silencio afligido.

—Entre ustedes y yo, hay toda el agua del mundo.

Al decir esto, don Flor se quedó muy triste, puso los ojos en blanco, palmeó varias veces con fuerza, como si fuera a hacer estallar la tarde, tendió las manos hacia adelante, con las palmas hacia arriba y se quedó en éxtasis. Al cabo de un rato se inclinó sobre Leli, colocó un dedo entre sus ojos y la miró con fijeza.

—Tú, te vas a ir del otro lado del agua.

Cuando retiró el dedo de la frente de la niña, ésta pensó que le había quedado un agujero. Don Flor sacudió las manos, como si las tuviera mojadas, se volvió a mirar a Eva y colocó otra vez su dedo oscuro, sobre la frente pálida de la niña.

—Y tú...

Guardó silencio, parecía perplejo. Retiró el dedo de la frente de la niña y le cogió una rodilla.

—Voy a leer tu rodilla.

Se inclinó con presteza sobre la pierna llena de tierra de la colina y así estuvo largo rato. Evita no se movió.

—Tú no te vas. Tú te quedas en medio de estos días.

—¿Cuáles? —preguntó Eva asustada.

—Estos. Aquí estamos en el centro de los días.

Sus palabras se bebieron el agua de la tarde y se produjo un silencio reseco. Las niñas sintieron sed, miraron el patio polvoriento por el que corría un aire caliente. En la casa no había ni una sola planta, ni el menor rastro de hojas.

—Ya no hay días... ¿A dónde se fueron? —preguntó Eva.

—La Semana se fue a la Feria de Teloloapan. Aquí sólo queda el centro de los días —respondió don Flor mirándolas con sus ojos vidriosos que olían a alcohol.

—¿A la feria?

—¿No me creen? ¡Vengan!

Don Flor se levantó y echó a andar moviendo los pliegues de su túnica color bugambilia. Ellas lo miraron alejarse. De pronto se detuvo, se volvió a mirarlas y las llamó con señas. Las niñas no tuvieron más remedio que obedecer y acercarse al hombre que las esperaba impaciente. Se detuvo frente a una puerta pintada de rojo.

—¿Ven?

Sobre la pintura roja de la puerta, en caracteres de un rojo más oscuro, alguien había escrito: “Domingo” y con letras más pequeñas: “Lujuria” y más abajo: “Largueza.” El hombre sacó de entre los pliegues de su túnica un manojo de llavecitas negras, escogió una y la introdujo en el candado que cerraba la puerta. Después, de un puntapié, la abrió de par en par.

—Pasen.

Las niñas entraron acompañadas de don Flor y se quedaron de pie en medio de la habitación.

—¿Oyen? —preguntó el hombre con voz extraña.

Las niñas lo miraron sorprendidas. En el cuarto de puerta y muros rojos, no había nadie, ni se escuchaba ningún ruido.

—¿No oyen los chicotazos? —insistió don Flor.

Las niñas miraron sus ojos secos y alertas, su cara tendida hacía unos ruidos que ellas no escuchaban. Don Flor parecía complacido, extrañamente complacido.

—Oigan...

En el cuarto sólo había un olor terrible. No sabían si agradable o desagradable. De uno de los muros rojos colgaban unos collares de conchas negras.

—¿Ven? El Domingo no está, se fue a la feria con los otros Días.

—No, no está —respondieron las niñas.

Don Flor se acercó a tocar las conchas negras, luego se volvió a ellas.

—De todas es la más mala: lujuriosa y despilfarrada. No he podido acomodarle la virtud que le atajaría el vicio.

El hombre movió la cabeza y dio de vueltas a los anillos que llevaba en los dedos. Volvió a mirarlas con los ojos secos.

—Cuando me toca visitarla, me hace sudar sangre, pero yo también se la saco. La dejo rayada a chicotazos... ¿La oyen...? Me está llamando. ¡Óiganla! ¡Óiganla llorar llamándome! Ama el placer y los vicios...

Las niñas no oían nada. El cuarto de Domingo les dio miedo. Miraron a don Flor, los ojos se le habían quedado tan secos como las conchas negras de los collares que pendían de la pared.

—¡Óiganla...! ¡Óiganla...!

Se volvió a mirarlas, estaba sonriente, mostrando los dientes blancos.

—Me gusta su piel tendida... se le revienta como a las guayabas... ¡Lástima de mujer! ¡Lástima...! Es carne para el demonio. ¡Lástima de tanta hermosura...!

—Ya nos vamos —dijeron las niñas asustadas.

—¿Cómo que se van? Ustedes vinieron a conocer los días y apenas les estoy enseñando la lujuria del Domingo.

Don Flor se echó a reír a carcajadas. Se acarició los cabellos negros y luego se quedó triste.

—Mal día... Mujer perversa... Ojalá que no me pierda en sus placeres... le tengo miedo.

—¡Ojalá que no me pierda en sus placeres...! —repitió preocupado don Flor. Al salir del cuarto del Domingo, cerró la puerta con cuidado.

—Cierro bien para que no se me escapen sus quejidos. Esta mujer tiene que hacer penitencia. Ya les dije que me hace sudar sangre, pero que yo también se la saco...

Sus palabras cayeron jadeantes sobre las cabezas rubias de las niñas. Andaban cerca de las fauces de un animal desconocido, de aliento tan caliente como la tarde. Don Flor se detuvo en la puerta siguiente. La puerta estaba pintada de color de rosa y con un rosa más oscuro habían escrito: “Sábado”, “Pereza”, “Castidad”.

—¡Sábado! ¡Pereza! ¡Castidad! —leyó don Flor.

Empujó la puerta y entraron a una habitación de muros color de rosa. El suelo de la habitación estaba cubierto de bagazos de caña de azúcar. En la pared había muñequitas de trapo clavadas con alfileres.

—Tampoco a Sábado he podido acomodarle la virtud. No sirve para nada. ¡Para nada!

Don Flor parecía muy disgustado. Dio de puntapiés a los bagazos de caña y con su

mano cargada de anillos acomodó los alfileres que amenazaban caerse de la cabeza de una de las muñecas.

—¡Miren este desacato! Tan floja es, que ni para dar un beso sirve.

Eva y Leli lo dejaron hablar, sin entender su disgusto. Hubieran querido preguntarle por qué las muñecas eran tan chicas y estaban tan cubiertas de alfileres, pero prefirieron callar. La cara contrariada de don Flor les produjo miedo.

—La hago fregar y fregar el piso, pero no entiende. En cuanto me descuido, se pone a mascar caña y a cantar tumbada en el petate. La ocupo a fuerza y sin gusto... No vale nada. Pero tiene que saber que yo soy el dueño de los Días. Lo único que me gusta es que yo no le gusto...

Don Flor se echó a reír. Riéndose, salió del cuarto y cerró la puerta divertido.

Las niñas querían reírse. Cada palabra de don Flor olía a alcohol y salía agrandada de su boca. El hombre, sin hacerles caso, las llevó al cuarto de Viernes. Abajo de esta palabra estaban escritas “Orgullo” y “Diligencia”. La puerta y los muros eran morados. En las paredes había papalotes de grandes colas brillantes. El cuarto olía a almizcle y a glicerina.

—Aquí no hallarán ni una palabra —explicó el hombre y guardó silencio un rato.

—Hasta hablar con ella cuesta. ¡Es difícil, muy difícil esta mujer! Ni a chicotazos la bajo de sus alturas. Los castigos que las otras temen a ella se le resbalan sin una palabra. Esta mujer me tiene triste... no la logro, no la logro...

Parecía de veras triste. Abstraído, se quedó mirando un montón de canastas blancas, que estaban apiladas en un rincón del cuarto. Moviéndose incrédulo la cabeza.

—Ella es la que mejor teje.

Don Flor acarició las canastas blancas, olorosas a campo y se le humedecieron los ojos.

—Aunque la ocupe a las buenas o a las malas toda una noche, no le arranco una palabra. ¡En llagas la he dejado! Pero cuando una mujer no quiere, es que no quiere, y en ella se rompe el hombre.

Salieron del cuarto de Viernes sin hablar. La tristeza de don Flor cayó sobre las niñas y las siguió por el corredor estrecho. El cuarto que decía Jueves tenía escrito: “Cólera” y “Modestia”. Su puerta y sus paredes eran anaranjadas, como la flor de nopal que don Flor había colocado sobre la trenza negra de la mujer. El cuarto olía a flores de calabaza y del techo colgaban mazorcas de maíz.

—Aquí vive Jueves. Las otras le tiemblan. Yo ya se lo tengo dicho: “Mujer, acabarás en el infierno, convertida en lengua de fuego”, pero no se corrige. Cuando la chicoteo, se me viene encima como gato. ¿Creen? Con ella me paso muchas noches y días seguiditos. Da muchos placeres, muchos placeres. ¡Pero nada más a mí! Nunca conoció a otro hombre. Yo la agarré muy tiernita.

Don Flor se golpeó el pecho con orgullo. El olor que se desprendió de su túnica les produjo náuseas. Se inclinó y agarró el petate, para agitarlo frente a ellas.

—¿Ven? ¿Ven?

Las niñas no vieron nada. Los dedos cargados de anillos señalaban el tejido del petate.

—¿No ven los placeres? Aquí están dibujados.

El cuarto de Miércoles era verde y las palabras escritas en verde más pálido eran: “Envidia” y “Paciencia”.

—Tampoco a ésta he podido acomodarle la virtud. ¿La han visto?

—Sí —dijeron ellas, que habían visto a Miércoles desde lejos, vestida con su falda y su huipil verde muy tierno y con las trenzas llenas de cintas verdes que colgaban de su nuca.

—Si por ella fuera, nada más a ella la visitaría. Por eso rara es la noche que paso con ella. Pero aguanta todo: desprecios, golpes, con tal de que de cuando en cuando le conceda castigar a las otras.

Don Flor se echó a reír. Se volvió a verlas con sus ojos brillantes en donde bailaban chispas secas.

—¡Es sanguinaria!

Su risa les llegó oliendo a alcohol. Ellas lo oían sin entenderlo.

—No vayan a creer que no me gusta. ¡Me gusta, me gusta esta mujer! No todos los días. Ya saben que hay días para los días. La deberían de ver cómo se pone cuando le ofrezco los castigos. ¡Es una perra! ¿Han visto las caras de las perras ensartadas? ¡Hasta babea...!

El cuarto de Martes era amarillo pálido. En su puerta decía: “Avaricia” y “Abstinencia”.

—Es tan finita que no me gusta ni tocarla. Es quebradiza y yo soy garrido. Quiero un cuerpo más a mi manera.

De pronto pareció enfurecerse. Clavó los ojos en el suelo, pareció que buscaba algo, se agachó con presteza y levantó una loseta. En el hueco de tierra suelta estaban escondidos unos pendientes de cuentas azules.

—Ya le tengo dicho que no esconda nada. La voy a hacer que vomite los pulmones, para que los esconda en este agujero.

La violencia de sus palabras dichas en voz baja hicieron parpadear a los amarillos de las paredes. Don Flor cerró la puerta de un golpe. Sofocado, se recargó un gran rato sobre el muro del corredor para sosegar. Ellas esperaron atónitas.

La habitación de Lunes era azul como su traje. Sobre la puerta también azul, escritas con azules diferentes estaban las palabras: “Gula” y “Humildad”.

—Esta, cuando la toco, me lame las manos. ¡La golosa!

Don Flor se miró las manos con satisfacción. Luego se las acercó a las niñas, como si esperara que ellas también se las lamieran. Los anillos estaban grasientos y las piedras de colores, opacas. Así se quedó un gran rato, luego se irguió y olfateó como un perro.

—¡Huelan! ¡Huelan! —les urgió.

Ellas respiraron fuerte, tratando de percibir algún olor, pero no les llegó ninguno. El cuarto de Lunes era el único que no olía a nada. El esfuerzo que hicieron para oler les aumentó las náuseas. Don Flor las miró y se echó a reír a carcajadas.

—¿No huelen? Lunes es glotona de manjares y de hombre... Me vuelve muy animal... A veces me da miedo. El hombre, niñas, peligra junto a la mujer glotona.

Las llevó al patio en donde un calor redondo y seco las esperaba.

—Bueno niñas, ya vieron dónde viven los Días, y cómo son. Ya vieron también quién maneja a la Semana. Y ya vieron que todo está en desorden: los colores, los pecados, las virtudes y los Días. Estamos en el desorden, por eso yo chicoteo a los Días, para castigarlos por sus faltas.

Don Flor guardó silencio. En el calor del patio, las niñas vieron que su traje estaba sucio, y que los dedos en donde giraban los anillos estaban impregnados de mugre. El patio olía a agrio y las palabras salían descompuestas de la boca del hombre. Don Flor se inclinó sobre ellas y las miró con sus ojos negros y secos. Adentro de ellos había lagos sangrientos

y piedras oscuras.

—Díganme, niñas ¿cuál es su pena?

Las niñas ya habían olvidado sus temores. Veían los ojos de don Flor y olían las corrientes de aromas que salían por las rendijas de las puertas de colores, para juntarse en el centro del patio y formar un remolino de vapores. Nuestro Señor Jesucristo no las había castigado y lo único que querían era volver a su casa en donde las paredes y el jardín olían a paredes y a jardín.

—Las gentes de por aquí me tratan mal, niñas. Ustedes son las primeras en venir a visitarme. En cambio, las gentes de la ciudad de México vienen hasta acá a buscar consuelo para sus penas. Me llegan acobardados y yo les enseño el desorden de los días y el desorden del hombre. Me vienen a pedir que castigue al día en que van a correr su suerte. Quieren llevar ventaja y entrar con el día cansado. Hay los que van a jugar sus elecciones y yo les castigo el día del voto. También vienen las señoras, a pedir castigos para el día de sus rivales. Todos me dejan mi buen dinero y se van contentos, después de ver cómo les castigo al día que necesitan. Cuando ya lo ven en sangre empiezan a sacar el dinero...

Don Flor esperó un rato y se echó a reír. Ellas no supieron qué decir y se empeñaron en mirar el suelo. El hombre se inclinó sobre sus cabezas y preguntó:

—¿Y ustedes, niñas, qué castigo quieren?

Las niñas se miraron asustadas, querían irse a su casa y estar cerca de Felipe II y de Candelaria. Don Flor y su casa redonda les daba miedo.

—Yo soy el dueño de los Días. Soy el Siglo. Díganme en qué día las ofendieron, y ya verán lo que le hacemos al Día que ustedes me pidan.

Las niñas miraron a los ojos secos de don Flor.

—Vuelvan, no importa que haya tanta agua entre ustedes y yo. Lo mismo les haré el favor. ¡Los días son parejos para todos! ¿Quieren que chicoteemos al Jueves? Díganme, ¿cuál es el día que quieren ver en sangre?

Ellas volvieron a mirar el suelo. No querían ver los ojos del hombre ni oír sus palabras sombrías.

—Díganme, niñas, ¿cuál es el día que quieren ver en sangre? —don Flor repitió una y otra vez su misma pregunta.

—¿Cuál es el día que quieren ver en sangre?

No cambiaba de voz ni se impacientaba frente a su silencio.

—¿Cuál es el día que quieren ver en sangre?

Pasó mucho tiempo antes de que pudieran ganar la puerta de salida. No se fijaron si la puerta quedó abierta o cerrada. Lo único que querían era llegar a su casa. Cuando cruzaron el zaguán, delante de la figura asombrada de Rutilio, la voz repitió:

—¿Cuál es el día que quieren ver en sangre? ¿Cuál? ¿Cuál, niñas? ¿Cuál? ¿Díganme cuál es el día que necesitan ver en sangre?

Se echaron a llorar. Su padre les explicó que los días eran blancos y que la única semana era la Semana Santa: Domingo de Ramos, Lunes Santo, Martes Santo, Miércoles Santo, Jueves Santo, Viernes de Dolores, Sábado de Gloria y Domingo de Resurrección. Pero era difícil olvidar a la semana de colores encerrada en la casa de don Flor.

—¿Cuál es el día que necesitan ver en sangre? ¿Cuál? ¿Cuál?

—Ya se quedaron como pájaros locos, brincando de la Semana Santa a la Semana de Colores encerrada en la casa de don Flor —les dijo Candelaria al correr el velo del mosquitero, que resultaba ineficaz para protegerlas de la pregunta de don Flor. “¿Cuál es el día que necesitan ver en sangre? ¿Cuál? ¿Cuál?”

Por la mañana Candelaria no les llevó el desayuno. Rutilio les sirvió la avena con leche. Las miraba con miedo. Su padre y su madre habían salido a una diligencia.

—Para que no las molesten a ustedes —explicó Rutilio.

Las niñas lo miraron asustadas.

—¿Están seguras de que les habló? —preguntó Rutilio acercándoles el cestito de los bizcochos.

—¿Quién?

—Don Flor.

De la mañana blanca, tendida sobre el mantel, surgió la pregunta: “¿Cuál es el día que necesitan ver en sangre? ¿Cuál, niñas, cuál?”

—Sí... nos habló mucho... —se echaron a llorar.

—¿Dejaron la puerta abierta? —preguntó Rutilio.

—No sé... —respondió Evita.

—Sí, sí... —asintió Leli.

—Eso se dice, que fueron ustedes las que dejaron la puerta abierta. Salía tanta pestilencia, que los arrieros, al pasar por allí, la notaron, se metieron hasta el patio y allí lo hallaron tirado en el mero centro. Dicen que fueron las mujeres las que lo mataron, porque la Semana desapareció... ¿Están seguras de que les habló?... Dicen que murió hace varios días...

## El día que fuimos perros

El día que fuimos perros no fue un día cualquiera, aunque empezó como todos los días. Despertamos a las seis de la mañana y supimos que era un día con dos días adentro. Echada boca arriba, Eva abrió los ojos y, sin cambiar de postura, miró a un día y miró al otro. Hacía ya rato que yo los había abierto y que, para no ver la inmensidad de la casa vacía, la miraba a ella. ¿Por qué no nos habíamos ido a México? Todavía no lo sé. Pedimos quedarnos y nadie se opuso a nuestro deseo. La víspera, el corredor se llenó de maletas: todos huían del calor de agosto. Muy temprano las maletas se fueron en un carricoche de caballos; sobre la mesa quedaron las tazas de café con leche a medio beber y la avena cuajada en los platos. Cayeron sobre las losas del corredor los consejos y las recomendaciones. Eva y yo los miramos desdeñosas. Éramos dueñas de los patios, los jardines y los cuartos. Cuando tomamos posesión de la casa, nos cayó encima un gran peso. ¿Qué podíamos hacer con los arcos, las ventanas, las puertas y los muebles? El día se volvió sólido, el cielo violeta se cargó de papelones oscuros y el miedo se instaló en los pilares y las plantas. En silencio deambulamos por la casa y vimos nuestros pelos convertirse en harapos. No teníamos nada qué hacer, ni nadie a quién preguntarle qué hacer. En la cocina, los sirvientes se acurrucaron alrededor del brasero, para comer y dormir. No se tendieron las camas; nadie regó los helechos, ni levantó las tazas sucias de la mesa del comedor. Al oscurecer, los cantos de los criados nos llegaron cargados de crímenes y penas y la casa se hundió en ese día, como una piedra en una barranca muy honda.

Despertamos decididas a no repetir la víspera. El nuevo día brillaba doble e intacto. Eva miró los dos días paralelos que brillaban como dos rayas escritas en el agua. Después, contempló el muro, en donde estaba Cristo con su túnica blanca. Pasó luego los ojos al otro cuadro, que mostraba la imagen de Buda envuelto en su túnica naranja, pensativo, en medio de un paisaje amarillento. Entre los dos cuadros que vigilaban su cabecera Eva había colocado un recorte de periódico con una fotografía en la que una señora de boina se paseaba en una lancha. “La Krupaskaia en el Neva” decía el pie de la fotografía.

—Me gustan los rusos —dijo Eva y en seguida palmoteó para llamar a los criados. Nadie acudió a su llamado. Nos miramos sin sorpresa. Eva palmoteaba desde uno de los días y sus palmadas no llegaban al día de la cocina.

—Vamos a husmear —me dijo.

Y saltó a mi cama para mirarme de cerca. El pelo rubio le cubría la frente. De mi cama saltó al suelo, se puso un dedo en los labios y penetró con cautela por el día que avanzaba paralelo al otro. Yo la seguí. Nadie. El día estaba solo y era tan temible como el otro. Los árboles quietos, el cielo redondo, verde como una pradera tierna, sin nadie también, sin un caballo, sin un jinete, abandonado. Del pozo salía el calor de agosto, que había provocado la huida a México. Echado junto a un árbol estaba Toni. Ya le habían puesto la cadena. Nos miró atento y vimos que él estaba en nuestro día.

—Es bueno Toni —dijo Eva y le acarició la boca abierta.

Después se echó junto a él y yo me eché del otro lado.

—¿Ya desayunaste, Toni?

Toni no contestó, sólo nos miró con tristeza. Eva se levantó y desapareció entre las

plantas. Volvió corriendo y se echó otra vez junto a Toni.

—Ya les dije que preparen la comida para tres perros y ninguna gente.

Yo no pregunté nada. Junto a Toni la casa había perdido peso. Por el suelo del día caminaban dos hormigas; una lombriz se asomó por un agujerito, la toqué con la punta de un dedo y se volvió un anillo rojo. Había pedazos de hojas, trocitos de ramas, piedras minúsculas y la tierra negra olía a agua de magnolia. El otro día estaba a un lado. Toni, Eva y yo, mirábamos sin miedo sus torres gigantescas y sus vientos fijos de color morado.

—Tú, ¿cómo vas a llamarte? Busca tu nombre de perro, yo estoy buscando el mío.

—¿Soy perro?

—Sí, somos perros.

Acepté y me acerqué más a Toni, que movió la cabeza disgustado. Recordé que él no se iría al cielo: yo correría su misma suerte. “Los animales no van al cielo.” Nuestro Señor Jesucristo no había puesto en el cielo un lugar para perros. El señor Buda tampoco había puesto un lugar en el Nirvana para perros. En la casa era muy importante ser bueno para ganar el cielo. No podíamos ahorrar, ni matar animales; éramos vegetarianos y los domingos tirábamos el domingo por el balcón, para que lo recogiera alguien y aprendiéramos a no guardar nada. Vivíamos al día. La gente del pueblo husmeaba por los balcones de la casa: “Son españoles”, decían y nos miraban de soslayo. Nosotros no sabíamos que no éramos de allí, porque allí estábamos ganando el cielo, cualquiera de los dos: el blanco y azul o el naranja y amarillo. Ahora en ninguno de los dos había lugar para nosotros tres. Los alquimistas, los griegos, los anarquistas, los románticos, los ocultistas, los franciscanos y los romanos, ocupaban los anaqueles de la biblioteca y las conversaciones de la mesa. Tenían un lugar aparte los Evangelios, los Vedas y los poetas. Para los perros no había más lugar que el pie del árbol. ¿Y después? Después estaríamos tirados en cualquier llano.

—Ya encontré mi nombre.

—¿Ya? —Eva se enderezó curiosa.

—Sí: Cristo.

Eva me miró con envidia.

—¿Cristo? Es buen nombre de perro.

Eva acomodó la cabeza sobre las patas delanteras y cerró los ojos.

—También yo encontré el mío —dijo enderezándose de pronto.

—¿Cuál?

—¡Buda!

—Es muy buen nombre de perro.

Y el Buda se echó junto al Toni y empezó a gruñir de gusto.

Nadie vino a visitar el día de Toni, del Cristo y del Buda. La casa estaba lejos, metida en su otro día. Las campanadas del reloj de la iglesia no indicaban nada. El suelo empezó a volverse muy caliente: las lombrices entraron en sus agujeros, los pinacates buscaron los lugares húmedos debajo de las piedras, las hormigas cortaron hojas de acacia, que les servían de sombrillas verdes. En el lugar de los perros había sed. El Buda ladró con impaciencia para pedir agua, el Toni lo imitó y en seguida el Cristo se unió a los ladridos. Por un caminito lejano aparecieron los pies de Rutilio calzados con huaraches. Traía tres jarros llenos de agua. Indiferente le puso un jarro a Toni, miró al Cristo y al Buda y les colocó un jarro cerca del hocico. Rutilio acarició las cabezas de los perros y ellos agradecidos movieron los rabos. Fue difícil beber agua con la lengua. Más tarde el criado viejo trajo la comida en una olla y la sirvió en una cazuela grande. El arroz de los perros

tenía huesos y carne. El Cristo y el Buda se miraron atónitos: ¿los perros no son vegetarianos? El Toni levantó el labio superior, gruñó feroz desde sus colmillos blancos y cogió con presteza los pedazos de carne. El Cristo y el Buda metieron el hocico en la cazuela y comieron el arroz mojado como engrudo. Toni terminó y soñoliento miró a sus compañeros que comían a lengüetadas. Después, también ellos se recostaron sobre sus patas delanteras. El sol quemaba, el suelo quemaba y la comida de los perros pesaba como una bolsa de piedras. Se quedaron dormidos en su día, apartados del día de la casa. Los despertó un cohete que venía del otro día. Siguió un gran silencio. Alertas, escucharon la otra tarde. Estalló otro cohete y los tres perros echaron a correr en dirección al ruido. El Toni no pudo avanzar en la carrera, porque la cadena lo retuvo junto al árbol. El Cristo y el Buda saltaron por encima de las matas rumbo al portón.

—¿Dónde van, mocosas desgraciadas? —les gritó Rutilio desde el otro día.

Los perros llegaron al zaguán; les fue difícil abrir el portón, los cerrojos estaban muy altos. Al fin, salieron a la calle iluminada por el sol de las cuatro de la tarde. La calle brillaba esplendorosa como una imagen fija. Las piedras relucían en el polvo. No había nadie. Nadie, sino los dos hombres bañados en sangre, abrazados en su lucha. El Buda se sentó en el filo de la acera y los miró con los ojos muy abiertos. El Cristo se acomodó muy cerca del Buda y también los miró con asombro. Los hombres se quejaban en el otro día: “¡Ya vas a ver!”... “¡Ajay! ¡Hijo de la chingada!”... Sus voces sofocadas venían desde muy lejos. Uno detuvo la mano del que llevaba la pistola y con la mano libre le tatuó el pecho con su cuchillo. Estaba abrazado al cuerpo del otro y, como si las fuerzas no le alcanzaran, se deslizaba hacia el suelo en el abrazo. El hombre de la pistola aguantaba firme, de pie en la tarde esplendorosa. Su camisa y sus pantalones blancos se llenaban de sangre. Con un movimiento liberó su mano presa y puso la pistola en la mitad de la frente de su enemigo arrodillado. Un ruido seco partió en dos a la otra tarde, y abrió un agujerito en la frente del hombre arrodillado. El hombre cayó boca arriba y miró al cielo con fijeza.

—¡Cabrón! —exclamó el hombre de pie sobre las piedras, mientras sus piernas seguían lloviendo sangre. Luego también él levantó los ojos para mirar al mismo cielo, y al cabo de un rato los volvió hacia los perros, que a dos metros de distancia, sentados en el borde de la acera, lo miraban boquiabiertos.

Todo quedó quieto. La otra tarde se volvió tan alta, que abajo la calle quedó fuera de ella. A lo lejos aparecieron varios hombres con fusiles. Venían como todos los hombres, de blanco, con los sombreros de palma sobre la cabeza. Caminaban con lentitud. El golpe de sus huaraches resonaba desde muy lejos. En la calle no había árboles para amortiguar el ruido de los pasos; sólo muros blancos, contra los cuales retumbaban cada vez más cerca las pisadas, como redoble de tambores en día de fiesta. El estruendo se detuvo de golpe, cuando llegaron junto al hombre herido.

—¿Tú lo mataste?

—Yo mismo, pregúntenle a las niñas.

Los hombres miraron a los perros.

—¿Ustedes lo vieron?

—¡Guau! ¡Guau!—contestó el Buda.

—¡Guau! ¡Guau!—respondió el Cristo.

—Pues llévenselo.

Se llevaron al hombre y de él no quedaron más rastros que la sangre sobre las piedras de la calle. Iba escribiendo su final, los perros leyeron su destino de sangre y se volvieron a mirar al muerto.

Pasó un tiempo, el portón de la casa seguía abierto, y los perros absortos, sentados en el borde de la acera, seguían mirando al muerto. Una mosca se asomó a la herida de su frente, después se limpió las patas y se fue a los cabellos. Al cabo de un instante volvió a la frente, miró la herida y se limpió las patas otra vez. Cuando la mosca volvió a la herida, llegó una mujer y se tiró sobre el muerto. Pero a él no le importó ni la mosca ni la mujer. Impávido siguió mirando al cielo. Vinieron otras gentes y se inclinaron a mirar sus ojos. Empezó a oscurecer y el Buda y el Cristo siguieron allí, sin moverse y sin ladrar. Parecían dos perros callejeros y nadie se ocupaba de ellos.

—¡Eva! ¡Leli! —gritaron desde muy arriba.

Los perros se sobresaltaron.

—¡Ya van a ver cuando lleguen sus padres! ¡Ya van a ver!

Rutilio los metió a la casa. Colocó una silla en el corredor, muy cerca de la pared y se sentó solemne a ver a los perros, que echados a sus pies, lo miraban atentos. Candelaria trajo un quinqué encendido y pavoneándose se volvió a la cocina. Al poco rato los cantos inundaron la casa de tristeza.

—¡Por su culpa yo no puedo ir a cantar...! ¡Maldosas! —se quejó Rutilio.

El Cristo y el Buda lo escucharon desde el otro día. Rutilio, su silla, el quinqué y el muerto, estaban en el día paralelo, separado del otro por una raya invisible.

—Ya van a ver, vendrán las brujas a chuparles la sangre. Dicen que les gusta mucho la sangre de los “güeros”. Le voy a decir a Candelaria que deje las cenizas encendidas, para que ellas se calienten las canillas. Del brasero irán a su cama a deleitarse. ¡Eso merecen por canijas!

El fogón con las cenizas encendidas, Candelaria, Rutilio, los cantos y las brujas, pasaban delante de los ojos de los perros, como figuras proyectadas en un tiempo ajeno. Las palabras de Rutilio circulaban por el corredor sin fondo de la casa y no los tocaban. En el suelo del día de los perros, había cochinillas que se iban a dormir. El sueño de las cochinillas era contagioso y el Cristo y el Buda acurrucados sobre sus patas delanteras, cabecearon.

—¡Vengan a cenar!

Los sentaron en el suelo de la cocina, en el círculo de criados que bebía alcohol, y les dieron un plato de frijoles con longaniza. Los perros se caían de sueño. Antes de ayer todavía cenaban avena con leche y el gusto de la longaniza les produjo náuseas.

—¡Llévatelas a la cama, parecen borrachas!

Los pusieron en la misma cama, apagaron el quinqué y se fueron. Los perros se durmieron en el otro día, al pie del árbol, con la cadena al cuello, cerca de las hormigas de sombrilla verde y las lombrices rojas. Al cabo de un rato despertaron sobresaltados. El día paralelo estaba allí, sentado en la mitad del cuarto. Los muros respiraban ceniza ardiente, por las rendijas las brujas espiaban las venas azules de sus sienes. Estaba todo muy oscuro. En una de las camas estaba el muerto con la frente abierta; a su lado, de pie, el hombre tatuado chorreaba sangre. Muy lejos, en el fondo del jardín, dormían los criados; la ciudad de México, con sus padres y con sus hermanos, quién sabe dónde estaba. En cambio, el otro día estaba allí, muy cerca de ellas, sin un ladrido, con sus muertos fijos, en la tarde fija, con la mosca enorme asomándose a la herida enorme y limpiándose las patas. En el sueño, sin darnos cuenta, pasamos de un día al otro y perdimos al día en que fuimos perros.

—No te asustes, somos perros...

Pero Eva sabía que ya no era verdad. Habíamos descubierto que el cielo de los hombres no era el mismo que el cielo de los perros.

Los perros no compartían el crimen con nosotros.

## Antes de la Guerra de Troya

Antes de la Guerra de Troya los días se tocaban con la punta de los dedos y yo los caminaba con facilidad. El cielo era tangible. Nada escapaba de mi mano y yo formaba parte de este mundo. Eva y yo éramos una.

—Tengo hambre —decía Eva.

Y las dos comíamos el mismo puré, dormíamos a la misma hora y teníamos un sueño idéntico. Por las noches oía bajar al viento del Cañón de la Mano. Se abría paso por las crestas de piedra de la sierra, soplaba caliente sobre las crestas de las iguanas, bajaba al pueblo, asustaba a los coyotes, entraba en los corrales, quemaba las flores rojas de las jacarandas y quebraba los papayos del jardín.

—Anda en los tejados.

La voz de Eva era la mía. Lo oíamos mover las tejas. De las vigas caían los alacranes y las cuijas cristalinas se rompían las patitas rosadas al golpearse sobre las losas del suelo de mi cuarto. Protegida por el mosquitero, tocaba el corazón de Eva que corría en el mío por los llanos, huyendo del vaho que soplaba del Cañón de la Mano. El viento no nos quemaba.

—¿Tuvieron miedo anoche?

—No. Nos gusta el viento.

Después, la casa estaba en desorden. Con las trenzas deshechas, Candelaria nos servía la avena.

—¡Viento perverso, hay que amarrarle los pelos a una roca para que nos deje silencios!

—Es la cólera caliente de las locas —agregaba Rutilio.

—Por eso digo que hay que clavarle las greñas a las rocas y ahí que aülle.

Era mucha la cólera de Candelaria. Nosotras nos movíamos intactas en su voz y en el jardín mirábamos las flores derribadas.

“Fue antes de que Leli naciera...”, decía a veces mi madre.

Esas palabras eran lo único terrible que me sucedía antes de la Guerra de Troya. Cada vez que “antes de que Leli naciera” se pronunciaba, el viento, los heliotropos y las palabras se apartaban de mí. Entraba en un mundo sin formas en donde sólo había vapores y en donde yo misma era un vapor informe. El gesto más mínimo de Eva me devolvía al centro de las cosas, ordenaba la casa deshecha y las figuras borradas de mis padres recuperaban su enigma impenetrable.

—Vamos a ver qué hace la señora...

La señora se llamaba Elisa y era mi madre. Por las tardes Elisa se escondía en su cuarto, se acercaba al tocador y cerraba las puertas de su espejo. No volvía a abrirlas hasta la noche, a la hora en que se ponía polvos en la cara. Echada en la cama, su trenza rubia le dividía la espalda.

—¿Quién anda allí?

—Nadie.

—¿Cómo que nadie?

—Es Leli —contestaba Eva.

Elisa escondía algo y luego se incorporaba. A través del mosquitero su cara y su

cuerpo parecían una fotografía.

—¡Sálganse de mi cuarto!

Volvíamos al corredor, a caminarlo de arriba abajo, de abajo arriba, de loseta en loseta, sin pisar las rayas y repitiendo: fuente, fuente, o cualquier otra palabra, hasta que a fuerza de repetirla sólo se convertía en un ruido que no significaba fuente. En ese momento cambiábamos de palabra, asombradas, buscando otra palabra que no se deshiciera. Cuando Elisa nos echaba de su cuarto, repetíamos su nombre sobre cada loseta y preguntábamos “¿por qué se llama Elisa?” y la razón secreta de los nombres nos dejaba atónitas. ¿Y Antonio? Era muy misterioso que su marido se llamara Antonio. Elisa-Antonio, Antonio-Elisa, Elisa-Antonio, Antonio, Elisa y los dos nombres repetidos se volvían uno solo y luego, nada. Perplejas, nos sentábamos en medio de la tarde. El cielo naranja corría sobre las copas de los árboles, las nubes bajaban al agua de la fuente y a la pileta en donde Estefanía lavaba las sábanas y las camisas del señor. Antonio tenía chispas verdes y amarillas en los ojos. Si los mirábamos de cerca, era como si estuviéramos adentro de una arboleda del jardín.

—¡Mira, Antonio, estoy dentro de tus ojos!

—Sí, por eso te dibujé a mi gusto —contestaba los domingos, cuando nos recortaba el fleco.

Antonio era mi padre y no nos mandaba a la peluquería porque “la nuca de las niñas debe ser suave y el peluquero es capaz de afeitarlas con navaja”. Era una lástima no ir a la peluquería. Adrián giraba entre sus frascos de colores, afilando navajas y batiendo tijeras en el aire. Platicaba como si recortara las palabras y un perfume violento lo seguía.

—¡Aja!, buenas ganas me tienen las rubitas, pero su papá no paga peluquero.

Sentadas en la tarde redonda, recordábamos las visitas a Adrián y las visitas a Mendiola, el que vendía “besos” envueltos en papelitos amarillos.

—¡Aquí está ya la parejita de canarios!

Y Mendiola nos ponía un “beso” en cada mano. Las dos éramos visitadoras. Cuando íbamos al cine veíamos a los dos amigos desde lejos. No podíamos platicar con ellos ni con don Amparo, el que vendía los cirios, porque estábamos en medio de Elisa y Antonio, que sólo saludaban con inclinaciones de cabeza. Les gustaba el silencio y cuando hablábamos decían:

—¡Lean, tengan virtud!

Asomadas a los dioses dibujados en los libros, hallábamos la virtud. Los dioses griegos eran los más guapos. Apolo era de oro y Afrodita de plata. En la India los dioses tenían muchos brazos y manos.

—Deben ser muy buenos ladrones.

“Que tu mano derecha ignore lo que hace tu izquierda.” Nosotras robábamos la fruta con la mano izquierda. ¿Y los dioses de la India? Ellos tenían mano izquierda, mano derecha, mano arriba, mano abajo, mano simpática, mano antipática, y mano de en medio. Imposible determinar cuál mano era la que ignoraba lo que hacían las otras manos.

—¡Ah, si fuéramos como ellos robaríamos todo: tornillos, dulces, banderitas, y al mismo tiempo!

Los demás dioses eran como nosotras. Hasta Nuestro Señor Jesucristo tenía sólo dos manos clavadas en la cruz. Huitzilopochtli era un bultito oscuro, con manos y sin brazos, pero él nos daba mucho miedo y preferíamos no mirarlo, inmóvil sobre uno de los estantes de los libros.

—¿Cómo sería una cruz para clavar a Kali?

—Como un molino.

—Te digo una cruz, no un molino.

—¿Una cruz?... Igual a una cruz.

—Habría que clavarle una mano encima de la otra y de la otra con un clavo tan largo como una espada.

—¿Y la mano de en medio?

—Se la dejamos suelta como un rabo, para espantarse las moscas.

—No se puede. Hay que clavársela también.

—¿Del lado izquierdo o del derecho?

—Vamos a preguntárselo a Elisa.

—¿Qué quieren? —preguntó Elisa con su voz de fotografía.

—Nada.

—¡Pues sálganse de mi cuarto! —y escondió algo otra vez.

Salimos al corredor con la vergüenza de saber que Elisa ocultaba algo en su cama. Recorrimos las losetas repitiendo su nombre y cuando sólo nos quedó el ruido volvimos a su cuarto.

—¿Qué quieren?

—Te llama tu marido... está en el gallinero.

El gallinero no era un lugar para Antonio y Elisa nos miró curiosa. Pero el gallinero es en el fondo de los corrales y Elisa tomaría un buen rato en ir y volver a su cama. Se fue. Su cama estaba caliente y de las almohadas se levantaba un vapor de agua de Colonia. Buscamos lo que escondía.

—¡Mira!

Eva me mostró una bolsita de besos y frutas cristalizadas. Sacamos dos besos y los comimos.

—¡Mira!

Una hoja seca marcaba las páginas del libro que Elisa guardaba debajo de su almohada.

—¡Vámonos!

Nos fuimos de prisa, sin los dulces y con el libro. Buscamos un lugar seguro donde hojearlo. Todos los lugares eran peligrosos. Miramos a las copas de los árboles y escogimos la más verde, la más alta. Sentadas en una horqueta leímos: la *Iliada*. Así empezó la desdichada Guerra de Troya.

“¡Canta, oh Musa la cólera del pélida Aquiles!”

La cólera de Elisa duró muchas semanas. Nosotras, ensordecidas por el fragor de las batallas, apenas tuvimos tiempo de escucharla.

¿En dónde se esconden todo el día?

—¡Hum...! Quién sabe...

Arriba, entre las hojas, nos esperaban Néstor, Ulises, Aquiles, Agamenón, Héctor, Andrómaco, Paris y Helena. Sin darnos cuenta, los días empezaron a separarse los unos de los otros. Después, los días se separaron de las noches; luego el viento se apartó del Cañón de la Mano, y sopló extranjero sobre los árboles, el cielo se alejó del jardín y nos encontramos en un mundo dividido y peligroso.

“No permitas que los perros devoren mi cadáver”, decía Héctor por tierra, alzando el brazo para apoyar su súplica. Aquiles, de pie, con la cabeza apoyada en la garganta del caído, lo miraba desdeñoso.

—¡Pobre Héctor!

—Yo estoy con Aquiles —contestó Eva súbitamente desconocida.

Y me miró. Antes, nunca me había mirado. Yo la miré. Estaba a horcajadas sobre la rama del árbol, como otra persona que no fuera yo misma. Me sorprendieron sus cabellos, su voz y sus ojos. Era otra. Sentí vértigo. El árbol se alejó de mí y el suelo se fue muy abajo. También ella desconoció mi voz, mis cabellos y mis ojos. Y también tuvo vértigo. Descendimos afianzándonos al tronco, con miedo de que se desvaneciera.

—Yo estoy con Héctor —repetí en el suelo y sintiendo que ya no pisaba tierra. Miré la casa y sus tejados torcidos me desconocieron. Me fui a la cocina segura de encontrarla igual que antes, igual a mí misma, pero la puerta entablada me dejó pasar con hostilidad. Las criadas habían cambiado. Sus ojos brillaban separados de sus cabellos. Picaban las cebollas con gestos que me parecieron feroces. El ruido del cuchillo estaba separado del olor de la cebolla.

—Yo estoy con Aquiles —repitió Eva abrazándose a las faldas rosas de Estefanía.

—Yo estoy con Héctor —dije con firmeza, abrazada a las faldas lilas de Candelaria.

Y con Héctor empecé a conocer el mundo a solas. El mundo a solas únicamente era sensaciones. Me separé de mis pasos y los oí retumbar solitarios en el corredor. Me dolía el pecho. El olor de la vainilla ya no era la vainilla, sino vibraciones. El viento del Cañón de la Mano se apartó de la voz de Candelaria. Yo no tocaba nada, estaba fuera del mundo. Busqué a mi padre y a mi madre porque me aterró la idea de quedarme sola. La casa también estaba sola y retumbaba como retumban las piedras que aventamos en un llano solitario. Mis padres no lo sabían y las palabras fueron inútiles, porque también ellas se habían vaciado de su contenido. Al atardecer, separada de la tarde, entré a la cocina.

—Candelaria, ¿tú me quieres mucho?

—¡Quién va a querer a una “güera” mala!

Candelaria se puso a reír. Su risa sonó en otro instante. La noche bajó como una campana negra. Más arriba de ella estaba la Gloria y yo no la veía. Héctor y Aquiles se paseaban en el Reino de las Sombras y Eva y yo los seguíamos, pisando agujeros negros.

—Leli, ¿me quieres?

—Sí, te quiero mucho.

Ahora nos queríamos. Era muy raro querer a alguien, querer a todo el mundo: a Elisa, a Candelaria, a Rutilio. Los queríamos porque no podíamos tocarlos.

Eva y yo nos mirábamos las manos, los pies, los cabellos, tan encerrados en ellos mismos, tan lejos de nosotros. Era increíble que mi mano fuera yo, se movía como si fuera ella misma. Y también queríamos a nuestras manos como a otras personas, tan extrañas como nosotras o tan irreales como los árboles, los patios, la cocina. Perdíamos cuerpo y el mundo había perdido cuerpo. Por eso nos amábamos, con el amor desesperado de los fantasmas. Y no había solución. Antes de la Guerra de Troya fuimos dos en una, no amábamos, sólo estábamos, sin saber bien a bien en dónde. Héctor y Aquiles no nos guardaron compañía. Sólo nos dejaron solas, rondando, rondándonos, sin tocarnos, ni tocar nada nunca más. También ellos giraban en el Reino de las Sombras, sin poder acostumbrarse a su condición de almas en pena. Por las noches yo oía a Héctor arrastrando sus armas. Eva escuchaba los pasos de Aquiles y el rumor metálico de su escudo.

—Yo estoy con Héctor —afirmaba en la mañana en medio de los muros evanescentes de mi cuarto.

—Yo, con Aquiles —decía la voz de Eva muy lejos de su lengua. Las dos voces estaban muy lejos de los cuerpos, sentados en la misma cama.

## El robo de Tiztla

Tiztla es una pequeña ciudad situada al sur de la República de México. Sus habitantes son silenciosos y pequeños. Sus noches son profundas y cuando el sol se pone el hombre tiene miedo. Los meses de verano son tan calientes y secos como el corazón de una piedra puesta al sol. Las gentes viven soñolientas y exaltadas. El fuego corre por debajo de la tierra y los jardines hierven con el canto de las chicharras y los grillos. Un continuo “¡au!”, “¡ae!”, “¡au!”, incendia la imaginación. Los campos se llenan de demonios, que de cuando en cuando irrumpen en la ciudad para meterse en los ojos de los hombres. Las gentes duermen alertas en sus hamacas. El rumor incesante los adormece, mientras el mal, en forma de alimañas y cuchillos, los espía. Duermen oyendo muchas cosas que las gentes de la capital no han oído nunca. Junto a ellos reposa siempre su machete.

Cuando sucedió el robo era verano y las mujeres veían en la luz resplandeciente algo que los hombres no veían. Por eso, en la mañana posterior al robo, las autoridades se ensañaron con las criadas y olvidaron a los hombres de la casa.

—¡Estas mujeres saben! —insistía el jefe policiaco.

—¡Claro que saben! —respondía sus ayudantes.

—Nada más dígame qué vio.

Y el jefe de la policía miró a Fili con ojos vidriosos, como si quisiera sacar de las pupilas de la mujer alguna imagen oculta. Fili bajó los párpados recelosa.

—Pues mire, señor, yo vi cincuenta hombres...

—¡Cincuenta hombres!

—Sí, señor, cincuenta hombres blancos, con ojos de lumbre, que andaban muy despacito en el jardín. Cada uno llevaba una antorcha en la mano y... estaban bailando...

—¿Bailando? ¡Apunte, compañero! Cincuenta hombres blancos, bailando en el jardín, con antorchas en la mano.

El compañero apuntó rápidamente.

—¿Y después del baile qué hicieron? —preguntó adusto el jefe.

—¿Después del baile...? Pues nada, siguieron baila y baila toda la noche...

—Apunte, compañero, que los cincuenta hombres continuaron el baile.

El jefe de la policía pareció desconcertado. Insistió en mirar con ojos vidriosos a Fili y ésta agachó la cabeza, entornó los párpados y se acomodó las trenzas sobre el pecho. El hombre miró a su derredor e hizo una especie de mueca, que quiso ser sonrisa, a la señora y a sus hijas, que escuchaban el interrogatorio con aire distraído, como si no les interesara lo más mínimo. Ahora era el turno de Carmen, la cocinera.

—¡Ay, señor, yo vi hartos hombres, hartos hombres!

—¿Cuántos eran? —preguntó el policía.

—Alcancé a contar treinta y siete.

—¿Sólo eran treinta y siete? —exclamó el policía desilusionado.

—Es que no llego a contar más. Hasta treinta y siete aprendí... pero había muchos más. Cada uno tenía un machete en la mano... ¡y qué machete, señor, reverberaba! Relumbraba en la noche como fuego blanco. Y todos andaban agachados, agachados...

—Apunte, compañero: más de treinta y siete hombres agachados, con machetes relumbrantes en la mano.

El compañero apuntó nervioso.

—¿Y qué más vio? —repitió en voz severa el policía. Carmen se le quedó mirando, indecisa.

—Pues, vi... cómo las plantas también se agachaban a su paso y ellos las rodeaban, las rodeaban...

—¿Ya apuntó usted lo que dice la declarante?

—Sí, señor, las plantas se agachaban al paso de los malhechores que las rodeaban —dijo con voz segura el ayudante.

—¿Tiene algo que agregar a su declaración?

—Yo, nada. Fue todo lo que vi, señor.

Y Carmen dio un paso atrás, mirando de reojo a Fili, que había escuchado sus palabras con gran atención.

—¡A ver, usted! ¿Qué vio?

Candelaria, la lavandera, con sus manos rosadas por el agua y el jabón, dio un paso adelante y se preparó a hablar con seriedad.

—Verá usted, señor, yo soy de buen dormir y andaba yo perdida entre mis sueños, cuando aquí Carmen, me recordó: “Quién sabe quién anda en el jardín”, me dijo. “¡Déjate de tonterías!”, le respondí y me volví para el otro lado. “Sí, quién sabe quién andará por el jardín”, dijo Fili, que estaba tiembla y tiembla. Entonces el sueño se me espantó y me asomé por la ventana, y vi lo que ellas vieron.

—Precise lo que vio.

—Pues ya lo precisé, vi lo que ellas vieron —contestó Candelaria, molesta por la brusquedad del hombre.

—Pero, ¿qué fue lo que ellas vieron?

—¿Para qué se lo voy a repetir? Yo tengo mucho que hacer y no puedo perder mi tiempo con palabras. Siempre he dicho que palabrear para nada sirve. Uno habla y habla, y el sol sale y se mete, y llega la luna, y el quehacer parado...

—Es verdad, sólo que ésta es una circunstancia extraordinaria. Haga usted el favor de decir lo que vio o quedará detenida por encubridora —dijo el policía, lanzando una mirada de complicidad a la señora. Su mirada quedó sin respuesta, pues la señora estaba ocupada en ver los tulipanes que yacían en el suelo.

—Bien dicen que mientras más suben más ganan por no hacer nada —respondió Candelaria enojada.

—¡No retobe, diga lo que vio!

—Pues ni tanto que hubiera visto; un manojito de hombres emparejados a sus cuchillos...

—Apunte usted: mientras la declarante dormía, un manojito de hombres armados de cuchillos, habían tomado posesión del jardín...

—¿Eso es todo? —preguntó Candelaria disponiéndose a alejarse.

—¿Hacia dónde dirigían sus pasos dichos hombres?

—Eso sí sólo Dios lo sabe... Ahí andaban ellos, sus intenciones quién sabe...

—La declarante desconoce las intenciones de los intrusos —dictó al policía.

Después, sonriente, se dirigió a la señora.

—¿Y usted, señora, me hace el favor de decirme, qué oyó, qué vio, etcétera?

La señora de la casa abrió mucho los ojos y se quedó pensativa unos minutos. El coro de curiosos guardó silencio.

—Yo oí al perro que ladra muy enojado. Puse una silla, me subí en ella y me asomé

por la ventanilla de la puerta que da al corredor, y entonces vi a unos hombres en el fondo del jardín. Algunos tenían una antorcha en la mano... otros un machete... otros creo que nada...

—¡Apunte, compañerito! ¡Apunte la súbita aparición del perro!

—No fue súbita, ya tenía una media hora de ladrar —corrigió la señora.

—Súbita en las declaraciones. Es la primera vez que irrumpe en esta declaración —repuso cortésmente el policía.

Los curiosos se miraron entre sí e hicieron signos de admiración ante la sagacidad de la autoridad. Ésta se volvió hacia la señora.

—¿Y cuántos hombres eran?

—Pues no los conté. Pero... ¿Cuántos podrían ser? ¿Unos catorce?... ¿Unos treinta y dos? No. Tal vez unos siete... No sé, se movían mucho, ¿sabe?...

—Entre siete y treinta y dos malhechores —dictó el jefe.

—No puedo decir el número exacto, pero aproximadamente eran ésos, entre siete y treinta y dos —repitió la señora distraída.

—Vayamos ahora a hacer una inspección ocular —dijo el policía con voz pomposa.

La autoridad seguida de la señora, los niños, los sirvientes y los curiosos que habían entrado a la casa, se dirigieron al fondo del jardín. Los árboles mostraban huellas profundas de machetazos; los plátanos estaban por tierra; los tulipanes destrozados a cuchilladas; los helechos, como cabelleras tiradas en el suelo, se secaban lentamente al sol. Los malhechores odiaban las plantas. Era como si hubieran entrado en la casa para acabar con el verdor del jardín.

—¡Apunte compañero!

El compañero apuntaba, mientras los gendarmes y los campesinos, que habían entrado en la casa, miraban indiferentes aquel destrozo.

—Vamos al bodegón —dijo la señora.

La señora guió al grupo hacia un cuarto construido sobre el muro, que separaba al jardín de la calle. El bodegón era un cuarto de proporciones enormes, techo bajo y piso de ladrillo. No tenía ventanas; una puerta pequeña, pintada con permanganato, daba acceso a aquel lugar inhóspito. Hacía apenas tres años que don Antonio, el dueño de la casa, lo había mandado construir. Nadie sabía el objeto de aquella construcción. La cal de las paredes, manchada de humedad, la gigantesca proporción del cuarto y la ausencia de luz le daban un aspecto misterioso y vacío. Las palabras sonaban huecas ahí dentro y un silencio frío y viscoso se pegaba a la nariz.

La autoridad y sus acompañantes entraron en silencio. Algo, adentro, cortaba la respiración. Y allí precisamente era donde los malhechores habían dirigido sus pasos. Las paredes estaban llenas de agujeros, los ladrillos levantados aquí y allá y unos costales de maíz destrozados a machetazos, habían dejado escapar el grano que brillaba tibio y dorado en la humedad. La confusión de ladrillos y maíz pisoteado imponía silencio. El policía se quedó perplejo.

—Apunte esta fechoría, compañero —dijo para darse tiempo de pensar y decir algo más adecuado.

Sus palabras dieron la señal para que todo el mundo quisiera hablar al mismo tiempo.

—¡Jesús Santísimo!

—¡Alabado sea Dios!

—¡El Señora nos socorra!

—¡Aquí anduvo el Enemigo!

—¡Estos perversos vinieron en el nombre del Demonio!

—Sí, aquí estuvieron toditita la noche —dijo Candelaria.

—¡Uy! Si se fueron cuando ya rayaba el día... —agregó Carmen.

—Lo más curioso es que no se llevaron nada —explicó la señora al policía, que la escuchó atónito. Los demás se dispusieron a oír el relato que ya conocían de memoria, pues desde las siete de la mañana en Tiztla no se hablaba de otra cosa.

—Antes de dormir revisé toda la casa. Usted sabe que mi marido está en México desde hace tres días. Cuando desperté imaginé que algo sucedía... y me dio miedo. Después que vi a los hombres a través de las ventilas, desperté a los niños y les dije que se callaran, pues podían venir a las habitaciones y matarnos si se daban cuenta de que los espiábamos. Los niños se portaron muy valientes, sobre todo esta niña. ¡Figúrese que quiso que la subiera a la silla para ver lo que pasaba!

La señora extendió la mano y la puso sobre la cabeza de Eva. La niña enrojeció y bajó la vista ante la mirada de admiración del policía.

—¿Me permite, señora, que interroge también a la niña? Es una pura formalidad.

—¡Claro, pregúntele lo que quiera! —aceptó la señora.

—A ver, Evita, ¿qué viste en el jardín?

La niña se quedó muda.

—¿Qué viste, chula? No te va a pasar nada —insistió el hombre al encontrarse con los ojos obstinados de la niña.

—Pues vi a unos hombre que estaban quemando el jardín. Eran muchos, muchos, muchos. Yo creo que estaban contentos... Y vi también... —la niña Evita se calló bruscamente. El policía esperó, inclinado sobre ella, pero la niña escondió la cara.

—¿Qué más viste, chula? —dijo solícito.

La niña se mordió la boca y miró al suelo con terquedad.

—¡Di qué más viste! —le ordenó su madre.

—Nada... —contestó Eva.

—Di qué viste, linda —insistió el hombre endulzando la voz.

—¡Nada! —respondió la niña con firmeza.

—¿Vas a decir lo que viste? —le gritó su madre zarandeándola.

—¡No! —dijo la niña.

—No la asuste, señora, si se asusta no hablará nunca. ¿Qué viste, chula? —preguntó otra vez el policía con una voz melosa en la que Evita distinguió más cólera que afecto.

—Dime, ¿qué viste, qué vieron esos ojitos?

La niña lo miró rencorosa.

—¡No la espanten, déjenla que hable —gritó uno de los curiosos.

—¡Habla!, ¿qué viste? —gritó indignada la madre, que se sentía devorada por la curiosidad.

—¡Nada!

—¡Algo vio! ¡Algo vio! Pero no lo va a decir, tiene espanto —dijeron los vecinos.

—Sí, algo vio —asintió el policía mirando a la chiquilla sin esperanzas.

Si algo vio la niña, no se supo nunca. Ella se empeñó en guardar silencio y fue inútil que los demás estuvieran pendientes de sus labios. Exasperados por su actitud, optaron por callarse también y se dirigieron silenciosos hacia el muro que los malhechores habían horadado para entrar. El muro era altísimo y espeso; los asaltantes habían hecho un boquete muy cerca de la tierra. El policía penetró por él y salió a la calle con toda facilidad.

Asombrado, volvió al interior de la casa.

—De modo que por aquí entraron —dijo meditabundo,

—Sí, señor, por ahí —dijo la niña con tranquilidad.

—¿Y cómo lo sabes, chulita?—preguntó el hombre con odio.

La niña Evita volvió a callarse. El policía le dio la espalda. Quería simular indiferencia. Molesto por la mirada de la chiquilla, trató de reconstruir los hechos.

—Primero horadaron el muro; luego entraron y se dirigieron al bodegón, allí rompieron la puerta, destrozaron los costales de maíz, el piso y las paredes; después salieron al jardín a causar más estropicios, despedazaron las plantas a machetazos.

¿Eso es todo, señora?

—Sí, señor. Lo curioso es que no robaron nada —volvió a insistir la dueña de la casa.

—Es un robo sin robo. Muy raro, señora.

—Muy raro. Mire, ni siquiera se llevaron la ropa que estaba tendida.

En esa parte del jardín serenaban la ropa; la noche anterior Candelaria la había dejado tendida y allí estaban todas las prendas, blancas y frescas.

—¡Intactas! Ni siquiera se llevaron las sábanas. ¿Ha visto usted, compañero?

El escribano asintió con la cabeza.

—¡Pues apunte usted, compañero! No espere a que yo le dicte todo. Estas gentes son torpes —agregó dirigiéndose a la señora. Las “gentes” bajaron la cabeza.

El policía pareció satisfecho de su observación y se acercó a la señora.

—¿Me permite usted un aparte?

La señora lo miró con asombro y sin saber lo que quería de ella aceptó con un signo de cabeza. Los dos se retiraron a un sitio alejado. El policía se inclinó confidencial.

—Dígame sus sospechas, señora.

—¿Mis sospechas...? Yo no tengo sospechas —contestó ella extrañada.

—¿Tiene usted plena confianza en sus sirvientes?

—¡Claro! Hace años que los conozco. ¿Cómo se atreve usted a insinuar que en mi casa hay bandidos?

El policía se disculpó. Durante toda la mañana continuó sus diligencias en la casa de don Antonio. La verdad era que no hallaba ni pies ni cabeza al robo que no era robo. Para no quedar como un mal funcionario interrogó una y otra vez a los habitantes de la casa. De cuando en cuando lanzaba miradas de rencor a Evita, que impávida lo veía ir y venir, cada vez más preocupado.

—Esta mocosa sabe todo —le dijo en voz baja al escribano.

Después, de mal talante por su fracaso, llamó al velador Rutilio. Éste confesó con humildad que cuando oyó los primeros ruidos, en vez de hacer la ronda por los corrales y el jardín, se metió en la carbonera y allí esperó a que amaneciera. El hombre no había visto nada. Las criadas repitieron su misma versión.

—¿Ya todos rindieron declaración?—preguntó el jefe de la policía.

—Todos, menos la pobre de Lorenza, que se asustó tanto que perdió el habla —respondió la señora.

—¿Perdió el habla? —saltó el policía.

—Sí, señor —dijeron los sirvientes, los curiosos y la señora.

El policía, seguido de toda la comitiva, se dirigió al cuarto de la sirvienta. Abrió la puerta con cuidado y entró. Lorenza, tendida en su cama de otates, con el vestido rosa empapado de sudor, los miró con los ojos muy abiertos por el miedo. A las preguntas del

jefe de la policía de Tiztla respondió con miradas extraviadas y quejidos, mientras de su frente caían gotas gruesas de sudor. El policía parecía consternado. Cuando la torre de la iglesia dio las doce campanadas del mediodía, levantó la diligencia y él y los curiosos se retiraron a comer. Ya habían visto y oído todo. La única conclusión plausible era que aquellos extraños visitantes eran enemigos de don Antonio. ¿Y qué hacen los enemigos si no el mal? Durante varios días en Tiztla no se habló sino de los “enemigos”. A medida que las lenguas los pulieron, se transformaron en enemigos cada vez más sospechosos y más extraños, hasta que un día tomaron la forma de demonios. ¡Claro! Por eso la niña Evita nunca quiso decir lo que vio y Lorenza perdió el habla.

El jefe de la policía redactó un acta en la cual explicaba detalladamente la visita nocturna efectuada por los demonios en la casa de don Antonio Ibáñez. El acta relataba todas las formas extravagantes que adoptaron los demonios esa noche memorable, cómo destruyeron un pabellón y un jardín y “la ronda del fuego infernal” que hicieron. La sirvienta Lorenza Varela perdió el habla a causa de lo que presenció esa noche, lo cual prueba que fue algo del otro mundo, ya que nunca se pudo saber qué fue lo que la hizo quedar muda.

El misterio quedó encerrado en la mudez de Lorenza y en el silencio de Evita. Hoy, muchos años después, Evita, que soy yo, se decide a decir la verdad sobre el robo de Tiztla.

El jardín era el lugar donde a mí me gustaba vivir. Tal vez porque ése era el juguete que me regalaron mis padres y allí había de todo: ríos, pueblos, selvas, animales feroces y aventuras infinitas. Mis padres estaban muy ocupados con ellos mismos y a nosotros nos pusieron en el jardín y nos dejaron crecer como plantas. Y como plantas fuimos creciendo mis hermanos y yo. Durante un tiempo mi padre se dedicó a hacer reformas en la casa: levantó la altura de los muros y construyó el bodegón. La casa se llenó de albañiles, de cal y de mezcla fresca. Mi madre encontró inútiles aquellos gastos. Entonces mi padre compró unas cargas de maíz, para utilizar la bodega inútil que había construido. Recuerdo con claridad la tarde en que llegaron los arrieros y cómo mi padre, lleno de alegría, dirigió las maniobras que se realizaron con rapidez. Los seis costales de grano quedaron recargados en la pared del fondo de la bodega. Después, salimos todos de allí y mi padre, con gran solemnidad, puso un candado a la aldaba de la puerta, lo cerró y se echó la llave al bolsillo. Todo quedó igual y quieto mucho tiempo.

En aquellos días, entre un 16 de septiembre y otro 16 de septiembre pasaba mucho tiempo. Yo fui jugando en cada árbol, en cada macizo de flores, en cada desnivel de terreno, hasta que llegué cerca de la puerta del bodegón. Su vista me inquietaba y en vano traté de abrirla muchas veces. Me daba pesadumbre ver la velocidad con que envejecía, tal vez de pena porque nunca nadie la iba a abrir. Me dejaba triste aquella puerta abandonada y alguna vez le pedí la llave a mi padre para abrirla. Pero él la había perdido y la puerta siguió cerrada, inútil y melancólica.

Yo era muy amiga de las criadas de mi casa. Me gustaban sus trenzas negras, sus vestidos color violeta, sus joyas brillantes y las cosas que sabían. Lorenza, la más joven, me confiaba secretos a condición de que yo le confiara otros de igual importancia que los suyos. Sólo que era difícil deslumbrarla. Lorenza tenía una ventaja sobre mí: era hija de una bruja y su conocimiento del misterio era muy vasto. Ante la sabiduría de su madre yo no encontré nada sino enfrentarla a los tesoros de mi padre. Le expliqué que los jarrones chinos valían más que un barco aunque ni ella ni yo sabíamos lo que era un barco, ni lo habíamos visto nunca. Pero lo imaginábamos como una torre gigantesca, que giraba y echaba luces radiantes en medio de un agua mucho más clara y azul que el agua de la

fuelle de la casa. Cuando Lorenza supo que los jarrones eran tan preciosos, me contó un secreto de brujería, que me sirvió para dar órdenes a mis hermanos. En cuanto empezaba a oscurecer yo me iba al cuarto de planchar y hablaba con ella. Salía vapor de la ropa y los ojos oscuros de la mujer brillaban en aquel calor. Me contaba cosas terribles y luego dejaba caer la plancha y cantaba canciones de abandonados, que lloraban en la noche, junto a caminos polvorientos, por una mujer ingrata. Sus canciones eran muy tristes y el cuarto se llenaba de lágrimas y de pajaritos extraviados. Después agregaba: “Julián anda dado a la bebida por mi causa”. Y se echaba a reír. Me gustaba que se riera y que hablara, para verle las encías de color rosa pálido, los dientes blancos y su lujoso colmillo de oro.

—Mamá, ¿me quieres poner un colmillo de oro? —le pedía por las noches a mi madre.

—¡Cállate! No digas tonterías, es una costumbre horrible.

Un día le dije a Lorenza que había visto a Julián con Amparito. La planchadora tiró las ropas al suelo y se enojó conmigo. De ese enojo partió todo el mal. Durante varios días la rondé queriendo contentarla.

—¡Lárguese! ¡No entre, escuintla entrometida! —me gritaba apenas asomaba la cabeza al cuarto de planchar.

—¡Todavía no te he dicho en dónde está el gran tesoro de mi papá! —le grité una tarde, por la rendija de la puerta.

Lorenza guardó silencio. Después, desde el rumor de las sábanas rociadas, me contestó:

—¡Pues ándele, pase!

No recuerdo bien cuánto oro le dije que había en el bodegón.

—¡Ah! Entonces con ese fin lo construyó tu papá...

—Sí, con ese fin.

—¿Y si alguien se llevara todo ese oro, qué haría tu papá?

—Nada, porque tiene mucho más.

—¿En dónde?

—No te lo digo.

Era bueno dejar algo en reserva, no fuera a ser que se volviera a enojar conmigo y ya no tuviera yo ningún secreto que ofrecerle.

La noche en que mi madre me trepó en la silla, vi a Lorenza que atravesaba el jardín, en medio de las antorchas de los asaltantes. Iba con su vestido rosa y sus trenzas deshechas. Corría despavorida buscando el camino de su cuarto. Julián iba detrás de ella con un machete en la mano. Yo me bajé de la silla y no le dije nada a mi madre. Pensé que era mejor esperar a que amaneciera y hablar con la planchadora. Muy temprano fui a verla.

—¡Caray, niña Evita, no había nada! Es usted una mentirosa. ¡Pero por ésta —y besó la cruz— que se lo voy a decir a mi mamá y usted se va a secar como un odre!

No supe qué decir. Me aterraron sus palabras. Lorenza se enderezó en su cama.

—¡Y para más, Julián por poco y me mata! ¡Y todo por una escuintla lenguaraz! Pero mi mamá la va a embrujar. ¡Ya la veré en el mercado, colgada de un mecate, como cualquier odre seco!

No supe qué decir. La miré con desesperación. ¿Alguien de ustedes ha visto a los odres secándose al sol en el mercado de Tiztla?

—¡Julián y yo iremos a prisión! —rugió Lorenza en voz baja y me miró con ferocidad.

Yo bajé los ojos y sentí que el estómago se me escapaba por una rendija del suelo.

—Pero desde allí a carcajadas me voy a reír de usted, cargada de moscas y amarilla como un buen pellejo.

—¡Ay! Lorenza, qué triste es todo, yo embrujada y tú en la cárcel... —y me eché a llorar.

—No llore, niña Evita, no le voy a hacer el mal. No le diré nada a mi mamá si usted no le dice nada a la suya —contestó Lorenza echándose a llorar a su vez.

—¿Y si nos preguntan, Lorenza?

—Usted diga: no vi nada. ¡Al fin yo, por el espanto, perdí el habla...!

Lorenza perdió el habla muchos meses, hasta que su mamá bajó de la cuadrilla donde vivía, en las cercanías de Chilapa. Mató a un conejo en el lugar en donde aparecieron los demonios que se llevaron la lengua de su hija y pronunció unas palabras mientras se llenaba las trenzas de ceniza. Desde entonces Lorenza pudo hablar con lengua de animal. Y con ella sigue hablando hasta ahora. A Julián no lo volví a ver. Una tarde en medio del vapor de la ropa me acerqué a ella:

—¿Y Julián...?

—¡Hum! Piense usted, niña Evita, no me quiere ver. A él no le gustan las mujeres que hablan con lengua de animal...

Y era verdad que su voz había cambiado. La lengua del conejo era demasiado chica y apenas le alcanzaba para habla suspirando...

## El duende

A las tres de la tarde el sol se detenía en la mitad del cielo. El silencio podía estallar en cualquier instante y el jardín podía caer roto en mil pedazos. La casa entera estaba quieta. Sólo Rutilio regaba las losetas del corredor. A los pocos instantes, el agua, convertida en vapor, se levantaba de los ladrillos. La valla de helechos que separaba al jardín del corredor no detenía a la ola ardiente que llegaba hasta las habitaciones.

En dos hamacas paralelas Eva y Leli se mecían. El ir y venir de las hamacas columpiaba a la tarde con un ruido de reatas secas. Todos los días a esa hora, la muerte las rondaba: se detenía sobre las ramas y desde allí las miraba.

—Eva, ¿te da miedo morir?

—No, el otro mundo es tan bonito como éste.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo dijo mi abuela Francisca.

Eva lo sabía todo, era distinta, estaba en la casa porque tenía curiosidad por este mundo, pero pertenecía a un orden diferente. Era una aliada poderosa y la única liga que Leli poseía entre este mundo y el mundo tenebroso que la esperaba. “El otro mundo es tan bonito como éste”... Durante un rato la frase la dejó convencida, pero luego, la puerta que la esperaba y que conducía al vacío, volvió a tomar cuerpo. Con su propio pie daría el paso que iba a precipitarla al abismo por el cual iría descendiendo por los siglos de los siglos, con la cabeza hacia abajo, en una caída sin fin dentro del pozo negro que era la muerte. Por ahí caería también su padre, su madre y sus hermanos. Y nunca se encontraría porque todos caerían en diferentes horas. Sólo Eva se quedaría flotando en el jardín, mirando con sus ojos amarillos las cosas que pasaban en la casa.

—¿Estás segura de que el otro mundo es tan bonito como éste?

—Sí, y como no tenemos cuerpo no sudamos.

Era irremediable no tener cuerpo. Elisa decía lo mismo. El sacerdote decía lo mismo. El cuerpo se quedaba acá y no podíamos llevarnos ni un mechoncito de pelo, para recordar de qué color habíamos sido. Miró el cabello dorado de Eva. Cerca de las sienes era muy pálido y con el sudor se le pegaba a la piel y tomaba la forma de plumas muy finas. Eva se estaba mirando las manos contra la luz del sol.

—Adentro de las manos tenemos luz.

Leli recordó el día que jugando con la navaja de su padre se cortó un dedo y la sangre salió a borbotones. Sintió vergüenza al sorprender a Eva en una mentira.

—¡Mentirosa!

—¿Has visto a Nuestro Señor? De cada dedo le sale un rayo de luz. Mis dedos se van a encender un día y me voy a ir en lo oscuro.

Era verdad que Nuestro Señor y los santos echaban luz por los dedos y por la cabeza y que a Eva no le daba miedo lo oscuro. Tampoco le daba miedo columpiarse de las ramas más altas de los árboles.

—¡Te vas a caer! —le gritaba Leli cuando la veía columpiarse de las hojas altísimas de las palmeras.

—Si me caigo me detiene el Duende —explicaba Eva cuando bajaba a tierra.

El Duende, el dueño del jardín, era muy amigo suyo. Por eso cuando su padre las

regañaba porque aplastaban los plátanos tiernos Eva comentaba:

—Pobre, cree que es el dueño de todo...

Esa tarde, Rutilio siguió regando los ladrillos y las tres de la tarde siguieron escritas mucho tiempo en la torre de la iglesia que se asomaba en el cielo del jardín.

—Vamos a bañarnos —dijo Eva.

Salieron al jardín. Pasaron bajo las jacarandas, rodearon a la fuente, cruzaron el macizo de los plátanos, llegaron hasta las palmeras, sesgaron un poco hacia la izquierda y alcanzaron el pozo. El pozo era el lugar más fresco del jardín, rodeado de helechos, espadañas y otras hojas, rezumaba humedad. Hasta allí no llegaban los rumores de la casa. Era la parte secreta del jardín. Un pretil de piedra negra guardaba a su agujero profundo. Muy abajo corría el agua de los ríos en los cuales se bañan las mujeres plateadas y los pájaros de plumas de oro.

Las niñas se desnudaron y luego subieron los cántaros llenos del agua misteriosa. El agua helada convirtió sus cuerpos en dos islas frías en el mar caliente de la tarde. El agua del pozo era un agua risueña; sin embargo las niñas se bañaban en silencio. Era una tarde predestinada a lo que sucedió después. Leli miraba a las hojas que eran siempre las mismas hojas verdes. Detrás de las mafafas se asomaba una hoja de un verde más oscuro. La hoja tenía venas rojas y por debajo del verde oscuro había un verde clarísimo, que iluminaba al verde oscuro con reflejos de vidrio. La niña cortó una de aquellas hermosas hojas desconocidas y la mordisqueó. La hoja era muy dulce. Cortó más y las comió. Eva siempre hacía los descubrimientos. Esta vez había sido ella. Iba a reírse satisfecha, cuando sintió que una aguja le atravesaba la lengua. Se quedó quieta. Las encías empezaron a crecerle y en ese momento recordó al negro de *Las mil y una noches* que con el alfanje en la cintura reparte los venenos para matar a las favoritas infieles. “Estoy envenenada”, se dijo.

—No coman yerbas, se van a envenenar —les repetía Antonio.

—No le creas a mi papá. El Duende es muy amigo mío y ya les quitó el veneno a todas las plantas —le susurraba Eva a espaldas de su padre.

Eva la había engañado. “Estoy envenenada”, se repitió mirando a su hermana, que ignorante de su suerte seguía jugando con el agua. La presencia de su muerte próxima la asombró. Pronto empezaría a caer cabeza abajo por los siglos de los siglos. ¿Quién iba a darle la mano? No Eva, que ajena al mal irremediable que había caído sobre ella, seguiría regocijándose con el agua. Tenían horas diferentes. Estaban en distintos espacios y cada segundo que pasaba sus tiempos se separaba más y más. Los lazos que la ataban a Evita se soltaban y caían sin ruido sobre la hierba. Debía ir sola al otro mundo. Y sólo era una hoja verde lo que la separaba de su hermana. Siempre son cosas minúsculas las que determinan las catástrofes. Miró a Eva con ojos postreros. Pero no podía despedirse ni irse sola, ni dejarla sola. Una idea acudió a su cabeza: matar a su hermana. Se inclinó y cortó un ramo de hojas venenosas.

—Evita, prueba estas hojas, son muy dulces.

Su voz no delató su traición y Eva aceptó agradecida el regalo. ¿Sabría que eran venenosas? Ella lo sabía todo. “¡Dios mío, haz que se las coma!” Y Dios la oyó, porque su hermana empezó a comer las hojas. ¿Y si para ella no eran mortales? Tal vez el Duende había quitado el veneno de las hojas de Eva. “¡Dios mío, que se muera!” Y Dios volvió a oírla, porque de pronto su hermana abrió la boca como para decir algo, sacó la punta de la lengua, la miró con los ojos muy abiertos y su mirada cambió del estupor al espanto.

—¡Mala!

La vio salir huyendo. Su cuerpo desnudo y delgadito se perdió entre los árboles. Un

segundo grito la alcanzó:

—¡Mala!

Eva estaba en la misma hora que ella. “El otro mundo es tan bonito como éste, allí no se suda porque no tenemos cuerpo... ¿Era Evita la que le decía aquellas palabras? Leli cayó muerta.

La tendieron en su cama y corrieron el mosquitero blanco. En la camita de junto tendieron a Eva. Por la mañana temprano, Leli abrió los ojos y miró con cuidado el día de su muerte. Desde la cama vecina Evita la miraba asqueada. Se volvió a la pared. Leli vio entrar a Elisa. Venía de puntillas, se acercó, descorrió el mosquitero y le tocó la frente como cuando tenía fiebre. Luego retiró la mano preocupada.

—¿Es cierto lo que dice Evita?

Leli comprendió que ninguna de las dos estaba muerta y se sintió defraudada. Eva mentía. No era verdad su amistad con el Duende, ni verdaderos sus poderes. La hoja verde les había hecho el mismo daño. Disgustada, también ella se volvió a mirar a la pared.

—¿Verdad que no es cierto?... Tú no quisiste matarla —insistió su madre, que como siempre no entendía nada.

Leli miró con visible disgusto la cal blanca de la pared.

—No sabías que eran venenosas. ¿Verdad, hijita?

La niña se sentó en la cama y miró con ojos serios a su madre.

—Sí lo sabía, y le pedí a Dios que me ayudara a matarla.

Elisa abrió la boca, sacó la punta de la lengua como para decir algo, abrió mucho los ojos y su mirada pasó del estupor al espanto.

—¡Mala!

Se alejó de prisa de su cama.

—¡Mala! —volvió a repetir, dirigiéndose hacia la cama de Evita. Su hermana se abrazó a su madre y las dos se pusieron a llorar. Acudió su padre y miró a Leli con ojos asustados. Después entraron Estrellita y Antoñito. Su hermano levantó el mosquitero, le guiñó un ojo, puso la mano en forma de pistola y le disparó una descarga cerrada: ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Estrellita, sola, de pie en medio de la habitación, pareció asombrada, como si su familia y sus crímenes le dieran mucha vergüenza.

Su padre indeciso primero, avanzó al cabo de unos segundos hacia la cama de Eva. Los niños lo siguieron, Leli se quedó sola, mirada por toda la familia, que transida escuchaba los sollozos de Eva. Volvían a ser distintas, pero de distinta manera. Se sentó en la cama, asombrada. ¿Por qué la hoja le había hecho el mismo daño a Evita? Su madre tomó en brazos a su hermana y salió con ella de la habitación. Su padre y sus hermanos la siguieron. Leli se quedó sola reflexionando.

Al mediodía le llevaron un caldo desgrasado. Candelaria la miró aburrída.

—Anda, come... —le dijo con tedio.

Se bebió el caldo que sabía a trapo mojado. También ella estaba aburrída. Quiso hablar con Candelaria, pero ésta sólo le contestó con banalidades.

—¿Hasta cuándo dejarás de hacer maldades?

Leli observó que Candelaria tenía las narices aplastadas y que su voz la aburría tanto como sus gestos. Ya no le interesaban sus consejos: siempre eran los mismos. Al atardecer su cuarto no le interesaba nada. Las garzas habían desaparecido de las manchas de humedad y los rincones se habían quedado vacíos. De cuando en cuando, le llegaban desde lejos las risas de Evita y el ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! de la pistola de Antoñito. Las entradas y salidas de sus padres aumentaban el aburrimiento. La miraban y le hacían la

misma pregunta:

—¿Verdad que no quisiste matar a Evita?

Su respuesta afirmativa los hacía huir cada vez más asustados.

Cuando encendieron los quinqués, entró Estrellita. Avanzó cautelosa, recorrió el mosquitero y se sentó parsimoniosa en los pies de su cama. Desde allí la miró parpadeando, como si sus grandes pestañas le pesaron tanto que le cansaban los párpados. No dijo ni una palabra. Estrellita nunca hablaba, sólo las miraba. Leli le observó las manos cruzadas sobre la faldita blanca, los pies descalzos y rosas enredados en el velo del mosquitero y las mechales rubias y lacias sobre los hombros. Inmóvil, imperturbable, parecía un idolo dorado. Nunca se había fijado en ella. Se incorporó en la cama para mirarla mejor. Estrellita permaneció impassible, como si Leli no se hubiera movido o como si le diera absolutamente igual cualquier cosa que hiciera.

—Estrellita, dime. ¿tú has visto alguna vez al Duende?

—¿Qué duende?

—El del jardín.

—No. Yo estoy en los tejados.

—¿Y desde allí no ves al Duende?

—No. Desde allí sólo te veo a ti y veo a Eva.

—¿Siempre nos ves?

—Siempre.

Estrellita parecía un doctor javanés, de párpados pesados, flequillo lacio y labios muy arqueados. Ningún músculo de la cara le cambiaba de sitio y las manos cruzadas con solemnidad sobre la falda blanca, inmóviles.

—Estrellita, yo me envenené primero. Luego le di la hoja a Eva y ella también se envenenó. ¿Por qué?

Estrellita la miró sin pestañear.

—Porque eran de la misma mata.

—¡Claro! Eso ya lo sé. Pero, ¿por qué se envenenó Eva?

—Porque tú quisiste matarla —contestó Estrellita impávida, mirando a su hermana—. ¿Te gustó matarla? —preguntó sin cambiar de voz ni de actitud.

—No... No me gustó... o tal vez sí...

Antes no se le había ocurrido que podía gustar o no gustar matar. Miró a Estrellita con admiración.

—¿Entonces, por qué la mataste?

—Porque quería que se muriera conmigo.

—¡Ah!

Entró Rutilio a llevarle una jarra de agua de limón, la colocó sobre la mesita de noche, se agachó a mirar a Leli y movió la cabeza con disgusto. Antes de salir murmuró unas palabras. Estrellita no se movió para mirarlo, ni para alcanzar un vaso de refresco.

—Rutilio no sabe nada —dijo Estrellita, que ese día no había subido a los tejados a mirar el jardín y que estaba allí, en la cama de Leli, esperando saber lo que otros no sabían.

—No, no sabe nada —confirmó Leli.

Apenas había salido Rutilio, cuando entró su madre alarmada.

—¡Estrellita!

Cogió a la niña de la mano y la sacó de la habitación. Nadie había entendido nada. Sólo Estrellita, porque ella miraba desde los tejados. En los días que siguieron, Estrellita vio desde los tejados la ruina que cayó sobre el jardín, los plátanos, las jacarandas, las

bugambilias y los helechos se cubrieron de polvo. También desde el tejado, Estrellita miraba las cabezas aburridas de Eva y Leli que se mecían en las hamacas sin hablarse. Estrellita sabía que Leli ya sabía que Eva no tenía ningún secreto y que por mentirosa no la frecuentaba. Eva todavía tenía la lengua llagada y trataba de ignorar a su hermana. Las dos se daban la espalda, mientras el jardín caía en ruinas.

Una tarde Estrellita supo que Eva había tomado una decisión: maliciosa, le sonreía a Leli desde su hamaca. Estrellita vio que por unos instantes el jardín volvía a ser para Leli como antes, radiante de aromas, plétórico de hojas. Pero Leli siguió inmóvil en su hamaca, y el polvo volvió a caer sobre las ramas. Estrellita, incrédula, se limpió los ojos y esperó. Esas dos no podían estar solas.

—¡Leli! ¡Lelinca! —dijo Eva.

Su hermana se volvió a su llamado, poseída por una emoción tan violenta que llegó a los tejados.

—Lelinca, tú no fuiste...

Estrellita oyó la frase de Eva desde los tejados y movió la cabeza con disgusto.

—No, yo no fui... —repitió Leli con su voz de tonta.

Sus palabras llegaron al tejado y Estrellita, con las manos cruzadas sobre la falda blanca, constató que Leli había olvidado que Eva no tenía ningún secreto.

—Fue el Duende, que estaba enojado conmigo —afirmó Eva con desvergüenza.

—¡Es cierto! ¡Es cierto! Él les puso el veneno —gritó Leli abriendo la boca como una completa tonta.

Alegre, se levantó de su hamaca. Estrellita oyó que para Leli se había levantado un canto de pájaros y que los cocos de oro se mecían entre las palmas verdes. Asqueada movió la cabeza. Ella, Estrellita, miró incrédula el esplendor de aquel amor desde su tejado, y sin descruzar las manos, parpadeó varias veces, disgustada. Su faldita blanca brillaba como un hongo sobre el tejado rojo. Una teja se levantó a su lado y la niña miró hacia allí sin sorpresa.

—Tú sabes que no fui yo. ¿Verdad?

—¡Claro que lo sé! Eva es una mentirosa y Leli es una matona. No les hagas caso —dijo Estrellita con voz segura y ya acostumbrada a los crímenes de su familia.

El Duende se quitó el gorro rojo, se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y desde el espacio libre de la teja levantada, miró con alivio a su única amiga: Estrellita Garro.

## El anillo

—Siempre fuimos pobres, señor, y siempre fuimos desgraciados, pero no tanto como ahora en que la congoja campea por mis cuartos y corrales. Ya sé que el mal se presenta en cualquier tiempo y que toma cualquier forma, pero nunca pensé que tomara la figura de un anillo. Cruzaba yo la Plaza de los Héroes, estaba oscureciendo y la boruca de los pájaros en los laureles empezaba a calmarse. Se me había hecho tarde. “Quién sabe qué estarán haciendo mis muchachos”, me iba yo diciendo. Desde el alba me había venido para Cuernavaca. Tenía yo urgencia de llegar a mi casa, porque mi esposo, como es debido cuando una es mal casada, bebe, y cuando yo me ausento se dedica a golpear a mis muchachos. Con mis hijos ya no se mete, están grandes, señor, y Dios no lo quiera, pero podrían devolverle el golpe. En cambio con las niñas se desquita. Apenas salía yo de la calle que baja del mercado, cuando me cogió la lluvia. Llovía tanto, que se habían formado ríos en las banquetas. Iba yo empinada para guardar mi cara de la lluvia, cuando vi brillar a mi desgracia en medio del agua que corría entre las piedras. Parecía una serpentita de oro, bien entumida por la frescura del agua. A su lado se formaban remolinos chiquitos.

“¡Ándale, Camila, un anillo dorado!” y me agaché y lo cogí. No fue robo. La calle es la calle y lo que pertenece a la calle nos pertenece a todos. Estaba bien frío y no tenía ninguna piedra: era una alianza. Se secó en la palma de mi mano y no me pareció que extrañara ningún dedo, porque se me quedó quieto y se entibió luego. En el camino a mi casa me iba yo diciendo: “Se lo daré a Severina, mi hijita mayor.” Somos tan pobres, que nunca hemos tenido ninguna alhaja y mi lujo, señor, antes de que nos desposeyeran de las tierras para hacer el mentado tiro al pichón en donde nosotros sembrábamos, fue comprarme unas chanclicas de charol con trabilla, para ir al entierro de mi niño. Usted debe acordarse, señor, de aquel día en que los pistoleros de Legorreta lo mataron a causa de las tierras. Ya entonces éramos pobres, pero desde ese día sin mis tierras y sin mi hijo mayor, hemos quedado verdaderamente en la desdicha. Por eso cualquier gustito nos da tantísimo gusto. Me encontré a mis muchachos sentados alrededor del comal.

—¡Anden, hijos! ¿Cómo pasaron el día?

—Aguardando su vuelta —me contestaron. Y vi que en todo el día no habían probado bocado.

—Enciendan la lumbre, vamos a cenar.

Los muchachos encendieron la lumbre y yo saqué el cilantro y el queso.

—¡Qué gustosos andaríamos con un pedacito de oro! —dije yo preparando la sorpresa—. ¡Qué suerte la de la mujer que puede decir que sí o que no, moviendo sus pendientes de oro!

—Sí, qué suerte... —dijeron mis muchachitos.

—¡Qué suerte la de la joven que puede señalar con su dedo para lucir un anillo!

—dije.

Mis muchachos se echaron a reír y yo saqué el anillo y lo puse en el dedo de mi hija Severina. Y allí paró todo, señor, hasta que Adrián llegó al pueblo, para caracolear sus ojos delante de las muchachas. Adrián no trabaja más que dos o tres veces a la semana reparando las cercas de piedra. Los más de los días los pasaba en la puerta de El Capricho mirando cómo comprábamos la sal y las botellas de refrescos. Un día detuvo a mi hija

Aurelia.

—¿Oye, niña, de qué está hecha tu hermanita Severina?

—Yo no sé... —le contestó la inocente.

—Oye, niña, ¿y esa mano en la que lleva el anillo a quién se la regaló?

—Yo no sé... —le contestó la inocente.

—Mira, niña, dile a tu hermanita Severina que cuando compre la sal me deje que se la pague y que me deje mirar sus ojos.

—Sí, joven —le contestó la inocente. Y llegó a platicarle a su hermana lo que había dicho Adrián.

La tarde del siete de mayo estaba terminando. Hacía mucho calor y el trabajo nos había dado sed a mi hija Severina y a mí.

—Anda, hija, ve a comprar unos refrescos.

Mi hija se fue y yo me quedé esperando su vuelta sentada en el patio de mi casa. En la espera me puse a mirar cómo el patio estaba roto y lleno de polvo. Ser pobre, señor, es irse quebrando como cualquier ladrillo muy pisado. Así somos los pobres, ni quien nos mire y todos nos pasan por encima. Ya usted mismo lo vio, señor, cuando mataron a mi hijito mayor para quitarnos las tierras. ¿Qué pasó? Que el asesino Legorreta se hizo un palacio sobre mi terreno y ahora tiene sus reclinatorios de seda blanca en la iglesia del pueblo y los domingos cuando viene desde México la llena con sus pistoleros y sus familiares, y nosotros los descalzos mejor no entramos para no ver tanto desacato. Y de sufrir tanta injusticia, se nos juntan los años y nos barren el gusto y la alegría y se queda uno como un montón de tierra antes de que la tierra nos cobije. En esos pensamientos andaba yo, sentada en el patio de mi casa, ese siete de mayo. “¡Mírate, Camila, bien fregada! Mira a tus hijos. ¿Qué van a durar? ¡Nada! Antes de que lo sepan estarán aquí sentados, si es que no están muertos como mi difuntito asesinado, con la cabeza ardida por la pobreza, y los años colgándoles como piedras, contando los días en que no pasaron hambre”... Y me fui, señor, a caminar mi vida. Y vi que todos los caminos estaban llenos con las huellas de mis pies. ¡Cuánto se camina! ¡Cuánto se rodea! Y todo para nada o para encontrar una mañana a su hijito tirado en la milpa con la cabeza rota por los máuseres y la sangre saliéndole por la boca. No lloré, señor. Si el pobre empezara a llorar, sus lágrimas ahogarían al mundo, porque motivo para llanto son todos los días. Ya me dará Dios lugar para llorar, me estaba yo diciendo, cuando me vi que estaba en el corredor de mi casa esperando la vuelta de mi hijita Severina. La lumbre estaba apagada y los perros estaban ladrando como ladran en la noche, cuando las piedras cambian de lugar. Recordé que mis hijos se habían ido con su papá a la peregrinación del Día de la Cruz en Guerrero y que no iban a volver hasta el día nueve. Luego recordé que Severina había ido a El Capricho. “¿Dónde fue mi hija que no ha vuelto?” Miré el cielo y vi cómo los estrellas iban a la carrera. Bajé mis ojos y me hallé con los de Severina, que me miraban tristes desde un pilar.

—Aquí tiene su refresco —me dijo con una voz en la que acababan de sembrar a la desdicha.

Me alcanzó la botella de refresco y fue entonces cuando vi que su mano estaba hinchada y que el anillo no lo llevaba.

—¿Dónde está tu anillo, hija?

—Acuéstese, mamá.

Se tendió en su camita con los ojos abiertos. Yo me tendí junto a ella. La noche pasó larga y mi hijita no volvió a usar la palabra en muchos días. Cuando Gabino llegó con

los muchachos, Severina ya empezaba a secarse.

—¿Quién le hizo el mal? —preguntó Gabino y se arrinconó y no quiso beber alcohol en muchos días.

Pasó el tiempo y Severina seguía secándose. Sólo su mano seguía hinchada. Yo soy ignorante, señor, nunca fui a la escuela, pero me fui a Cuernavaca a buscar al doctor Adame, con domicilio en Aldana 17.

—Doctor, mi hija se está secando...

El doctor se vino conmigo al pueblo. Aquí guardo todavía sus recetas. Camila sacó unos papeles arrugados.

—¡Mamá! ¿Sabes quién le hinchó la mano a Severina? —me preguntó Aurelia.

—No, hija, ¿quién?

—Adrián, para quitarle el anillo.

¡Ah, el ingrato!, y en mis adentros veía que en las recetas del doctor Adame no la podían aliviar. Entonces, en la mañana, me fui a ver a Leonor, la tía del nombrado Adrián.

—Pasa, Camila.

Entré con precauciones: mirando para todos lados para ver si lo veía.

—Mira, Leonor, yo no sé quién es tu sobrino, ni qué lo trajo al pueblo, pero quiero que me devuelva el anillo que le quitó a mi hija, pues de él se vale para hacerle mal.

—¿Qué anillo?

—El anillo que yo le regalé a Severina. Adrián con sus propias manos se lo sacó en El Capricho y desde entonces ella está desconocida.

—No vengas a ofender, Camila. Adrián no es hijo de bruja.

—Leonor, dile que me devuelva el anillo por el bien de él y de toda su familia.

—¡Yo no puedo decirle nada! Ni me gusta que ofendan a mi sangre bajo mi techo.

Me fui de allí y toda la noche velé a mi niña. Ya sabe, señor, que lo único que la gente regala es el mal. Esta noche Severina empezó a hablar el idioma de los malditos.

¡Ay, Jesús bendito, no permitas que mi hija muera endemoniada! Y me puse a rezar una Magnífica. Mi comadre Gabriel, aquí presente, me dijo: “Vamos por Fulgencia, para que le saque el mal del pecho.” Dejamos a la niña en compañía de su padre y sus hermanos y nos fuimos por Fulgencia. Luego, toda la noche Fulgencia curó a la niña, cubierta con una sábana.

—Después de que cante el primer gallo, le habré sacado el mal —dijo.

Y así fue señor, de repente Severina se sentó en la cama y gritó: “¡Ayúdame mamacita!” Y echó por la boca un animal tan grande como mi mano. El animal traía entre sus patas pedacitos de su corazón. Porque mi niña tenía al animal amarrado a su corazón... Entonces cantó el primer gallo.

—Mira —me dijo Fulgencia— ahora que te devuelvan el anillo, porque de los tres meses habrán crecido las crías.

Apenas amaneció, me fui a las cercas a buscar al ingrato. Allí lo esperé. Lo vi venir, no venía silbando, con un pie venía trayendo a golpecitos una piedra. Traía los ojos bajos y las manos en los bolsillos.

—Mira, Adrián el desconocido, no sabemos de dónde vienes, ni quiénes fueron tus padres, y sin embargo te hemos recibido aquí con cortesía. Tú en cambio andas dañando a las jóvenes. Yo soy la madre de Severina y te pido que me devuelvas el anillo con el que le haces el mal.

—¿Qué anillo? —me dijo ladeando la cabeza. Y vi que sus ojos brillaban con gusto.

—El que le quitaste a mi hijita en El Capricho.

—¿Quién lo dijo? —y se ladeó el sombrero.

—Lo dijo Aurelia.

—¿Acaso lo ha dicho la propia Severina?

—¡Cómo lo ha de decir si está dañada!

—¡Humm...! Pues cuántas cosas se dicen en este pueblo. ¡Y quién lo dijera con tan bonitas mañanas!

—Entonces ¿no me lo vas a dar?

—¿Y quién lo dijo que lo tengo?

—Yo te voy a hacer el mal a ti y a toda tu familia —le prometí.

Lo dejé en las cercas y me volví a mi casa. Me encontré a Severina sentadita en el corral, al rayo del sol. Pasaron los días y la niña se empezó a mejorar. Yo andaba trabajando en el campo y Fulgencia venía para cuidarla.

—¿Ya te dieron el anillo?

—No.

—Las crías están creciendo.

Seis veces fui a ver al ingrato Adrián a rogarle que me devolviera el anillo. Y seis veces se recargó contra las cercas y me lo negó gustoso.

—Mamá, dice Adrián que aunque quisiera no podría devolver el anillo, porque lo machacó con una piedra y lo tiró a una barranca. Fue una noche que andaba borracho y no se acuerda de cuál barranca fue.

—Dile que me diga cuál barranca es para ir a buscarlo.

—No se acuerda... —me repitió mi hija Aurelia y se me quedó mirando con la primera tristeza de su vida. Me salí de mi casa y me fui a buscar a Adrián.

—Mira, desconocido, acuérdate de la barranca en la que tiraste el anillo.

—¿Qué barranca?

—En la que tiraste el anillo.

—¿Qué anillo?

—¿No te quieres acordar?

—De lo único que me quiero acordar es que de aquí a catorce días me caso con mi prima Inés.

—¿La hija de tu tía Leonor?

—Sí, con esa joven.

—Es muy nueva la noticia.

—Tan nueva de esta mañana...

—Antes me vas a dar el anillo de mi hija Severina. Los tres meses ya se están cumpliendo.

Adrián se me quedó mirando, como si me mirara de muy lejos, se recargó en la cerca y adelantó un pie.

—Eso sí que no se va a poder...

Y allí se quedó, mirando al suelo. Cuando llegué a mi casa, Severina se había tendido en su camita. Aurelia me dijo que no podía caminar. Mandé traer a Fulgencia. Al llegar nos contó que la boda de Inés y de Adrián era para un domingo y que ya habían invitado a las familias. Luego miró a Severina con mucha tristeza.

—Tu hija no tiene cura. Tres veces le sacaremos el mal y tres veces dejará crías. No cuentas más con ella.

Mi hija empezó a hablar el idioma desconocido y sus ojos se clavaron en el techo. Así estuvo varios días y varias noches. Fulgencia no podía sacarle el mal, hasta que llegara

a su cabal tamaño. ¿Y quién nos dice, señor, que anoche se nos pone tan malísima? Fulgencia le sacó al segundo animal con pedazos muy grandes de su corazón, pero bastante grande para que el tercer animal se prenda de él. Esta mañana mi niña estaba como muerta y yo oí que repicaban las campanas.

—¿Qué es ese ruido, mamá?

—Campanas, hija...

—Se está casando Adrián —le dijo Aurelia.

Y yo, señor, me acordé del ingrato y del festín que estaba viviendo mientras mi hija moría.

—Ahora vengo —dije.

Y me fui cruzando el pueblo y llegué a casa de Leonor.

—Pasa, Camila.

Había mucha gente y muchas cazuelas de mole y botellas de refrescos. Entré mirando por todas partes, para ver si lo veía. Allí estaba con la boca risueña y los ojos serios. También estaba Inés, bien risueña, y allí estaban sus tíos y sus primos los Cadena, bien risueños.

—Adrián, Severina ya no es de este mundo. No sé si le quede un pie de tierra para retoñar. Dime en que barranca tiraste el anillo que la está matando.

Adrián se sobresaltó y luego le vi el rencor en los ojos.

—Yo no conozco barrancas. Las plantas se secan por mucho sol y falta de riego. Y las muchachas por estar hechas para alguien y quedarse sin nadie...

Todos oímos el silbar de sus palabras enojadas.

—Severina se está secando, porque fue hecha para alguien que no fuiste tú. Por eso le has hecho el maleficio. ¡Hechicero de mujeres!

—Doña Camila, no es usted la que sabe para quién está hecha su hijita Severina.

Se echó para atrás y me miró con los ojos encendidos. No parecía el novio de este domingo: no le quedó la menor huella del gozo, ni el recuerdo de la risa.

—El mal está hecho. Ya es tarde para el remedio.

Así dijo el desconocido de Ometepe y se fue haciendo para atrás, mirándome con más enojo. Yo me fui hacia él, como si me llevaran sus ojos. “Se va a desaparecer”, me fui diciendo, mientras caminaba hacia delante y él avanzaba para atrás, cada vez más enojado. Así salimos hasta la calle, porque él me seguía llevando, con las llamas de sus ojos. “Va a mi casa a matar a Severina”, le leí el pensamiento, señor, porque para allá se encaminaba, de espaldas, buscando el camino con sus talones. Le vi su camisa blanca, llameante, y luego, cuando torció la esquina de mi casa, se la vi bien roja. No sé cómo, señor, alcancé a darle en el corazón, antes de que acabara con mi hijita Severina...

Camila guardó silencio. El hombre de la comisaría la miró aburrido. La joven que tomaba las declaraciones en taquigrafía detuvo el lápiz. Sentados en unas sillas de tule, los deudos y la viuda de Adrián Cadena bajaron la cabeza. Inés tenía sangre en el pecho y los ojos secos.

Gabino movió la cabeza apoyando las palabras de su mujer.

—Firme aquí, señora, y despídase de su marido porque la vamos a encerrar.

—Yo no sé firmar.

Los deudos de Adrián Cadena se volvieron a la puerta por la que acababa de aparecer Severina. Venía pálida y con las trenzas deshechas.

—¿Por qué lo mató, mamá...? Yo le rogué que no se casara con su prima Inés. Ahora el día que yo muera, me voy a topar con su enojo por haberlo separado de ella...

Severina se tapó la cara con las manos y Camila no pudo decir nada. La sorpresa la dejó muda mucho tiempo.

—¡Mamá, me dejó usted el camino solo...!

Severina miró a los presentes. Sus ojos cayeron sobre Inés, ésta se llevó la mano al pecho y sobre su vestido de linón rosa acarició la sangre seca de Adrián Cadena.

—Mucho lloró la noche en que Fulgencia te sacó a su niño. Después, de sentimiento quiso casarse conmigo. Era huérfano y yo era su prima. Era muy desconocido en sus amores y en sus maneras... —dijo Inés bajando los ojos, mientras su mano acariciaba la sangre de Adrián Cadena.

Al rato le entregaron la camisa rosa de su joven marido: cosido en el lugar del corazón había una alianza, como una serpentita de oro y en ella grabadas las palabras: “Adrián y Severina gloriosos”.

## Perfecto Luna

Tal vez serían las once y media de la noche, cuando Perfecto Luna pasó las últimas casas del pueblo. A esas horas ya todos dormían y nadie notó su paso. Todo gracias a Dios había sido muy simple: levantar las trancas de la puerta del almacén, husmear por la rendija y salir a la calle oscura. “Con tal de que no roben y que luego digan: mire al cabrón de Perfecto, se pasó a robar todo lo que había en la tienda.” Pero ¿qué otra cosa podía haber hecho? ¡No quería entregar su vida a un caprichoso! Sobre todo después de haber visto que en el otro mundo no había sino chiflones de aire frío. Ahora no le quedaba sino huir, borrar sus huellas abandonadas en el pueblo y en los caminos, tirar su nombre y buscar otro. No dejar rastro de Perfecto Luna. Pero ¿qué nombre? No era tan fácil dejar de ser él mismo. Desde chico así lo nombraban y él había sido siempre Perfecto Luna, el albañil, el peón, el muchacho que servía para todo, porque así lo había enseñado su patrón. Ahora tenía que olvidarse de lo que sabía y volver a empezar para ser otro. Le dio tristeza de sí mismo: ¡tan servicial y tan alegre como había sido! Pero así es la vida: a cada uno su mala o buena suerte. Recordó los nombres de sus amigos. Crisóforo Flores: ni modo de llamarse así, era robar el ánimo de su amigo y, sin embargo, tal vez tendría que hacerlo. Crisóforo andaba siempre tan confiado, tan alegre, tan quitado de penas. Andaba como él había andado antes; Domingo Ibáñez era arriesgado, porque ése tenía las noches tristes. Justo Montiel, tampoco, no fuera que le diera por matar a los amigos.

Se saltó de la vereda para agarrar a campo traviesa el rumbo de Actipan. Así, cuando todos lo buscaran por San Pedro, él andaría muy tranquilo por Acatepec. Le gustaba el mercado de Acatepec. Apenas llegara se iba a comprar su buen pañuelo de seda y comenzaría a buscar trabajo. Al fin, él para todo servía. Tardaría toda la noche en cruzar la huizachera, pero iba más seguro. ¿Quién iba a encontrar sus huellas entre aquellas matas? Apresuró el paso y se tropezó con una piedra. “¡Ora sí, Perfecto Luna, ya te desgraciaste un dedo!”, se dijo en voz alta para espantar aquel silencio redondo que en ese momento lo rodeó. Era mejor no mirar, el campo se había vuelto enorme. Empezaba a suceder lo que sucedía todas las noches desde hacía cinco meses: el silencio crecía de tal manera que era inútil tratar de decir cualquier palabra; allí nunca, a través de todos los siglos, había caído un ruido. Acababa de decir: “Ora sí, Perfecto Luna, ya te desgraciaste un dedo” y no lo había dicho. Las palabras habían salido en silencio y se le habían quedado prendidas en la punta de la lengua. Tenía que irse lejos de Amate Redondo y lejos de Perfecto Luna, porque era a Perfecto Luna al que querían; por eso lo habían metido en aquellas noches redondas que duraban más que el día. Apretó el paso otra vez. Las capas de aire se separaron; su nariz quedó en el espacio vacío entre dos de ellas y casi no podía respirar. En cambio, a la altura de sus ojos y de sus cabellos el aire soplaba sin soplar, levantándole los pelos y enfriándoselos, hasta sentir que miles y miles de hielitos le perforaban la cabeza. ¿Cuándo acabaría de salir de esos lugares extraños? “Seré Crisóforo Flores, no andaré por estos parajes y volveré a gozar con mis amigos.”

Adelante de él vio a un hombre que, agachado, buscaba algo entre los huizaches. Estaba muy inclinado sobre el suelo, tratando de ver en la oscuridad. Le dio gusto encontrarse con alguien en aquellas soledades. El hombre estaba allí, a dos pasos, impidiendo el camino. Por cortesía le dio las buenas noches.

—Buenas noches —contestó el desconocido sin abandonar su búsqueda.

—¿Busca algo? —dijo Perfecto Luna amablemente, pensando que así lo diría Crisóforo Flores.

—Sí —contestó el desconocido con voz quejumbrosa—. Y no lo hallo...

—¿Puedo ayudarlo, señor? —preguntó Perfecto Luna, sintiéndose cada vez más Crisóforo Flores.

—Si fuera tan amable... —respondió el otro con voz débil.

Perfecto Luna se agachó a buscar aquel objeto perdido. De seguro era dinero, sólo que el ladino no se lo quería decir, por temor a que lo robara. Apenas veía entre las sombras y las piedras. Miró con curiosidad las piernas del desconocido; le pareció que llevaba huaraches y una tilma roja. Parecía moverse con dificultad, como si estuviera ciego. Tentaleaba trabajosamente, agarrándose a las piedras y a las matas.

—¡Ay, señor! —dijo Perfecto Luna, sintiendo que de nuevo las palabras apenas le salían de la boca. El hombre no le hizo caso. Y siguió buscando, removiendo las piedras.

Perfecto Luna se sentó en el suelo descorazonado.

—¡Ay, señor, a mí me han pasado cosas! —continuó, olvidándose de ser Crisóforo Flores—. ¡Mire cómo me he quedado, en los puros huesos!

La confesión no conmovió al desconocido, ni lo hizo cambiar de actitud.

—¡Usted sabe que yo fui Perfecto Luna hasta esta noche!

—¡Caray, ya me canso de buscar y buscar! —se quejó el desconocido.

—Ahorita le ayudo —ofreció Perfecto acordándose que debía ser el alegre Crisóforo. Y con energía se entregó otra vez a la búsqueda. El desconocido estaba ahora lejos, apenas veía su bulto blanco y rojo buscando entre los huizaches. Se sintió tranquilo en su compañía. Pensó: “Ésta será la última noche desgraciada; desde mañana, cuando yo sea Crisóforo Flores, nadie nunca más se acordará del que fui”.

—¡Señor! —gritó con optimismo y sintiéndose ya en el otro día—. ¿Usted cree en los muertos?

—¿En los muertos? —preguntó el otro sorprendido. Su voz le llegó desde muy abajo.

—Sí, señor, pero no en los muertos de cuerpo presente, sino en los otros...

—¿En los otros? —volvió a preguntar el desconocido deteniéndose en su búsqueda.

—Sí, en los otros —contestó con aplomo Perfecto, cada vez más Crisóforo Flores—. ¡Figúrese usted, yo fui Perfecto Luna y tuve que dejar de serlo, por causa de un difunto!

—¡Ah! —contestó el desconocido.

—¿Pasó usted por Amate Redondo? De seguro conoció a don Celso, el dueño del almacén. Yo le debo a él todo lo que fui. Él me enseñó a trabajar mientras fui Perfecto Luna. Andaba yo en los cinco años, cuando ya le hacía los mandados. Con él me crié, porque fui huérfano de nacimiento. “¡Ándale, Perfecto, mira cómo se cepilla la madera! ¡Aquí quédate, Perfecto! ¡Ya sabes cuánto cuesta un cuartillo de maíz, aquí lo marcas en la registradora!” Porque sólo don Celso tiene registradora en Amate Redondo. Es el único que lo ha trabajado, aunque digan que se roba los gramos en los kilos. Y así viví, trabajando, hasta que don Celso quiso hacer las mentadas accesorias.

Perfecto Luna guardó silencio. Recordó que hasta ese día había sido muy confiado. Don Celso le encargó que demoliera las casuchas que estaban detrás del almacén para construir unas viviendas como las de México. Se volvió otra vez con el azadón en la mano, tirando aquellos jacales. ¿Cuánto tiempo tardaría en hacer aquel trabajo? Vamos a decir un

mes; y al cabo de ese mes todo quedó rasito y limpio. Hasta ese día también había sido alegre. ¿Qué le faltaba? Nada. Tenía buen trato y la estimación de sus amigos. Nadie le deseaba un mal. Fue un día cuatro de abril, cuando don Celso le dijo: “Abre las zanjas para echar los cimientos”. Como a las doce del día, mientras ahondaba en la zanja, encontró al muerto. Era un muerto viejo porque no quedaban de él sino los puros huesos. Le pareció volver a verlo, relumbrando al sol, con los brazos puestos sobre las costillas. “Habrá tenido, de seguro, una muerte mala, porque no tiene cabeza. ¿Quién lo mataría? ¿Dónde andará su cabeza?”

—¡Fíjese, señor, le faltaba la cabeza, seguro alguien lo degolló!

El desconocido no dijo una palabra.

—Lo malo, señor, es que cuando yo fui Perfecto Luna me gustaba ser maldoso. “¡Perfecto!, me gritó la señora de don Celso, ven a comer.” Puse mi cobija en el hoyo del difunto y me fui a comer. Me acuerdo que mientras echaban las tortillas, yo en mis adentros me andaba riendo.

—¿De qué te ríes? —me preguntaron.

—Sólo yo lo sé.

Y sólo yo lo sabía. Después de comer envolví los huesitos en mi cobija y me los llevé a mi cuarto. “¡Vas a ver, muerto cabrón!” le dije. Llegó el día en que me vi haciendo los adobes... y Perfecto se volvió a ver revolviendo el lodo con las hierbas secas y silbando.

—¡Miren a éste, que gusto trae, ojalá y así trabajaran todos! —decía don Celso. Y era verdad, porque mientras fui Perfecto Luna cualquier cosa me gustaba y todo me ponía contento. Me acuerdo que estaba yo envolviendo mi cigarro de hoja, cuando se me vino la idea al pensamiento. Me fui hasta mi cuarto, saqué el hueso del dedo de un pie y lo enterré en un adobe que había yo puesto a secar al sol. “Ya que te hicieron el favor de enterrarte separado, yo te lo voy a hacer completo”, le dije. Le puse una marca al adobe, para saber que allí estaba un pedazo de su tumba. Luego me traje una costilla y la metí en otro adobe con su señal. Y así hasta que me acabé los huesitos.

—Oiga, don Celso, ¿qué le pasa a un muerto despedazado?

—Pues se vuelve loco, muchacho, buscando sus pedacitos.

—¡Ja, ja, ja! —y me fui muy contento a ver mis tumbitas—. ¡Lo que es ser muchacho y ser alegre, señor! —dijo Perfecto Luna sentándose de nuevo en el suelo y buscando con los ojos al otro, que indiferente seguía por allí sin hacerle caso. Con tristeza pensó que a nadie le importaba que él, Perfecto Luna, hubiera sido alegre, y que por causa de su alegría tuviera que dejar de ser él mismo. Recordó cómo empezó a construir las viviendas: cuidadosamente repartió los adobes con los huesos en los muros de las viviendas; no quedó ni un lugar de la vecindad en donde no estuviera enterrado “el sin cabeza”. Y él, gozoso, seguía abriendo ventanas, techando, haciendo puertas, mientras silbaba y se reía a solas.

—¡Mira, Perfecto, quedaron bonitas, ponles su lambrín azul!

—Yo eché el azul más vivo, señor, para alegrar el sepulcro encalado.

Y se volvió a reír a pesar suyo. “Ojalá y se vengan a vivir los Juárez, y que en la noche ‘el sin cabeza’ les jale las patas”, pensaba. Cuando las viviendas estuvieron terminadas, don Celso le encargó que las cuidara, no fuera a ser que los mocosos se metiera y rayaran las paredes. Olía a nuevo: a cal y a mezcla. Las paredes y los ladrillos del suelo todavía estaban húmedos; en todos los cuartos había presencia de lo limpio, lo no tocado por el hombre. Perfecto Luna tomó sus camisas, su petate y su cobija y se instaló en uno de

los cuartos. Estaba cansado; se quitó los huaraches, se tendió en su petate y por la ventana miró la noche. El cielo estaba tranquilo y claro y desde donde estaba veía dos estrellas brillantes. Entrecerró los ojos. “¡Quién le hubiera dicho que él solito iba a hacer todo aquel trabajo!” Abrió los ojos y miró regocijado su obra: recorrió el techo, las paredes, la puerta y llegó otra vez hasta la ventana. Abajo de ella, una saliente pequeña marcaba una de las tumbas del “sin cabeza”. Se echó a reír y se le cuajó la risa. Los labios se le quedaron tiesos, y el cuarto se volvió tan oscuro que perdió la vista a la ventana. “¿Quién oscureció la noche?” Buscó a tientas la vela que había dejado junto al petate. Estiró el brazo y sintió que se le había hecho muy corto; en cambio el cuarto había crecido enormemente y la vela estaba lejos, fuera de su alcance. Se resignó a la oscuridad. Abrió mucho los ojos tratando de ver algo, pero la sombra se hacía cada vez más y más densa. “Creo que aquí espantan.” Se quedó quieto. De pronto vio brillar la marca que él había puesto en el adobe. “¡Es el sin cabeza!” Su corazón empezó a golpear con tal fuerza que le pareció que iba dentro de un río muy crecido. Sintió que se quedaba sordo. No le quedaba sino esperar a que amaneciera. Pero la noche se alargó en muchas noches. Cuando rayó el día, vio que su petate estaba húmedo de sudor.

—¿Qué te pasa, Perfecto? Andas muy desencajado.

No supo qué contestar. Apenas si probó su café, pensando que tenía que oscurecer. Con tristeza se sentó en el patio de las accesorias a ver cómo pegaba el sol en los tejados.

—Ya se está acabando el día... —dijo con pesadumbre. Cambió su petate y sus tiliches al segundo cuarto. Volvió la noche y él se acostó sin querer mirar por la ventana.

“Ahora no voy a mirar la noche.” Y apretó bien los ojos. Un ruido de alas recorría las paredes. Las alas giraban al tiempo que subían y bajaban por los muros. Pasaron sobre su frente y sobre su cuerpo. Se fue quedando helado. ¿Cuál sería el maldito hueso que hacía aquel ruido que no se oía? Y esa noche duró más que la anterior. Quería pensar cómo contentar al difunto pero las alas corrían a tal velocidad que no le permitían formular su pensamiento. Al amanecer, sus rodillas estaban adoloridas y apenas si pudo levantarse.

—Agarraste frío, Perfecto —le dijeron.

Y él no pudo contar lo que le había sucedido aquella noche inmensa con aquellas alas frías. Se puso al sol, pero las rodillas seguían duras y heladas. No tuvo tiempo de calentarse, porque ese día el sol duró muy poco. Le pareció que apenas acababa de cantar el gallo del amanecer, cuando oyó a las gallinas acomodarse en sus palos para dormir. Completamente desesperanzado trasladó su petate, su cobija y su vela al tercer cuarto.

—¡Muerto maldito, quédate sosiego y no me quites la paz, que yo nunca le hice daño a nadie!

Se enrolló en su tilma para no pasar los fríos y cerró los ojos para no ver las sombras que lo envolvían. De una esquina del cuarto se desprendió un remolino de viento; zumbaba con gran violencia y se le vino a pegar al oído izquierdo. Por allí entró a gran velocidad, aturdiéndolo.

“—Dime, ingrato difunto, ¿qué quieres que haga por ti?”, hubiera querido decir, pero las palabras se le quedaron embarradas en la lengua. Luego se la vendaron, como vendaron la pierna de Anselmo cuando le dieron de navajazos. Inmóvil, con la lengua ligada, sufrió aquel remolino que le acalambra el cuerpo.

—Ya amaneció... —dijo con dificultad, cuando entró a la cocina a que le dieran café caliente.

—¿Qué te pasa, muchacho? ¿Por qué hablas así? Parece que tienes la lengua amarrada.

Y Perfecto Luna agachó la cabeza y pensó que también ese día se iba a acabar muy pronto.

—Don Celso, ¿me deja dormir con Alambritos?

—A poco, muchacho, ¿para qué lo quieres? ¿Te anda buscando el miedo?

Apenas acababa de agarrar a Alambritos, cuando ya había caído la noche. Amarró al perro con un mecate largo a la aldaba de la puerta del cuarto siguiente, y se tendió en el petate. ¡Se estaba quedando flaco y se le había muerto la risa! La oscuridad empezó a bajar del techo como una espesa nube negra que lo quería aplastar. “¿Qué quieres que haga por ti, difunto? No puedo deshacer las accesorias, para juntar de nuevo tus huesos.” Acababa de pensar eso, cuando vio que Alambritos se venía arrastrando por el suelo, pegado al piso como una calcomanía, y se quedaba junto a él. Alambritos empezó a aullar desde su nueva forma aplastada y plana como una hojita de papel. “Es cierto que andas aquí”, pensó Perfecto Luna. “¿Qué quieres? Yo te lo doy para que te vayas.” En ese momento la capa de sombras cayó sobre él como una cobija pesada y lo dejó sin pensamiento. ¡Lo quería a él! Toda la noche estuvo allí debajo de aquella cobija negra.

—¡Mira, muchacho, tienes las narices aplastadas! —le dijeron al verlo salir del cuarto. Las piernas apenas le sostenían.

—Don Celso, ¿cuánto dura una noche?

—Lo mismo que todas las noches.

Ya los días apenas eran una raya de luz entre dos inmensas noches. No tenía tiempo ni de ponerse y quitarse los huaraches. La ropa se le empezó a hacer vieja en el cuerpo. ¡Qué esperanzas que pudiera ir a recortarse los bigotes o el pelo! ¡Si apenas amanecía, ahí estaba ya la noche! No tenía tiempo ni de comer y se fue quedando en los puros huesos. Recorrió la fila de cuartos hasta que los acabó y en todos halló la presencia del difunto, que lo quería sacar de su pellejo. Desde lejos, arrinconado en el patio de las accesorias, oía a Crisóforo tocar la armónica y cantar con los amigos. De seguro estaban en la cantina. Eso lo sumía más en la tristeza, pues era el anuncio de que la noche estaba ahí esperándolo.

—¿Qué te pasa, muchacho? Si sigues así, no vas a tardar en entregar tu alma.

—¡Don Celso, déjeme que duerma en el almacén!

Así “el sin cabeza” vagaría furioso por todos los cuartos, sin hallarlo, pues él estaría durmiendo entre los manojos de canela y los costales de maíz.

—Ándale, pero si es por miedo, allí no lo vas a perder.

Cambió su petate al almacén. Parecía que esa noche llegaba más tranquila. El almacén estaba animado: los clientes bebían su última copa de tequila; don Celso echaba sus cuentas; olía a alcohol y a especias. Se sintió aliviado. Dieron las diez y Crisóforo Flores, su amigo, se echó el último trago.

—Ahí te veo mañana, si amaneces, porque se te está poniendo cara de difunto... —y se fue muy tranquilo con su sombrero ladeado.

Don Celso le dio las buenas noches. Perfecto Luna cerró las puertas del almacén, vio que estaban muy sebosas, luego echó la tranca transversal que iba de muro a muro, se tendió en el mostrador y dejó la lámpara de gasolina ardiendo. Con la luz “el sin cabeza” no se atrevería. Aspiró con deleite el olor de la manteca, revuelto con el del polvo de los frijoles, se sintió seguro y se estiró. En la trastienda se produjo un ruido. Buscó la vela y los cerillos, pero los tenía en la bolsa de su camisa de manta. El ruido aumentó. Era más prudente no ir a ver qué sucedía. Un ruido semejante acompañó al primero: algo caía, caía sin cesar, silbando dulcemente. Era como si dos costales de maíz dejaran escapar el grano por un agujero.

—¡Ora sí, el canijo está destripando los costales!

Los silbidos se multiplicaron. Todos los costales se vaciaban a gran velocidad. La trastienda se iba llenando de maíz, estaba seguro de eso. Con precaución miró hacia allí: la puerta colmada de granos se desbordaba y el maíz avanzaba por la tienda. Asombrado miró a su derredor. Estaba entre costales. Arriba de la puerta de salida había tableros cargados de sacos de ayate. En ese momento se abrió el primer costal y los granos cayeron sordos, en un chorro dorado, sobre el suelo. Luego se agujereó el segundo costal, luego el tercero, luego el cuarto, luego la tienda entera llovía maíz de todas sus paredes. El lugar del mostrador se fue estrechando. Vio que la puerta de la calle que antes había atrancado cuidadosamente estaba siendo bloqueada, pues los costales de arriba también estaban agujereados. Se levantó como pudo y a zancadas, enterrándose en el grano hasta los muslos, llegó a la puerta. Con dificultad levantó la tranca y logró, haciendo un esfuerzo, abrir una rendija, husmear la noche y salir a la calle.

—A estas horas, señor, estaría allí sepultado en el maíz, y “el maldito sin cabeza” me tendría cogido de los pelos para toda la eternidad. Pero me le fui. Y me le fui no solamente de Amate Redondo sino de Perfecto Luna, porque cuando lo busque ya no lo va a hallar. Ahora soy Crisóforo Flores. ¡Lo que es tener un poco de presencia de ánimo! ¿Verdad, señor? Por eso le preguntaba si creía usted en los muertos, porque antes del “sin cabeza” tampoco yo creía.

—¡Ah! —contestó el desconocido desde muy abajo. Y con dificultad se fue enderezando.

—Le voy a ayudar a buscar. ya que le conté la triste historia del que fue Perfecto Luna.

—¡Ya no! —contestó el desconocido de pie junto al narrador. Éste apenas tuvo tiempo para ver el rostro sin rostro de su nuevo amigo: el cuerpo del desconocido terminaba sobre los hombros.

—¡Se endemonió! —dijo don Celso al día siguiente—. Me soltó todo el maíz y murió en medio de la huizachera. ¡Caray! ¡Y parecía tan buen muchacho el tal Perfecto Luna!

## El árbol

El sábado a las tres de la tarde salió Gabina. Era su día libre y no volvería sino hasta el domingo por la mañana. Marta la vio irse y, sola, se recogió en su habitación. Miró los frascos de perfume y las porcelanas intactas sobre el tocador. Su casa de alfombras y cortinajes espesos la aislaba de los ruidos y las luces callejeras; le pesó su silencio y lo sintió como abandono. Había camas intactas, algunas ventanas ya no se abrían nunca y a las únicas ceremonias a las que asistía eran ceremonias de adiós: entierros y casamientos. Un timbrazo en la puerta de entrada la sacó de sus cavilaciones. Cautelosa, cruzó la casa y se acercó a la puerta.

—¿Quién? —preguntó, antes de decidirse a abrir.

—Soy yo, Martita —dijo una voz infantil desde el otro lado de las maderas.

—¿Luisa...?

Marta abrió la puerta para dejar entrar a la india. El bulto sombrío y renegrido de la mujer se coló veloz hasta el salón; entró como una centella, esquivando los muebles y mirando de reojo a Marta. En la penumbra provocada por las sedas de las cortinas apenas se distinguía su cara angulosa. Se dejó caer en un sillón y esperó. Un olor nauseabundo escapaba de su persona. Marta miró sus pies renegridos, descalzos y gastados de tanto caminar.

—¿Qué sucede, Luisa? ¿Qué la trajo a México?

Luisa se irguió de un salto, se levantó las enaguas y mostró un moretón enorme en la ingle descarnada; después, convulsa, señaló su nariz amoratada y la oreja por la que escurría un hilo de sangre negra y a medio coagular.

—¡Julián!

—¿Julián?

—¡Sí!. Julián me pegó.

—¡Eso no es cierto, Julián es muy bueno! —y Marta recordó las palabras de Gabina: “Al hombre bueno le toca mujer perra”. Luisa era una perra, perseguía a su marido hasta volverlo loco. La india la miró a los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho.

—¡Siempre me ha golpeado, Martita!... ¡Siempre!

Su voz chillaba como la de una rata. Marta tuvo la certeza de que calumniaba a su marido. Hacía muchos años que conocía a la pareja. La veía siempre que iba a su casa de campo, en el pueblo de Ometepec. Al conocerlos, pensó que Luisa era una mujer-niño; no fue sino mucho después cuando notó que sus risas y su conducta no sólo eran extrañas sino malvadas. Le perdió el afecto y no desaprovechó ninguna ocasión para tratarla con dureza. Le indignaba esa mujer que seguía a su marido con una tenacidad estúpida. No lo dejaba solo ni a sol ni a sombra; adonde él iba, iba ella, sonriente y maligna. A Julián todos lo querían; en cambio, nadie solicitaba la presencia de Luisa. Él la soportaba con resignación. La india se echó a reír y miró maliciosa a Marta, como si adivinara lo que estaba pensando.

—¡No se ría! —ordenó Marta con sequedad.

—Julián es malo, Martita, ¡muy malo!

—¡Cállese ya, no diga más tonterías!

Hubiera querido decirle que ella era odiosa y que si Julián le había pegado se lo merecía, pero se contuvo.

—¡Es malo, me hace llorar!

—Mire, Luisa usted es de risa y de lágrima fácil. ¿Y sabe lo que le digo? Que si Julián le pegó se lo merece.

—No, no lo merezco. Él es malo, muy malo...

Insistía en acusarlo. Su miseria producía náuseas. Su olor se extendió por el salón, invadió los muebles, se deslizó por las sedas de las cortinas. “Basta con olerla para que esté uno castigado”, había dicho Gabina, y era verdad. Marta la miró con asco. Luisa se levantó de un salto y, como era su costumbre, empezó a cubrirla de besos. Luego se detuvo y se volvió al sofá. Marta vio que le corrían unas lágrimas escuálidas por las mejillas, pero no sintió compasión alguna. La india se limpió las lágrimas con su dedo sucio, se cruzó de brazos como un monito, la miró desconfiada y agregó:

—Siempre me pega, siempre. Es malo, muy malo, Martita.

Las dos mujeres guardaron silencio y se miraron enemigas. Marta se volvió a un espejo para observar sus cabellos bien peinados. Estaba turbada por la repugnancia que le inspiraba la india. “¡Dios mío! ¿Cómo permites que el ser humano adopte semejantes actitudes y formas?” El espejo le devolvía la imagen de una señora vestida de negro y adornada con perlas rosadas. Sintió vergüenza frente a esa infeliz, aturdida por la desdicha, devorada por la miseria de los siglos. “¿Es posible que sea un ser humano?” Muchos de sus familiares y amigos sostenían que los indios estaban más cerca del animal que del hombre, y tenían razón. Sus náuseas aumentaron. ¿Por qué tenía que oír a esa mujer? Ya era tarde, estaba en su salón y no tenía valor para echarla a la calle. La sintió llorar a sus espaldas. Le daría algo de comer, ya que no podía darle afecto. No era posible dejarla sentada en el sofá con toda su miseria, su desamparo y su fealdad a costas.

—Luisa, ¿quiere comer?

—Usted no se moleste, Martita, que me dé algo Gabina.

—No está, es su día libre.

—Entonces no se moleste, Martita.

Sin oírla, Marta se dirigió a la cocina. Luisa la siguió, se sentó junto a la ventana y esperó. Con la luz de la tarde sobre la cara su aspecto se volvía más horrible: tenía la cara como una fruta pisoteada; la sangre seca, revuelta con la sangre que le manaba del oído, le untaba las greñas negras. Su olor invadió las ollas de aluminio, el fregadero, las sillas azules, los rincones. Marta le sirvió un café caliente, unos pedazos de pollo y unos panes. Luego se acercó a la puerta para escapar al olor que empezaba a marearla. La miró con ira y la india se encogió en la silla y se echó a llorar.

—¡Dejé a mis hijos!...

—¡Perra! ¿Cómo se atreve a hablarme de sus hijos? ¡Pobres niños!, siempre llorando: “Mamá, deje a mi padre, quédese en la casa...” ¿Y usted qué hace apenas nacidos? Se larga a la calle a perseguir a Julián. No me diga que llora por ellos.

—Sí, Martita, por ellos lloro.

—Pues sus lágrimas no me conmueven. ¿Por qué persigue a Julián? El pobre hombre se queja de que usted no lo deja solo ni para hacer sus necesidades.

Marta guardó silencio y miró a la india con enojo. La otra sonrió con suavidad.

—Allá no es como acá, Martita, allá vamos a la barranca.

—¿Qué tiene que ver la barranca con lo que le estoy diciendo?

Marta golpeó el suelo con el pie; la astucia de la india la hacía enrojecer de ira.

—La barranca está muy oscura, Martita, muy oscura...

La voz de Luisa sonó extraña en la cocina radiante. Marta guardó silencio y la miró

con atención. La mujer se echó a llorar y apartó el plato con brusquedad.

—Usted no sabe lo que es lo oscuro, Martita, acá hay mucha luz, pero allá está oscuro, muy oscuro... y lo oscuro es muy feo, Martita.

Parecía un animal acorralado. Marta sintió compasión por aquella criatura, pues lo único que ella era capaz de entender era el miedo.

—Sí, lo sé, Luisa. Póngase contenta, aquí hay mucha luz. Si quiere, quédese unos días conmigo. ¿A dónde va a ir? Nadie la quiere.

—Es cierto, Martita, nadie me quiere.

¿Quién podía querer a aquella mujer? Marta volvió a sentir la repugnancia de unos minutos antes. El olor invadía su casa, se le untaba a la nariz, volvía el aire pegajoso. Se fue a su cuarto a respirar el perfume encerrado en sus paredes. ¿Cómo decirle que se bañara? La casa entera se iba a contagiar de aquel olor de bilis, sangre y sudor viejos. Buscó en su armario y encontró algunas ropas muy usadas. Con ese pretexto le diría que se bañara y la vieja aceptaría gustosa la orden y el regalo. Volvió a la cocina y la encontró mirando el plato con fijeza.

—Luisa, ahora que acabe de comer, báñese. Tiene cara muy cansada.

Luisa se levantó de un salto y abrió los ojos. Se acercó a Marta y la cogió de la mano.

—¿Dónde, dónde, Martita?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde me baño, Martita?

—Espere, no corre prisa, cuando acabe de comer... Y mire, póngase esta ropa limpia...

—Gracias, Martita, gracias, Dios se lo pague. Yo traje mi ropita, la guardé conmigo, me salí de mi casa y me hallé sola en la mitad del mundo... no tenía a dónde ir. Iba yo caminando, caminando, y de repente, en medio del campo, se me apareció Martita y me dije: me voy con ella, ¡es tan buena!... Y así llegué hasta acá, con la cara de Martita enfrente de mí, conduciendo mis pasos...

Mientras hablaba, desató una de las puntas de su rebozo y sacó unas ropas viejas y limpias. Las agitó delante de Marta:

—Mire, ya no les queda color.

Marta disimuló las prendas que traía en las manos y no supo qué contestar.

—Mejor me baño ahora, Martita, así no le doy asco.

Al decir esta palabra se quedó mirando a Marta: parecía avergonzada y parecía también que quería avergonzarla.

—¿Asco?... ¡Luisa, por Dios, no digas eso!

—Sí lo digo, Martita, lo digo porque es cierto. ¿Dónde me baño?

Marta enrojeció. La india se había dado cuenta de su repugnancia.

—¿Dónde, dónde? —insistía con malignidad.

Marta cedió a la voz imperativa de Luisa y, dominada por ella, la llevó hasta la puerta del baño amarillo.

—Le voy a enseñar cómo se maneja la ducha...

—¡Yo sé, Martita, yo sé! —repuso Luisa, empujándola fuera del cuarto.

—¿Cómo lo va a saber? En su pueblo no hay baños...

Luisa cerró la puerta sin contestar.

—¡Vieja estúpida, se va a quemar! —gritó Marta con ira, mientras golpeaba la puerta con fuerza. Pero la india había echado la llave. Resignada, Marta se volvió a su

habitación. Había que esperar a que la mujer saliera del baño: rompería todo y se quemaría. Era una salvaje que desconocía los adelantos modernos. Luisa tardó tanto en bañarse que Marta se quedó dormida en un sillón. Desde el sueño oyó que alguien hablaba por teléfono.

—Martita está dormida en una silla...

Se levantó sobresaltada y se dirigió a la habitación vecina, donde encontró a Luisa hablando por teléfono. Al verla, la mujer colgó la bocina y la miró sonriente. Llevaba el pelo suelto y húmedo y un vestido limpio. El olor se había disipado.

—¡Qué latosa es usted! ¿Por qué cogió el teléfono si no sabe usarlo?

—¡Sí sé, Martita, sí sé!

Marta no quiso contradecirla. ¿Cómo iba a saberlo si en Ometepec no había siquiera luz eléctrica? Estaba chiflada. Había escuchado el timbre y llevada por la curiosidad cogió el aparato: al oír una voz lejana se puso a charlar con ella como una loca y ahora allí estaba, mirándola muy contenta, con el pelo suelto y los ojos llenos de malicia.

—Voy a acabar de cenar, Martita.

Ya era de noche y Luisa había encendido las luces de toda la casa. Marta miró la hora: eran las ocho. Se dirigió a la cocina para prepararse algo de cenar y encontró a Luisa llorando sobre su plato.

—¡Es malo, Martita, malo! —volvió a insistir.

—¡Cállese ya, la que está endemoniada es usted! —contestó Marta con violencia.

—¿Endemoniada, Martita?

—Sí, endemoniada. ¿Por qué persigue a Julián?

—No lo persigo, lo cuido porque es cobarde.

—¿Cobarde? Ahora calúmnielo. Lo que debería hacer Julián es lo que le aconsejan sus hijos: irse lejos y dejarla.

—¿Irse lejos? ¿Dejarme?

Los ojillos de Luisa la miraron fugaces desde una esquina. Parecía asustada y ya no estaba dispuesta a la calumnia.

—Sí, dejarla, porque usted está endemoniada.

—¿Endemoniada? ¡Si sólo dos veces lo vi!

—¿A quién?

—¡Al “Malo”, Martita!

Había visto dos veces al Demonio. Si le metía miedo con el “Malo”, la muerte y el más allá, tal vez se portaría mejor.

—¡Ah, con que ya lo vio dos veces! Pues cuídese, el día que se muera, el demonio la va a perseguir como usted persigue a Julián.

Luisa la miró con rencor. Se agazapó en su silla y retiró el plato. Marta la observó con el rabillo del ojo y al ver su mal humor, colocó su cena en una bandeja y se dispuso a salir. Quería dejarla sola para que reflexionara. El miedo la haría cambiar de conducta.

—Lo que se debe en esta vida se paga en la otra. De manera que piense en lo que le digo y cuando vuelva a su casa pórtese bien.

Pensó que se iba a echar a reír y se apresuró a llegar a la puerta. Luisa guardó silencio y le lanzó una mirada oscura. Marta, para disipar la mala impresión, agregó antes de salir:

—¡Sea buena!

Y a pesar suyo se echó a reír. Con los indios siempre se reía. Eran como ella, les gustaba reírse y cuando llegaba a Ometepec, la recibía un coro de risas que ella compartía.

—Ande usted, Martita —contestó Luisa sombría.

Marta siguió riendo en su cuarto. ¡Pobre vieja, qué susto le había dado! Era fácil manejar a los indios: bastaba nombrar al demonio para hacer con ellos cualquier cosa. Terminó de cenar y no tuvo ganas de volver a la cocina. De pronto, le pareció que había algo extraño en la mujer: su olor se había disipado y en su lugar un aire pesado había dejado inmóviles a las cortinas y a los muebles. En realidad no sabía cómo había tenido ganas de reír. No podía decir en qué residía la extrañeza de Luisa. La recordó arrinconada en la cocina, mirándola con sus ojillos tenaces. Durante años la había considerado la tonta del pueblo; cuando la reganaba, se reía y luego la besaba con tal ardor que parecía una loca. Muchas veces había sentido que sus regaños la llenaban de ira y que sus besos, en apariencia infantiles, venían cargados de odio. “Los locos son malos, creen que todos los persiguen y por eso persiguen a todos y Luisa está loca, señora”, le repetía Gabina, mientras le alcanzaba las sales del baño y las toallas perfumadas de romero. Y era verdad, Luisa tenía algo singular, sobre todo esa noche. Era como si todos sus años de desdicha empezaran a tomar forma y estuvieran encarnando en un ser de tinieblas. Marta se asustó de sus propios pensamientos y miró en derredor suyo para cerciorarse de que era el miedo lo que la hacía pensar extravagancias. El orden nítido de su cuarto la volvió a la tranquilidad. “Calumnia a su marido porque es muy desdichada; no me voy a dejar asustar por una simpleza.” Se interrumpió al oír unos pasos descalzos, apenas audibles, oprimiendo la alfombra del pasillo. Se quedó quieta. Luisa apareció en el marco de la puerta, pequeña y desmedrada, mostrando los dientes blanquísimos en una sonrisa ambigua.

—¡Martita!

—Sí, Luisa...

—La primera vez que vi al “Malo”, fue antes...

—¿Antes de qué, Luisa?

—Pues antes de que matara yo a la mujer.

Se produjo un silencio largo y asombroso. ¿Luisa había matado a una mujer? ¿Dónde, cuándo? ¿Y lo decía con esa tranquilidad y esa voz de niña? Sintió que tenía que contestar algo, para evitar que siguiera observándola con sus ojos intensos, mientras que de sus labios colgaba la misma sonrisa fija.

—¿Usted mató a una mujer?

—Sí, Martita, maté a la mujer.

—¡Ah qué Luisa, qué cosas dice!

Quería simular que le parecía natural que hubiera matado a la mujer. La india seguía observándola y riéndose en silencio, sólo con la mueca de la risa, como si estuviera ocupada en oír algo que Marta no escuchaba.

—Martita, estoy oyendo sus pensamientos... —dijo con su mismo sonsonete infantil. Y avanzó veloz hasta ella y sin ruido se sentó a sus pies sobre la alfombra.

—El miedo es muy ruidoso, Martita —agregó. Y luego guardó silencio. Las dos mujeres supieron que estaban frente a frente, en una casa sola, aisladas del mundo por unos muros tapizados de seda y unas alfombras que apagaban cualquier ruido.

—La primera vez que vi al “Malo” fue antes de casarme con mi primer marido.

¡Había tenido otro marido! Marta descubrió que no sabía nada de la mujer que estaba sentada a sus pies.

—Cuando lo vi, estaba en el corral de mi casa. Era un charro que respiraba lumbre; no tenía botas sino cascos de caballo y al caminar sacaban lumbre. Llevaba en la mano un látigo y con él azotaba a las piedras y las piedras echaban lumbre. Eran las cuatro de la tarde y yo comencé a gritar: “¡Ahí está! ¡Ahí está!” “¿Quién ha de estar?”, me contestaban

mis padres, porque ellos no lo veían. El “Malo” me oyó gritar y se me fue acercando, y sus ojos echaban lumbre. “¡Ahí está! ¡Ahí está!”, gritaba yo. “¿Quién ha de estar?”, me contestaban mis padres, porque ellos no lo veían. Y el “Malo” me comenzó a chicotear antes de que yo dijera su nombre... Luego me quedaron los temblores y el espanto. En ese tiempo llegó mi primer marido y me pidió, y mis padres me dieron, gratos, para ver si me aliviaba... Y nos vinimos a México...

Había vivido en México y Marta lo ignoraba. Luisa la miró con fijeza. Parecía muy consciente de su sorpresa y eso la regocijaba. Sentada en el suelo, agazapada como un animalito, fruncía los párpados, para ocultar las chispas de malicia que sus ojos dejaban escapar.

—Viví en México, aquí pues, en Tacubaya... y aquí tuve a mi criatura. Pero me hinché toda, Martita, y a los tres días de parida, mi marido me llevó al pueblo y me dejó en casa de mis padres. “No la sacaste hinchada, ¿por qué la devuelves así?”, le dijeron. “¡Váyanse a la chingada!”, les contestó, y se fue y nunca más lo vi. Pero eso no lo supieron mis padres. Al poco tiempo yo les dije: “Mire, papá, voy a buscar a mi marido”. Y mi papá se soltó llorando. “¡Déjanos a la criatura!”, me rogó. “¿Cómo no! ¿A poco cree que se la voy a quitar?” Y así fue que me vine otra vez a México y volví a vivir en Tacubaya y aquí estuve...

Luisa detuvo su relato para espiar a la otra. Marta no sabía cómo corresponder a su mirada, bajó los ojos y esperó. Luisa levantó el brazo flaco:

—¡Aquí viví!

Y señaló un lugar en el espacio, como si Tacubaya estuviera adentro de la habitación. Marta guardó silencio con turbación. Presentía que la india le hacía sus confidencias movida por un interés que ella no alcanzaba a adivinar. Tenía que impedir que continuara con su relato.

—Luisa, ya no me cuente más, es mejor olvidar...

—No, Martita, no hay que olvidar. ¡Aquí fue donde viví y aquí fue donde conocí a la mujer!

Hizo otra pausa, Marta no se sintió con fuerzas para decir nada; la voz de Luisa y el silencio de la casa la agobiaban. ¿Qué quería de ella? ¿Por qué la miraba así?

¡Era una zorra!

—¡Y aquí fue donde la maté!

Al decir esta frase, su voz y su rostro adquirieron sus rasgos infantiles. La mató y lo decía con ese aire inocente. Se arrepintió de haber sido suave en su trato con los indios: sentada a sus pies estaba la prueba de su error. La vieja repugnancia criolla hacia lo indígena se sublevó en ella con violencia. ¡No merecían sino latigazos! Miró a la india y se sintió segura, atrincherada en sus principios.

—¿Y por qué la maté?

—Porque andaba diciendo cosas...

—¿Qué cosas? —preguntó otra vez con dureza.

—Pues cosas... que andaba yo con su marido, y yo ni lo conocía... —al decir esto, sus ojitos se iluminaron: carecía como la mayoría de las mujeres del sentimiento de culpa. Ella era inocente frente a Julián, frente a la muerta y frente al marido de la muerta. Marta la miró con ira.

—¡Ni lo conocía...! Ni nunca lo vi y ella decía cosas... —afirmó rascándose la cabeza, para convencerse de la verdad de sus palabras; luego levantó el dedo índice:

—¡Mira, mujer, no andes hablando, no sea que halles el silencio en mi cuchillo! Así

le dije, y no me hizo caso. ¿Cree, Martita, que no me entendió? Entonces la fui a buscar al mercado, a la hora en la que todas vamos a comprar. ¡Y estaba bonito! Lleno de cebollitas, de cilantro, de limas. Me puse a un ladito de las mujeres que venden las tortillas y como ellas están arrodilladas, la vi venir. La muy ingrata venía columpiando su canasta bien llena de fruta, y me dije en mis adentros: “Ya vas a callar, paloma...”, y le enterré mi cuchillo.

Luisa dejó de hablar. Marta tuvo la certeza de que sus silencios eran premeditados. Asustada, respiró el aire pesado que las palabras de Luisa acumulaban sobre sus cabezas.

—¡Ay!, Luisa, ¿y cómo tuvo valor para hacer una cosa tan horrible? ¿Cómo se puede enterrar un cuchillo...?

—Pues en la barriga, Martita, ¿dónde más seguro y más blandito que la entraña?

Con un movimiento brusco, Luisa sacó un enorme cuchillo que llevaba oculto debajo de la blusa e hizo ademán de enterrarlo en una barriga imaginaria. Marta apenas tuvo tiempo para sofocar un grito de horror que quiso escaparse de su pecho. Muda, la vio despanzurrar a un ser inexistente. Había olvidado sus maneras infantiles y sus ojos brillaban alucinados.

—¡Así, así! —repetía Luisa jadeante, mientras seguía dando cuchilladas en el aire—. Y allí quedó y yo me fui corriendo...

—Se fue corriendo...

Y Marta la vio correr entre la gente del mercado, con el pelo encendido, los ojos crueles que tenía ahora y el cuchillo en la mano. Los demás le abrían paso, para salir después corriendo detrás de ella. “Matar debe ser un momento terrible, quizá tenga su grandeza”, se dijo Marta.

—Y me salí del mercado y bajé la calle corriendo... Todavía llevaba yo el cuchillo en la mano, cuando me metí en la casa donde me agarraron. ¡Iba bien lleno de sangre!

—¿No se lo dejó clavado?

—No, Martita, se lo saqué porque era mío. ¡Y estaba bien lleno de sangre...! ¿Cree, Martita, que alcanzó a salpicarme...?

Con la punta de los dedos acarició la hoja del cuchillo, levantó los ojos y los fijó en los ojos de Marta. Se rascó la cabeza como para ahuyentar un pensamiento y volvió a acariciar el cuchillo, extraviada en sus recuerdos.

—Uno tiene harta sangre... somos fuentes, Martita, hermosas fuentes... Así quedó ella, como una fuente en la mañana del mercado... ¿Ve, Martita, una mañana, con su mercado y su hermosa fuente...? —su voz volvió a esconderse en el tono infantil. Sonrió afable.

—¿Y quién era ella?

Marta quería saber quién era aquella mujer que quedó tirada en la mañana en un mercado remoto, con su canasta volcada y sus frutas revueltas en la sangre; a su lado, los gritos de los vendedores y el olor del cilantro.

—¡Ah! Pues eso sí quién sabe...

—¿Cómo se llamaba?

—¡Pues eso sí quién sabe!

Luisa se dio cuenta de su interés y no quiso darle nada de su muerte. Celosa, la guardaba para ella y escondía su nombre y su cara. Marta se irritó.

—¿Cómo que quién sabe?

—Sí, Martita, quién sabe. Nada más era la mujer que decía cosas: por eso le enterré este cuchillo...

Luisa colocó el cuchillo a sus pies y lo miró con pasión. Marta vio que era inútil

preguntar por la mujer y miró el arma reluciente que había entrado en la tersura del vientre de la desconocida.

—¿Con ese cuchillo?

—Sí, Martita, con éste. Me lo quitaron cuando me agarraron, sólo que luego, tanto y tanto les lloré, que me lo dieron junto con mi libertad.

Marta tuvo la impresión de que la india mentía. No era creíble que le hubieran devuelto el arma del crimen. La había querido asustar porque había defendido a Julián. Además de envidiosa, era ladina. Se sintió ridícula creyéndole sus cuentos. Se vio con los ojos de un tercero: dos viejas espíandose y asustándose en una habitación en la penumbra, y un cuchillo sobre la alfombra. Se echó a reír. Luisa era una embustera y la miró con mofa.

—¿Y la llevaron a la cárcel?

—¡Claro, Martita! Me encerraron, me privaron de mi libertad. Y allí fue a donde volví a ver al “Malo”...

Otra vez aparecía el “Malo”: había una lógica en su historia, era verdad lo que contaba. Marta descubrió que ella había provocado sus confidencias diciéndole que estaba endemoniada. La había querido asustar y lo único que había logrado era abrir la puerta por la que escapaban sus demonios. Se volvió a preocupar.

—Sí, Martita, allí lo volví a ver. Estaba pintado en una pared, ¡así, de mi tamaño! Y estaba doble, como hombre y como mujer. Me dieron el trabajo de azotarlo y me dieron el látigo. Todos los días le daba yo, y le daba, hasta que me temblaba la mano. Y cuando acababa de azotarlo y que ya no podía yo ni moverme, alguna compañera me decía:

“¡Ándale, Luisa, pégale otro ratito por mí!” Y yo volvía a azotarlo, pues un favor no se le niega a una recogida igual que yo. Cuando me dieron mi libertad, ya nunca volví a verlo.

—¿Nunca? ¡Qué bueno, Luisa! Estaría usted feliz de verse libre del demonio y de la cárcel.

—No, Martita, la vida con las recogidas no era mala: a las cuatro de la mañana nos levantábamos y nos poníamos a cantar; luego molíamos el nixtamal para los presos; después nos bañábamos. Por eso le dije que sí conocía el baño. ¿Ve, Martita, ve, cómo no le dije mentiras? Los baños de la prisión eran igualitos al suyo, sólo que no eran amarillos.

Hablaba ahora en voz baja, y las palabras “recogida” o “compañera”, las decía con una ternura apasionada.

Sus ojos se habían llenado de nostalgia. Se quedó triste, a sus pies brillaba inútil el cuchillo. Miró a Marta con dulzura.

—El trabajo no se acababa nunca: limpiábamos los peroles en donde cocinaban la comida de los presos... lavábamos la ropa, las escaleras, los pasillos...

—¿Y cuánto tiempo estuvo allí, Luisa?

—¡Quién sabe! Se me llegó a olvidar la calle. Yo ya no me hallaba más que con las recogidas, mis compañeras. Allí hallé mi casa y no pasé ninguna pena. Me engréí tanto, que las noches y los días se me iban como agua. Si nos enfermábamos, había dos doctores, ¡dos, Martita!, y ellos nos cuidaban. Tanto tiempo me quedé, que yo ya no reconocía otra casa...

Miró a Marta con tristeza y guardó silencio. Ahora sus pausas eran involuntarias. Era extraño verla tan melancólica, evocando sus tiempos de presidiaria.

—Yo contestaba el teléfono. ¿Ve cómo no le dije mentiras, Martita?

—Es verdad, Luisa, no me dijo mentiras.

De pronto se animó y se echó a reír.

—En las noches había bailes en el corral. Los presos sacaban sus mandolinas y sus

guitarras y bailábamos, bailábamos. ¡Yo antes nunca había bailado, Martita! La vida del pobre no es el baile, sino las caminatas sobre las piedras y el hambre. Mis compañeras me enseñaron los pasos; me subían las trenzas a la cabeza y me decían: “Para que te veas menos india”. Y bailábamos y bailábamos...

Volvió a ensombrecerse y Marta se sintió turbada.

—Cuando me dijeron que me iban a dar mi libertad, yo no la quise agarrar. “¿Para qué, señor? ¿Dónde quiere usted que vaya?” Y allí me quedé. Pero volvieron a decirme que tenía yo que agarrar mi libertad. Una señora me dijo: “¡Agárrala, Luisa, agárrala!” Y aunque yo no la agarré me la dieron a fuerzas. “¿Y ahora qué hago, doctor? Ya no conozco la calle y no tengo ni un centavo.” La calle son centavos, Martita, son centavos. El doctor me dio para mi pasaje y la señora que decía que agarrara yo mi libertad vino a esperarme a la puerta del mundo, y cuando me vi en la calle, me llevó al tren y me fui a casa de mis padres...

Su cara se ensombreció al decir esto. Se echó a llorar con desconsuelo. Se veía muy vieja, con el rostro surcado de arrugas y la piel seca por el sol y el polvo. Marta guardó silencio.

—¡Pero la desconocí, Martita! “¡Ay, Luisa, esta casa ya no es tu casa!” Y nada más me quedaba sentada pensando en mis compañeras y en lo que estarían haciendo...

Su voz se cortó con los sollozos.

—¿Pues cuánto tiempo estuvo allí, Luisa?

—¿Con las recogidas?... ¡Quién sabe! Pero fue mucho tiempo, ¿no le digo Martita, que ya no conocía yo ni calle ni mundo? Cuando llegué a casa de mis padres, mi criatura estaba así de grande.

Luisa levantó el brazo y dibujó en el aire una estatura de diez años. Se quedó suspensa, perdida en sus recuerdos: para ella la cárcel significaba sus años halagüeños. Hablaba de ella como otros hablan de sus palacios, su riqueza o su juventud perdida. Ahora que en sus recuerdos regresaba a su hogar, su rostro se había vuelto hostil. Dejó de llorar.

—¿Y qué le dijeron sus padres?

—¡Nada! “¿Cómo te va, hija?”

—No, ¿qué le dijeron de su temporada en la prisión?

Luisa se irguió de un salto, se puso en guardia y la miró con fijeza.

—¿De la recogida? ¡Nada!, nunca lo llegaron a saber. ¡Nunca lo supo nadie! Ellos creyeron que yo había vivido en Tacubaya con mi primer marido.

—¿Pero su marido no volvió al pueblo?

—¡No! Tuve la suerte de que lo matara uno de los presos que salió de la cárcel. Y nunca, nunca volvió al pueblo para contar nada. Hay cosas, Martita, que nadie debe saber. Nadie sabe que estuve en la cárcel: ni mis padres, que ya murieron, ni Julián. Cuando él me fue a pedir, nada le dije; yo pasaba por viuda, y viuda soy.

Se volvió otra vez un ovillo y miró a Marta. Las dos guardaron silencio. ¿Por qué le contaba su historia? Se miraron a los ojos, espíandose los pensamientos. El relojito de oro sobre la cómoda hacía un ruido rápido; el tiempo se hacía presente, se echaba sobre ellas con una velocidad desacostumbrada. Luisa se irguió un poco.

—Antes de salir de la cárcel, mis compañeras, que me querían harto, me dijeron: “Mira, Luisa, a nadie le digas nunca que mataste a la mujer. La gente es mala, muy mala”. Así me dijeron. “Ya sabemos que vas a tener la tentación de contarlo. A uno lo obligan a confesar los pecados, los propios pecados. Tú tienes los tuyos y son nada más para ti; y tienes además los pecados de la mujer y juntos te van a pesar mucho.” Ya sabe, Martita,

que uno carga con los pecados de los muertos que uno mata. Por eso se ve a esos hombres que deben dos y tres muertes, bien doblados por el peso. “¡Pero no se lo digas a nadie, Luisa, ni le cuentes a nadie en dónde estuviste estos años!” Así me lo dijeron y así lo hice, Martita, a nadie más que a usted se lo he contado. “Pero mira, Luisa, me dijeron mis compañeras, si alguna vez sientes que los pecados te doblan las piernas y te vacían el estómago, vete al campo, lejos de la gente; busca un árbol frondoso, abrázate a él y dile todo lo que quieras. Pero sólo cuando ya no aguantes, Luisa, pues eso sólo se puede hacer una vez.” Y así fue, Martita, pasó el tiempo y sólo yo sabía lo que era mi vida. Hasta que las piernas se me comenzaron a doblar y la comida ya no la aguantaba, pues mis pecados y los de la muerta, que eran más que los míos, se me sentaron en el estómago. Y un día le dije a Julián: “¡Voy a cortar leña!” Y me fui al monte y encontré un árbol frondoso y tal como me dijeron mis compañeras lo hice. Me abracé a él y le dije: “Mira, árbol, a ti vengo a confesar mis pecados, para que tú me hagas el beneficio de cargarlos”. Y allí estuve, Martita y me tardé cuatro horas en decirle lo que fui...

Luisa, sin alientos, detuvo su relato y miró furtiva a Marta, que estaba muy pálida. ¿A dónde quería llegar la india? Sintió que el corazón le latía con fuerza, pero no se atrevió a llevarse la mano al pecho. Inmóvil esperaba el final del relato.

—Me volví a mi casa y tardé un tiempo en ir a ver el árbol y cuando llegué...

—Luisa guardó silencio y miró a Marta— ...lo hallé seco, Martita.

El silencio cayó entre las dos mujeres y la habitación se pobló de seres que cortaban el aire con menudos cuchillos de madera seca.

—¿Se secó? —murmuró Marta.

—Sí, Martita, se secó. Le eché encima mis pecados...

El árbol seco entró a la habitación; la noche entera se secaba dentro de las paredes y las cortinas disecadas. Marta miró el reloj: también él se secaba sobre la cómoda. Buscó en su memoria un gesto banal para dirigirlo a Luisa, que petrificada por sus propias palabras la miraba alucinada.

—Luisa, cuando le dije que estaba endemoniada, bromeaba, ¡tranquílcese! El pasado ya no existe. Nunca volvemos a ser lo que fuimos.

La india permaneció inmóvil, mirándola desde muy atrás de los años. Marta sintió miedo.

—No tenga miedo, Luisa, aquí estamos las dos muy contentas y lo que pasó, voló. Nunca se recupera...

—Se secó, Martita, se secó... —repitió Luisa.

—Ya me lo dijo, Luisa, ya no lo repita. ¡Váyase tranquila a dormir! Aquí estamos las dos seguras, lejos de todo...

—¡Qué solitas estamos, Martita!...

—¿Por qué me dice eso, Luisa? —preguntó Marta con la voz vaciada por el miedo, consciente del silencio inmóvil de sus muebles y sus cortinas.

—Porque Gabina vuelve hasta mañana...

—Luisa, váyase a dormir... ya sabe dónde está su cuarto...

Marta quería estar sola, romper el hechizo. Luisa sonrió y recogió su cuchillo.

Marta gritó:

—¡Déjelo!

—¿Por qué, Martita, si es mío?

Y con un gesto suave lo hizo desaparecer debajo de su camisa. Despacio, abandonó el cuarto de la patrona. La habitación quedó quieta. Marta esperó unos minutos: nada se

movía en la casa. Se levantó y movió los frascos del tocador, dejó caer el cepillo del pelo. Pero el ruido no la consolaba del miedo: desde las sombras espiaban sus movimientos y se reían de ella, se estaba columpiando en el vacío. Empezó a desvestirse. Desde un túnel negro se reían de ella a grandes carcajadas inaudibles. Se metió en la cama: quería engañar a los enemigos, hacerlos creer que no tenía miedo. Y apagó la luz. ¿Por qué le había dicho a la mujer que estaba endemoniada? La había vuelto a su pasado. ¡Qué extraño que hubiese sido tan feliz en la cárcel! Allí había sido igual a los demás. ¿Qué estaría haciendo ahora? Hubiera querido espiarla. Estaba segura de que tampoco ella dormía. Ella también tenía miedo. Por miedo espiaba a Julián, temía que se le fuera; el campo no tiene puertas y no podía encerrarlo. Le asustaba la libertad suya y de los demás. ¡Vieja estúpida! Era igual a todos los indios. Ella no los quería y sólo aceptaba a los que la adulaban, como Gabina. A veces era amable con ellos por pereza, pero en el fondo de su corazón había una dureza irremediable. En la cárcel Luisa había encontrado a sus iguales y había aprendido a bailar. En el mundo, había vuelto a su lugar y sólo se había confiado a un árbol... “y se secó, Martita, se secó...” Le llegó la voz de Luisa repitiendo la misma frase adentro de un túnel infinito. Se encontró sudando frío y encendió la luz. Miró el embozo de su sábana con sus iniciales bordadas. Lamentó no tener una pistola: ¡la mataría como a una rata! “Si se asoma a la puerta, le diré: ya ve, Luisa, estoy rezando, y se pondrá a rezar conmigo.” El crimen era un acto de soledad... Volvió a escuchar. No le llegaba ningún ruido; quizá la india ya se había dormido. ¿En dónde habría puesto su cuchillo? No se desprendía nunca de él. Era la llave que le había abierto la puerta de la igualdad, del baile y de la alegría. Era su talismán. El silencio la convenció de que la mujer dormía mientras ella cavilaba. Miró el reloj que marcaba las dos de la mañana. Anheló la proximidad de la mañana. En adelante sería más severa con los indios. De pronto las manecillas corrieron frenéticas y armaron un ruido ensordecedor. Dentro de aquel ruido, Marta oyó unos pasos descalzos oprimiendo la alfombra.

—¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡Luisa!...

Nadie contestó a sus llamados y el teléfono estaba en la otra habitación. Los pasos se habían detenido a la mitad del pasillo. No le darían tiempo ni de llegar a la puerta para cerrarla con llave. Saltaría sobre ella como un gato salvaje.

—¡Luisa!... ¡Luisa!... ¡India maldita!

Volvió a escuchar los pasos descalzos y se cubrió la cara con las manos.

Gabina volvió a la casa de su patrona a las seis de la mañana. No fue sino hasta las ocho cuando notó que algo raro había ocurrido. En el cuarto halló a la señora Marta: hacía más de cinco horas que estaba muerta. La policía encontró a Luisa escondida en una casa vecina, con el cuchillo ensangrentado en la mano. La llevaron a la cárcel de Tacubaya.

—¡Ya no hay ninguna de mis compañeras! —dijo Luisa, después de revisar las celdas y los patios. Y se sentó a llorar con amargura. Había olvidado que entre su salida y su regreso había transcurrido más de un cuarto de siglo. Martita tenía razón: el pasado era irrecuperable.

## Era Mercurio

*A Ernesto Flores*

Ahora estoy seguro de la primera vez que la vi. Es curioso, fue como verla y no verla. Ese día estaba preocupado, no en balde se toman decisiones para toda la vida. Cuando esto ocurre no sabemos si fuimos nosotros los que decidimos o si fue alguien quien decidió por nosotros. “¡Es una muchacha taan virtuosa!”, me había dicho mi madre antes de salir de la casa. Sus palabras me molestaron. Oscurecía y las luces del Paseo de la Reforma se confundían con las luces del atardecer. El titular enorme de un diario: “QUE NO SE ACEPTE SU RENUNCIA”, me hizo casi atropellar al mocoso vendedor de periódicos. “Estos políticos intervienen hasta en el momento en que voy a hablar con don Ignacio”, me dije con ira, al mismo tiempo que esquivaba al mocoso, que me miró con ojos aterrados. Apenas salvado el obstáculo volví a escuchar las palabras pérfidas de mi madre: “No es bonita pero es taan virtuosa”. Mi madre acentúa el énfasis de la frase en la palabra “tan”, es inconfundible. Sus tanes ambiguos y enfáticos provocaron mi ira y mi distracción, no la renuncia de Carlos Madrazo.

“Todos nos casamos algún día, y Ema me adora”, me dije a la altura del Caballito. Recordé cómo en el jockey Club, en el cine, en su casa, siempre me miraba y me llevaba de la mano. Si alguna de sus amigas me sonreía, Ema me apretaba la mano y luego en el coche me reñía: “¡Yo tengo mi dignidad, a mí no me haces eso!” ¡Es una muchacha con mucha clase! Tal vez fue esta cualidad la que me ató a ella. ¿Por qué diría mi madre que no era bonita?, me pregunté ya en la avenida Madero, rumbo al despacho de su padre. Nunca se me había ocurrido pensar que fuera ¡taan virtuosa! Bueno, uno no se casa con la más bonita sino con la que más lo quiere. “Es una manera de caminar la vida con seguridad”, me había dicho don Ignacio. Sin embargo me molestaba que mi madre la encontrara fea.

Entré al edificio y cuando tomé el elevador, quise pensar en Ema, y ante mi asombro, no pude recordar de ella absolutamente nada: su voz, su cuerpo, su cara, se habían borrado de mi memoria totalmente. Sólo sentí sobre el casimir de mi traje el peso compacto de su cuerpo cuando me besa. Asombrado, alcé los ojos y miré el tablero luminoso que marca el número de los pisos. Un dos rojizo apareció para dar paso a un tres igualmente rojizo. Fue en esos instantes cuando me llegó su perfume, intenso y metálico. Bajé los ojos y miré a mi izquierda. ¡Qué raro!, me había parecido que en el elevador sólo íbamos el elevadorista y yo. Ahora resultaba que también iba ella. Miré su frente abombada, sus cabellos casi plateados, su nariz recta y sus ojos fijos en el tablero. Después miré el tablero, ya íbamos en el octavo piso. La volví a mirar. ¿En dónde había visto antes su traje plateado, su cuello largo y su boca pensativa?

—En el Museo Metropolitano de Nueva York —me dijo ella sin volver la cabeza y sin mover los labios.

En realidad no me lo dijo... aunque no estoy muy seguro. Más bien pienso que yo mismo lo recordé. Ella estaba de pie en las escalinatas de piedra, escrutando el cielo blanco, del cual caía una nieve pulverizada y blanquísima, que enriquecía sus cabellos de un halo centelleante y envolvía los muros y los troncos negros de los árboles del Central Park. “Es una mujer metálica”, me dije aquella vez, contemplando su nariz helada y sus brazos

cruzados. Su abrigo de pieles estaba constelado de escamas metálicas formadas por la nieve y toda ella relucía como una alhaja cincelada en platino, presidiendo el derrumbe de nieve...

De pronto, en el elevador, pensé que era absurdo recordarla porque yo no había estado nunca en el Museo Metropolitano, ni conocía tampoco Nueva York. “Debe ser gringa y la debo haber visto por aquí”... , me dije sonriendo conmigo mismo. Volví a mirarla. Ella seguía con los ojos fijos en el tablero, muy seria. Su piel relucía como una camelia o más bien como un guante blanco ajustado a una mano y a un brazo perfectos. La oí reír.

—No, no soy gringa... —me dijo o yo creí oír.

Vi ahora que su traje no era de plata sino de gabardina clara. Era el corte lo que lo hacía parecer plateado. La miré desde los cabellos hasta los pies. Era tan alta como yo y su hombro rozaba el mío. Llevaba los cabellos cortos y sus tobillos eran muy finos. Le miré la boca, no llevaba maquillaje. “¡Qué bonita!”, pensé y me sentí muy desdichado. Una vena azul pálido subía por su cuello como un camino delicado y se perdía entre la oreja y los cabellos claros. “Ya he visto ese camino”, me dije sintiendo que una delicia fría me soplaba en la nuca. Recordé el balcón, era estrecho, de piedra, y ella estaba allí. Me acerqué por detrás para besar la vena azul de su nuca que se confundía con el cielo que entraba apenas por la rendija abierta de la torre; antes de que mis labios alcanzaran su piel, ella se lanzó por el aire. Abajo estaban los pinos recamados de nieve y yo transido como un viudo joven, permanecí de pie, llorando sin lágrimas mi desdicha, que ahora en el elevador se volvió insoportable. Para no verla, volví a mirar los números del tablero que ahora marcaban 1715. No me alarmé, en México se descompone todo. El elevador iba tan de prisa como una flecha y en ese instante atravesaba el cielo igual a un cohete. Los números del tablero saltaron en desorden y luego se quedaron fijos en el número 14. El elevador se detuvo. También yo me detuve. Me volví a mi compañera que, imperturbable, seguía viendo el tablero.

—¡El catorce, joven...! —me dijo el elevadorista con voz impaciente. Su voz me expulsó del elevador. Me encontré en el pasillo de caucho encerado. Llamé en seguida el otro elevador, quería bajar y esperar, para saber quién era la desconocida. Las puertas del elevador contiguo se abrieron.

—¡Perdóneme. Javier!... ¿Ya se iba?... No pude llegar antes... —me dijo una voz jovial que me arrastró por el corredor: era don Ignacio.

Entramos a su oficina de muebles de cuero rojo. En una esquina un hule invadía con sus hojas aburridas el muro forrado de plástico grisáceo. En los sillones dos hombres gordos agitaron el periódico que casi me había hecho atropellar al vendedor de diarios.

—¡Qué escándalo están haciendo! —comentó don Ignacio.

Inmediatamente los tres hombres se enfrascaron en una charla animada de palabras gruesas, de cuentas y de vacas.

—¡Habrá que felicitar discretamente a Pancho!... —dijo uno de ellos haciendo con los dedos la señal de los pesos.

—Su campaña fue magnífica, no entiendo cómo ahora se le cuelan encabezados como éste —dijo uno de ellos señalando las enormes letras: “QUE NO SE ACEPTE SU RENUNCIA.”

El hombre que hablaba era mi tío Ricardo y el otro era su socio don Joaquín. Ambos habían andado en la política y sus fortunas eran incalculables. “¡Qué suerte tuvo Ricardo, era tan listo para robar!”, decía mi madre al hablar de su cuñado. No entiendo por qué en

ese momento no reconocí a ninguno de los dos. Tal vez porque desde que avancé por el pasillo de caucho, conducido por mi futuro suegro, una enorme tristeza cayó sobre mis hombros. Acababa de perder algo precioso, algo irrecuperable... La conversación de los tres amigos, que la víspera me hubiera hecho saltar de júbilo, ahora me dejaba indiferente. Miré por los cristales del ventanal, el alto azul del cielo cubierto de tinieblas y hasta mí llegó una música que hacía girar las hojas de los árboles invisibles...

—¡Madrazo nos quería llevar a los tiempos del Trompudo!... —las palabras altisonantes del despacho golpearon los cristales como goterones de engrudo. Eran palabras que oía desde mi infancia: “Trompudo”, “manada de indios”, “me puso un cuatro”, “con la mordida lo arreglé”... Ahora los tres hombres repetían una y otra vez ese lenguaje obtuso.

—No se preocupe, don Ignacio, eso corre por mi cuenta... —me oí diciendo de repente.

Don Ignacio pareció satisfecho. Ya no se hablaba de Madrazo, ahora se hablaba de las cuentas de la boda. Se discutía meticulosamente: adornos florales, música, bebidas, recepción, se hacía la lista de los invitados y los nombres de las gentes se revolvían con las marcas de los vinos.

—Cuando menos una copa de champagne —opinó mi tío Ricardo. Un silencio acogió su proposición. “Cuando menos una copa de champagne”, repitió varias veces.

—Eso corre de mi cuenta —me oí diciendo otra vez.

Los tres hombres prosiguieron sus cálculos. Yo miré el periódico y el titular: “QUE NO SE ACEPTE SU RENUNCIA”. ¿Y si yo renunciara a la boda habría la misma protesta? Me hundí en el sillón: me faltaba valor. En ese momento, mis mayores me mezclaron con un pasado suyo, que me resultó obsceno; los burdeles desfilaron uno detrás de otro y los nombres de mujeres olorosas a talco y a especias de cocina me siguieron hasta el pasillo de caucho. Una vez, en la acera me despedí de prisa.

—Emita se va mañana a San Antonio a comprarse el *trousseau*... No ponga esa cara, va con su mamacita... —agregó don Ignacio mirándome con malicia.

Había olvidado a Ema y no me importaba lo más mínimo que fuera o no con su mamacita. Rehusé la invitación de don Ignacio y lo vi alejarse con sus amigos: iban a festejar mi boda y la renuncia de Madrazo. La última palabra que les escuché fue el nombre conocido de una prostituta.

Caminé la calle Madero y entré a Sanborns. Tomaría cualquier cosa y luego iría a un cine. No tenía ganas de estar al alcance del teléfono: quería evitar a Ema. “¡Ema es un nombre pesado!”, me dije mientras comía unas enchiladas. Y a partir de ese instante, mi única intención fue renunciar a la boda. Pero ¿cómo lograrlo? Había ido demasiado lejos. Pagué la cuenta. Cuando atravesaba el departamento de perfumería volví a ver a la joven del elevador: llevaba un hermoso frasco de sales de baño, nítido y translúcido como ella.

Durante la proyección de la película estuve distraído. El mundo no era tan aparente como parecía, existía otro mundo imprevisto, que era el revés del mundo en el que yo vivía y en el cual sucedía el amor, la música, la belleza... Me pareció que ese otro mundo era inalcanzable para mí, carecía de la clave para penetrarlo. Me iba a casar y nunca había pensado en que el amor fuera otra cosa que lo que Ema me ofrecía. ¿Qué me ofrecía? Una presencia terca y una fortuna...

A la salida del cine, un viento helado soplaba en la Avenida Juárez, todavía había papeleros vendiendo en grandes titulares la renuncia de Madrazo. Me pareció que el titular había envejecido mucho en pocas horas. Era mi renuncia la que debería de aparecer en esas hojas grises...

Esa noche dormí mal: viajé a lugares desconocidos en donde circulaban muertos tristes. Desperté dispuesto a romper con Ema, pero los días empezaron a pasar sin que yo diera un paso para lograr mis propósitos. Mi madre estaba satisfecha, todos estaban satisfechos y yo me dejaba llevar por los acontecimientos que se precipitaban con una velocidad peligrosa. Ema volvió de San Antonio y sus miradas significativas al enseñarme su “equipo” me desagradaron. ¿Cómo decirle mi decisión de renunciar a la boda? Mientras buscaba la ocasión, el mundo exterior continuaba su ritmo acostumbrado, salvo que las cosas, de pronto, tomaban sesgos inesperados: una mañana el cielo del zócalo se abrió en un hermoso túnel por el que desfilaron figuras luminosas e imprevistas, que en unos segundos se convirtieron en columnas de azogue. Después, al salir del Departamento Central, me crucé con la joven del elevador. Se me había vuelto costumbre encontrarla. La veía por todas partes: en el Paseo de la Reforma, en una calle solitaria de las Lomas; en las canchas de tenis, jugando con una precisión asombrosa, mientras yo perdía la pelota por seguir su juego matemático. ¿Quién era? Su silueta plateada se me había hecho familiar y si no hubiera estado tan agobiado por la proximidad de mi boda, la hubiera abordado, aunque ella no parecía dispuesta a permitir ningún acercamiento, ninguna familiaridad. Estaba seguro de que la desconocida no me había mirado nunca... a pesar de que siempre me dirigía la palabra y me recordaba sucesos remotos y dolorosos... Cuando la crucé en el Departamento Central, tomé la decisión de romper esa misma tarde con Ema.

—¡Madrazo es un tipo extraordinario! —afirmé en el salón de don Ignacio, envidiando su gesto libre y sintiéndome humillado por mi cobardía.

Don Ignacio me miró con cautela, las paredes color de rosa permanecieron idénticas a sí mismas y Ema se movió inquieta: cruzó la pierna y enseñó el ligero negro.

—¿Extraordinario? —preguntó don Ignacio con sorna.

—Nadie se atreve a renunciar a nada... —afirmé yo desfallecido de pánico. Mis palabras no obtuvieron respuesta. La familia de don Ignacio me miró en silencio. Era difícil para mí explicar que la famosa renuncia había quedado ligada con mi ignominiosa aceptación y que misteriosamente me venía al pensamiento una y otra vez.

¿Por qué no dije en ese momento que admiraba al político que había cometido un acto que yo era incapaz de realizar? Me despedí confuso y en dos días no volví a la casa de la calle de Montes Cárpatos.

Por la noche mi habitación se llenó de acordes de pianos y en el cielo se borraron los reflejos. Esa noche el suicidio reciente de un amigo me pareció comprensible: tampoco él había aceptado el fracaso... ¿Qué fracaso? No lo sabía.

La volví a encontrar en la cafetería del cine París. En esos días yo iba mucho al cine. Era una manera de escapar a Ema y a las continuas citas con ella que se habían vuelto tan aburridas como las citas de negocios. Esquivaba besarla y a ella no parecía importarle gran cosa: “Te tengo para siempre”, me decía sin decirme nada. Asombrado miraba su boca engrasada de un carmín aladrillado. ¿Sería verdad? En el cine sucedían cosas que a mí no me sucedían jamás, por eso me refugiaba en sus salas oscuras.

Cuando la vi bebía un *ice cream* de vainilla. Su traje era del color del helado, no tenía mangas, sino dos volantes casi geométricos que más bien parecían alas pequeñas y erguidas. Ocupé una mesa cercana a la suya y su perfume metálico llegó hasta mi lugar. No me miró. Se inclinó y mordisqueó la pajueta, después sorbió el líquido helado sin cambiar de expresión. Se levantó y salió del café. La alcancé bajo la marquesina.

—Señorita, ¿puedo acompañarla?

Ella miró el gas neón que venía de los cristales de la marquesina.

—¿Por qué no? —me dijo, aunque no sé si oí su voz o me la imaginé. La conduje a mi coche y se instaló junto a mí. No me miraba nunca. Estaba ocupada en mirar hacia el cielo a través del parabrisas. Me guió sin palabras hasta una callecita oscura de Coyoacán. Mientras manejaba le miré las piernas cruzadas: no llevaba medias y su piel relucía como la plata. Parecía no tener frío ni ocupar espacio. Estacioné el automóvil frente a una casa blanca y me volví a la desconocida, que permanecía impávida. La tomé en brazos y la sentí fría y líquida: como si abrazara a un río. Su boca fresquísima pareció entrar en la mía, disolverse y deshacerme en una sensación desconocida. Abrió los ojos y se escapó de mis brazos, la vi de pie, en medio de la noche, y la seguí. Avanzó con la rapidez de una serpiente hasta la puerta de entrada y la empujó. Hacía todo sin ruido y como si no encontrara resistencia en los objetos. Entré tras ella y me encontré en un vestíbulo pequeño del que partía una escalera blanca y lechosa que conducía al sótano. La joven se quitó los zapatos y bajó los escalones con presteza. Yo fui tras ella, admirando sus talones parecidos a la concha nácar y sus tobillos casi líquidos. Llegamos frente a una puerta pequeña que ella abrió sin ruido y me hizo entrar en una habitación en donde había una cama de barrotes de madera oscura y un tapiz de pieles blancas. La colcha, las fundas de los almohadones, las cortinas y las porcelanas eran profundamente frías y blancas. Se recargó sobre la puerta cerrada y miró al techo con sus ojos clarísimos. Después, muy despacio, se bajó los tirantes del traje que formaban las alas que parecían nacer de sus hombros y descubrió su cuerpo desnudo en el que brillaban sus pechos como dos pequeños cúmulos de nieve. Quise acercarme, pero noté que ella continuaba descendiendo su traje, que cayó a sus pies. Quedó desnuda iluminando la habitación como una estrella radiante y mirando con sus ojos de estatua el techo bajísimo de su habitación. Di unos pasos y con la punta de los dedos acaricié el contorno del cuerpo misterioso; ella, sin mirarme, avanzó hasta la cama y se recostó sobre la colcha blanquísima. “Tú no crees en la belleza”, quizás imaginé que me decía, mientras su cuerpo alargado y desnudo parecía convertirse en un río luminoso. Por una ventana alta cubierta de una cortina de muselina blanca entraba apenas el resplandor de las estrellas. El cuarto era subterráneo y el cuerpo tendido junto a mí era de plata. No era de este mundo. Estar con ella fue como entrar en la veta luminosa de una mina secreta, en donde los tesoros ocultos reaparecen en formas cada vez más preciosas. Por instantes tenía la sensación de no estar con nadie, aunque los placeres más inesperados me rodeaban. El cuerpo se escurría de entre mis brazos y reaparecía allí mismo, cada vez más brillante, cada vez más translúcido. Yo repetía: “Te amo”, “te amo”, pero las palabras no significaban lo que sentía por ella.

—No me verás mañana... ¿verdad?

Hice la tontería de jurarle que la vería todos los minutos de todos los días. No contestó, se enderezó en la cama como una hermosa fuente y señaló la luz que se filtraba por la ventanita pegada al techo de su cuarto. Después, saltó de la cama y se encaramó en un banquito que estaba abajo de la ventana, alzó los visillos blancos y miró abstraída las yerbas verdes que crecían en el suelo del jardín, que empezaba donde los cristales empezaban. Estábamos bajo tierra; arriba los verdes eran tiernos detrás de los cristales.

—Son las seis de la mañana —dijo aspirando la frescura de las yerbas.

Algo feroz me empujó de la cama. Me vestí de prisa y ya vestido me acerqué a la joven, que de pie en el taburete me miraba. Abracé sus rodillas cristalinas y me fui...

—A la noche vengo —dije mirándola desde la puerta asombrosamente perfecta, asombrosamente impúdica.

Me recibieron los olores conocidos de mi casa y la voz de mi madre que en ese

momento estaba desayunando. Sobre un sillón de su cuarto estaba un traje de terciopelo azul pavo. Aterrado, recordé que ese día me casaba.

—Pillo... ¿cómo estuvo la despedida de soltero?

A partir de ese instante el teléfono llamó sin cesar: siempre eran Ema y don Ignacio; querían cronometrar el tiempo y la salida para llegar juntos a San Jacinto. El atrio y las naves de la iglesia estaban atestadas de plumas y de faldas de raso. La boda olía a perfumes y a incienso y junto a mí, cubierta de una maraña de velos opacos, Ema parecía muy satisfecha, mientras el padre profería amenazas. “Esta noche la iré a ver”, me repetía una y otra vez, mientras su cuerpo desnudo se paseaba líquido entre los altares. En la sacristía se acercó a mí y me besó en la boca mientras todos me daban la mano en señal de duelo. La vi desaparecer entre los invitados como una delgada columna de azogue...

En Acapulco no he visto absolutamente nada. Ema me cubre como una espesa capa de tierra, inmovible a cualquier milagro. Sé que no voy a recuperarla, es el castigo por haber renunciado a la belleza... Nunca más hallaré la preciosa veta... porque ahora sé que ella era Mercurio...

## Nuestras vidas son los ríos

*A Sofía Garro*

Allí estaba el general, mucho más alto que los demás, con la camisola militar abierta mostrando la garganta y una mecha de pelo cayéndole entre los ojos claros. Balanceaba los brazos al caminar, iba con desgano, iba aburrido y los miraba con risa. Se detuvo cuando le dijeron que lo hiciera. Indolente, apoyado sobre una pierna y en la mano un cigarrillo, miró al mundo como un gato antes de desperezarse y levantó un brazo para hacer una señal de adiós. Ese adiós que dan los hombres cuando van a dar una vueltecita por la plaza. Después estaba con las piernas flexionadas, cayendo despacio hacia atrás, junto a su tumba abierta. Luego sólo medio cuerpo, los ojos entrecerrados y la garganta goteando sangre. Después el brazo del teniente sosteniendo la pistola junto a la sien del general en el momento de darle el tiro de gracia. Y al final su cabeza dormida sobre la tierra, con un agujerito cerca de la frente por el que salía un hilo negro que se perdía en el suelo de tierra removida.

Al pie de las fotografías:

“El general Rueda Quijano se dirige indolente al paredón de fusilamiento.”

“—General, ¿cuál es su última voluntad?”

“—Un cigarrillo.”

“El general fuma sin perder la ceniza de su cigarrillo; luego, sonriente, levanta la mano y se despide: *Good bye!*”

“Una descarga cerrada corta su vida.”

“El teniente da el tiro de gracia al ajusticiado.”

“El general Rueda Quijano contaba veintisiete años de edad en el momento de su muerte.”

En aquellos días las niñas ignoraban que tener veintisiete años era ser muy joven. Sin embargo, el general, alto y despreocupado, que caminaba con desgano hacia su muerte, las dejó transidas. Allí estaba diciendo adiós, sonriente, mostrando la hermosura de sus dientes y la pereza de su cuerpo ante el acto violento de morir. Muy cerca de sus ojos los fusiles y a sus espaldas un tiempo que los fotógrafos no habían registrado con sus cámaras, un tiempo sólo conocido de él. En los libros estaba la cabeza de Alejandro moribundo y en el periódico, la tierra de algún lugar de México, y caída sobre ella, la cabeza y la garganta del general moribundo. Había muerto la mañana de la víspera y las niñas contemplaban su muerte en la tarde quieta del día siguiente. Sus pasos, su indolencia, su hermosura, eran irrecuperables.

El periódico tirado sobre las losetas rojas del corredor estaba amarillento y seco; sus imágenes de tinta negra enseñaban cómo moría un general mexicano de veintisiete años. Las niñas examinaron sus botas de montar, su pantalón de gabardina, su camisola abierta, sus pasos largos, el ritmo de sus brazos y su mirada antes de morir. Examinaron también las caras serias de los soldados y luego la garganta poderosa y la cabeza del general tirada sobre la tierra removida. Se miraron. Las dos estaban echadas en el suelo, boca abajo, mirando la misma muerte del mismo general.

—Ya nunca se va a levantar —dijo Eva señalando la tierra del periódico.

—Nunca.

—Nunca. Nunca de los nuncas —insistió Eva.

Los soldados y el teniente habían cambiado de lugar y el general Rueda Quijano seguía inmóvil como una estatua rota sobre la tierra seca.

—Dijo *Good bye*.

—Es una clave —contestó Eva.

—¿Mágica?

—Sí, para que vengan los ángeles de las espadas a recibirlo.

Por la tarde quieta cruzaron las legiones naranjas de los ángeles armados. Los árboles sacudieron sus ramas y la casa sobrecogida por el estruendo se achicó ante la grandeza de su vuelo hasta volverse una piedrecita perdida en un gran llano. El paso del general al mundo de los guerreros produjo ese estrépito de espadas y luego ese silencio, esa nada, esa garganta rota, ese nunca, ese periódico seco, abierto sobre las losetas.

—El gobierno lo mató. Hay que tener mucho cuidado con el gobierno —explicó Eva abriendo mucho los ojos y mirando con fijeza a su hermana.

—¿Has visto al gobierno?

—Sí... lo vi una vez... Rutilio me dijo: el cabrón gobierno es muy matón...

—El mató al general Rueda Quijano.

—Lo mató para siempre —Eva dijo estas palabras con voz grave.

—¿Para siempre?... Pero reencarnamos...

La rueda de las reencarnaciones, igual a la rueda de los caballitos, empezó a girar alegre y triste, como la música de *México, febrero 23* en el corredor de la casa. En un caballito naranja adornado de plumas blancas, pasó el general Rueda Quijano con la mano en alto; *Good bye*, les dijo y desapareció. Después, en el mismo caballito naranja, volvió a aparecer. “Ya volví”, les dijo con su voz risueña y desapareció por segunda vez. Había vuelto a nacer.

—Pero no tenemos el mismo pelo, ni los mismos ojos, por eso el gobierno mata para siempre —dijo Eva con seriedad.

—Nunca se va a levantar.

En el periódico el general seguía tirado sobre la tierra seca. Su boca ligeramente abierta no volvería a decir *Good bye*. Su garganta inmóvil seguía fusilada en la hoja reseca de papel, y el pelo lo tenía quieto adentro de la tinta inmóvil. Los soldados silenciosos lo miraban; ninguna mañana, ninguna tarde, volverían a oír su voz, ni a mirar sus pasos, lo habían fusilado para siempre.

—Nunca de los nuncas —repitió Evita.

Puso la cara sobre el periódico y se quedó quieta. Leli la imitó. Quietas las dos sobre el general quieto. La casa estaba tan quieta como ellas, se diría que el gobierno la había fusilado. La tarde era una tarde de periódico, igual a la mañana de las fotografías. El ruido de unos pasos que arrugaban el papel seco de la tarde se acercó a ellas, pero sus rostros no se separaron del general fusilado.

—Niña Leli, su tío la invita a cenar.

Era Ceferino, el mozo de su tío Boni, el que traía el recado. Leli miró al general avanzando desdeñoso hacia su muerte.

—Venga, niña, su tío está muy triste —insistió Ceferino.

Desde la muerte de Hebe, su tío estaba siempre triste. Vivía solo, dando vueltas por el corredor de su casa, sin querer ver a nadie, ni siquiera a su hermano. Con la única persona que hablaba era con ella, por eso no podía rehusar su invitación. A Leli le parecía ver a Hebe meciéndose en el sillón, con el pelo rubio iluminado al sol de la tarde y

repitiendo: “Me quiero ir de aquí”, y un día se fue. ¿Adónde? ¡Quién sabe! Había tantos lugares adonde irse después de muerto, que era difícil adivinar en cuál de todos estaban Hebe y el general Rueda Quijano.

—Niña, la estoy esperando.

Leli apartó su rostro del periódico y miró por última vez al general, caminando a pasos largos hacia el paredón. Se levantó, sonrió, y también ella echó a andar a pasos largos, balanceando los brazos, indolente, igual al general.

—*Good bye!* —le dijo a su hermana con voz desdeñosa, y salió a la calle, seguida de Ceferino.

—El gobierno es muy matón.

—Sí, fusila a todos los mexicanos —contestó Ceferino, que caminaba junto a ella bajo los portales quietos.

—Yo también soy mexicano —dijo Leli, que en ese momento caminaba como el general mexicano, en el paisaje de los fusilados, a pasos largos, indiferente a la tristeza de perder la vida.

Ceferino la miró con burla.

—¿Mexicano?... Eres niña y tan güera. Tú eres española.

Le dolieron las palabras de Ceferino: no quería que fuera mexicano. Guardó silencio y respiró la tarde que subía hasta el cielo. A lo lejos, los cerro anaranjados y violetas se habían quedado quietos, sin iguanas, sin gavilanes, sin viento. El río corría sin agua, seco, como el periódico tirado en el corredor de su casa. Sobre las piedras reseca de la calle había cáscaras de cacahuates. Los balcones estaban cerrados y el quiosco silencioso de la plaza parecía un monumento funerario. Lo más importante de esta vida era que moríamos. Morían todas las personas que iban al mercado, y todas las que vivían dentro de las casas. También morían las señoras que les daban de comer a los cisnes, en Sidney. Ella las había visto retratadas en el periódico del domingo, llevaban unos sombreritos blancos y sonreían a pesar de su triste suerte. Había días como ése, en que la muerte tocaba con sus dedos delgaditos a las calles y a los árboles, para hacernos sentir que nada de lo que encerraba este mundo era nuestro. En la casa de su tío encontró a la misma pesadumbre que dejó la muerte de Hebe, a los mismos árboles copudos, a los mismos perros echados en el corredor, a los mismos venados corriendo en el jardín y al mismo perfume de cigarrillos Camel. Todo estaba igual, instantáneo y perdedizo, por eso no entendía que Ceferino no quisiera que fuera mexicano.

—Tío, ¿por qué somos españoles?

—Porque hablamos con la Z.

Por una letra no podía ser el general Rueda Quijano. Ceferino, sentado sobre el pretil, sonrió satisfecho. Sobre la mesita del corredor, junto a los cigarrillos y el cenicero, estaba el periódico con el general fusilado.

—Sólo tenía veintisiete años —dijo su tío mirando la imagen del general caído, y movió la cabeza con incredulidad.

Ceferino enrolló un cigarrillo de hoja y se dedicó a mirar los perfiles morados de las plantas. Leli, sentada en una silla alta, se quedó absorta mirando sus pies calzados de huaraches, que se columpiaban en el aire. Sus dedos eran de color de rosa y tan chicos como las plantas de los claveles antes de abrir, y un día no serían rosa y nadie nunca más los vería, ni siquiera ella misma. Se quedarían tirados como los pies del general fusilado, en el silencio irrevocable del periódico. Su tío y Ceferino guardaron silencio; también ellos pensaban en la desaparición de los dedos de sus pies y sus manos. La casa entera estaba

silenciosa, adivinando su muerte. Al poco rato apareció Fili, caminando descalza, con la bandeja de refresco de agua de jamaica, la ginebra Bols y los limones. Dio las buenas tardes y se fue sin hacer ruido. Por la noche su tío y ella comerían solos, en la mesa enorme, de mantel almidonado y Fili serviría higos, nueces y natillas.

—Tío, ¿tú cuántos años tienes?

—Treinta y uno.

La cifra no le dijo nada; lo miró para ver cómo era un hombre de treinta y un años: tenía el pelo rubio y una camisa de seda blanca; olla como siempre a agua de Colonia, y sus ojos amarillos estaban tristes.

—¿Qué te dijo tu tío?—le preguntaban en su casa.

—Me leyó *La vida es sueño*.

—Boni se va a suicidar —contestaba su padre y la miraba con los mismos ojos amarillos de su tío. También él llevaba siempre una camisa blanca y a veces decía muy asustado: “Estamos dejados de la mano de Dios”.

Su tío se acercó al periódico y miró largo rato al general Rueda Quijano.

—Quería morir.

Se sirvió en un vaso un poco de ginebra Bols, le mezcló agua y le puso unas gotas de limón, bebió un trago, y pensativo se alejó por el corredor. Lo caminó muchas veces de arriba a abajo y de abajo a arriba, luego se acercó a la niña.

—¿Tú quieres morir?

Ella reflexionó largo rato antes de contestar. ¿Qué era morir?

—Si es de día en la muerte, sí quiero —contestó.

Su tío le levantó una mecha rubia y le acarició la frente.

—Siempre es de día en la muerte. Por eso yo quiero morir, pero la muerte me ha puesto a dar de vueltas por esta casa...

—Todos morimos, señor, ¿para qué impacientarnos?—preguntó Ceferino con voz pausada.

Pero el tío Boni estaba impaciente y tamborileó con los dedos sobre el periódico.

—Así hay que morir, en plena hermosura —dijo señalando al general Rueda Quijano.

No había consuelo: allí estaban sentados, esperando que bajara la noche y llegara la muerte. ¿Y luego? Luego no tenía respuesta, los perros tampoco la tenían y estaban quietos y echados, esperando también. Algunos venados se acercaron a la niña y, mansos, comieron los cigarrillos que ella les tendió, Leli miró el perfil inmóvil de Ceferino y las vueltas incesantes de su tío por el corredor desamparado, y sintió que estaría siempre así: mirando la desdicha, con los cigarrillos Camel en la mano abierta, ofreciéndoselos a los venados de hocicos taciturnos.

—El general se impacientó —dijo Ceferino.

Leli entendió la impaciencia del general Rueda Quijano. Ella haría lo mismo: iría de frente a quebrar sus días, andando al paredón, balanceando los brazos, sonriendo desdeñosa por anticipar el día, y luego les diría a “los otros”: *Good bye* y abriría de un golpe al Siempre Día de la muerte, en donde vivían los ángeles anaranjados de espaldas relucientes.

—De grande voy a ser general mexicano.

Ceferino se volvió a mirarla disgustado, pero le dio pereza contestarle y después de unos instantes se volvió a mirar a los árboles.

—Serás tan guapo como el general Rueda Quijano —le contestó su tío aprobándola.

—Les dijo *Good bye*; les dijo vendidos —dijo Ceferino mirando a los venados, que

espiaban desde atrás de los árboles.

—¿A quiénes?—preguntó ella.

—Al gobierno.

Y los tres volvieron a quedar tan quietos como el general muerto en el periódico. La tarde se hundió detrás de los muros del jardín. Los pasos de Boni siguieron girando entre las sombras. Un humo perfumado seguía las idas y venidas de su camisa blanca. Era inútil que girara, en el centro del círculo estaba Hebe, y él seguía fijo y hechizado, como el general adentro del periódico. La casa entera estaba adentro de aquel día del mes de abril, en el que Hebe dejó de mecerse en el sillón y de tender su pelo rubio para iluminar al sol. Las semanas y las fiestas se solidificaron en ese día de abril inamovible y el calor de las gardenias regadas por el suelo y el aire irrespirable de los salones cerrados, se volvieron permanentes.

La voz de Boni surgió misteriosa, como una evocación mágica desde un rincón del corredor.

Nuestras vidas son los ríos  
que van a dar a la mar  
que es el morir...

Las palabras de Manrique, dichas en voz alta, disolvieron la quietud que inmovilizaba la casa, e hicieron que de pronto la noche empezara a navegar por un cauce amplio y caudaloso. La voz melancólica que las decía entró también en un río que daba vueltas y revueltas por un paisaje triste, y poco a poco todo empezó a navegar con suavidad: Ceferino, sentado sobre el pretil del corredor, flotaba en la corriente amarilla de su río, avanzando despacio hacia un mar luminoso. La silla en la que Leli se sentaba entró en una corriente fría, y también ella se fue navegando con las manos extendidas, dándoles cigarrillos a los venados, que flotaban parejos, en dos riachuelos vecinos que a su vez corrían hacia el mar. Era fácil vivir deslizándose sin ruido hacia el morir. Un viento suave les acariciaba los cabellos, y los paisajes pasaban dulces junto a los ojos, inalcanzables en su hermosura intocada. La voz de Boni dibujaba salones y fiestas lejanas, la humedad de la sierra y árboles móviles de pájaros. Más tarde, cuando ya Boni había callado, el tiempo seguía fluyendo de un manantial secreto y los cielos y los patios de las casas seguían deslizándose como las lunas en las nubes. Se fueron a la mesa, y Fili y María avanzaron con las bandejas en alto, para que el agua de sus ríos no salpicara a las nueces y a las natillas. Sus trenzas negras volaban ligeras sobre sus espaldas y sus enaguas moradas flotaban como banderas sembradas en dos ríos. La noche entera avanzaba dentro de un río que llevaba estrellas, bocas, ramas, vientos y generales mexicanos fusilados.

Leli comió las natillas a sabiendas de que una brisa húmeda bañaba sus cabellos, y de que ella, sentada en la cabecera de la mesa almidonada, avanzaba hacia un mar azul bañado de soles amarillos.

—Tío, ¿los ríos de los generales tienen rápidos?

La imagen tirada en la violencia del periódico interrumpió de pronto la carrera hacia el mar. Era irreparable la pérdida de su hermosura e inútil su frente rota. Las piernas dobladas del general lo llevaban hacia atrás, sin fuerzas, como a pesar suyo, hacia un lugar extraño. La niña tuvo la impresión de que se iba solo, y de que no quería llegar a aquel lugar desconocido al que lo lanzaban con violencia las balas de los soldados. Las natillas se volvieron absurdas en la porcelana blanca. Ya no las apetecía. Depositó la cucharilla en el plato y esperó la respuesta de su tío que la miraba con sus ojos amarillos llenos de pena.

—Sí, tienen rápidos, por eso sólo duran veintisiete años.

—¿Y tu río?

Su tío desvió la vista y se quedó mirando un punto tan lejano como el que miraba el general antes de que le dieran el tiro de gracia.

—¿El mío?... El mío tiene muchas vueltas...

—¿Y el de Ceferino?

—Es muy largo y atraviesa muchos valles...

Leli pensó que el río de Ceferino era muy viejo y había visto muchas lluvias, muchos soles y muchas tristezas. ¿Cuánto tiempo hacía que Ceferino avanzaba adentro de sus huaraches, con su sombrero blanco sobre sus ojos negros, y su camisa rosa, húmeda por el agua de su río? ¡Quién sabe! Nadie se lo podía decir, ni siquiera Ceferino, porque seguramente había olvidado los paisajes por los que había navegado tantos años. Cruzó las manos sobre el mantel, despejó los ojos y abordó la pregunta con valentía.

—¿Y el mío?

Boni examinó largo rato su actitud seria, sus manos quietas y sus ojos valientes.

—El tuyo tiene rápidos. Es un río de general mexicano... Pero todos los ríos, el tuyo, el mío, el de Ceferino y el del general Rueda Quijano, van a dar al mismo mar.

Sus ojos amarillos se enfrentaron a los de la niña y sus labios le regalaron una sonrisa. El desconuelo del periódico se disolvió en sus palabras, y Leli supo que allí en el mar todos éramos el mismo, y que nunca más el general Rueda Quijano iría solo, andando desdeñoso al paredón, mirado por los ojos serios de los soldados y las cámaras absurdas de los fotógrafos de prensa. El lugar al que lo habían llevado las balas de los máuseres era el mismo al que se dirigía su río de rápidos violentos: un mar azul de soles amarillos. Desde ese resplandor, el general la miraba acercarse.